DRAMAS INÉDITOS

DE

DON SALVADOR SANFUENTES.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

SANTIAGO,

IMPRENTA NACIONAL, CALLE DE LA MONEDA, N.º 46

— 1863 —

Es propiedad del Editor.

BIBLIOTECA NACION
BIBLIOTECA AMERICA
"JOSÉ TORIBIO MEDIN

ADVERTENCIA.

Damos a luz en este libro cuatro piezas dramáticas de don Salvador Sanfuentes, a saber: dos traducidas *Ifijenia en Aulide* de Racine i los *Zelos infundados* de Molière, i dos orijinales *Una venganza* i *Cora o la Virjen del Sol.*

Debemos advertir a los lectores que todas ellas han sido compuestas en la juventud de don Salvador Sanfuentes; que nunca las ha correjido i que talvez no pensaba en publicarlas. La siempre lamentable muerte de su ilustre autor es lo que ha venido a ponerlas en nuestras manos. De una nota puesta en la portada de *Cora* aparece que el señor Sanfuentes quedó descontento en aquel entónces del quinto acto del drama mencionado i que pensaba rehacerlo.

No somos competentes para juzgar de las bellezas i defectos de estas composiciones; pero creemos que hacen honor al fecundo poeta que las escribió en una época en que nuestra ilustracion era mui escasa i la literatura nacional estaba en mantillas.

Por eso nos hemos decidido a imprimirlas esperando que el público acoja con favor la obra que ponemos en sus manos.

IFIJENIA EN AULIDE,

TRAJEDIA EN CINCO ACTOS

COMPUESTA EN FRANCES POR J. RACINE,

I TRADUCIDA AL CASTELLANO

por don Salvador Sanfuentes.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA [illegible]
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

PERSONAJES.

AGAMENON.
AQUILES.
ULISES.
CLITEMNESTRA, esposa de Agamenon.
IFIJENIA, hija de Agamenon.
ERIFILA, hija de Helena i de Teseo.
ARCAS, EURIBATES, } criados de Agamenon.
EJINA, mujer del séquito de Clitemnestra.
DORIS, confidenta de Erifila.
GUARDIAS.

La escena es en Aulide, en la tienda de Agamenon.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

AGAMENON, ARCAS.

Agam. Sí, mi voz reconoce; soi yo mismo,
tu rei Agamenon, quien te despierta.
Arcas. Sois vos, señor! ¿Qué asunto urjente os hace
preceder de tan léjos a la aurora?
Tan escasa es la luz que nos rodea,
que apénas os distingo i el pié muevo,
i solo vuestros ojos i los mios
velan en todo el puerto a tales horas.
¿Habeis oído estremecer los aires
algun sordo rumor? ¿I al fin el cielo
nos envió los vientos esta noche?
Mas todo duerme, el mar, el viento, el campo.

AGAM. ¡Feliz aquel mortal, que satisfecho
con su humilde fortuna, esento i libre
de este soberbio yugo que me abruma,
vive contento en el oscuro estado
en que a los Dioses ocultarle plugo!
ARCAS. ¿De cuándo acá, señor, del labio vuestro
escucho ese lenguaje? Rodeado
de honores tantos, ¿qué secreta injuria
los Dioses para vos tan complacientes
sin cesar, os han hecho, que os obligan
a renegar i a aborrecer sus dones?
Monarca, padre, afortunado esposo,
nieto feliz del poderoso Atreo,
la comarca mas rica de la Grecia
os obedece: descendeis de Jove
por todas líneas, i a los Dioses mismos,
vuestros mayores, himeneo os une.
En fin, el mismo Aquíles, celebrado
por todos los oráculos, Aquíles,
de quien el cielo tanto nos anuncia,
la mano solicita de Ifijenia,
i de esa hermosa union la antorcha quiere
entre las llamas encender de Troya.
¿I qué gloria, señor, qué triunfos pueden
al pomposo espectáculo igualarse
que ostenta a vuestros ojos esta playa;
a esas mil naves que con veinte reyes
tan solo la venida de los vientos,
para partir a vuestro mando, esperan?
Esta calma, es verdad, vuestras conquistas
retarda demasiado, i esos vientos
en la rejion del aire encadenados
hace tres meses, de Ilion os cierran
sobrado tiempo el líquido camino.
Pero entre tanto honor, al fin sois hombre;
i miéntras que vivais, la varia suerte
no os garantió una dicha inalterable.

Pronto.... Pero, señor, ¿cuál infortunio
en esa carta escrito, a vuestros ojos
les arranca esas lágrimas? ¿Oréstes
va a terminar sus dias en la cuna?
¿Llorais a Clitemnestra o a Ifijenia?
¿Qué es lo que os dicen? Perdonad, os ruegue,
que me reveleis.

AGAM. Nó, prenda mia,
no morirás, no puedo permitirlo!

ARCAS. Señor!....

AGAM. Tú ves mi turbacion, escucha
lo que la causa; i juzga, amigo, entónces
si será tiempo de que yo descance.
¿Te acuerdas de aquel dia que en el Aulis
juntas ya nuestras naves, parecia
que los prósperos vientos las llamaban?
Ibamos a partir; ya desde léjos
nuestro ardor con mil gritos de alegría
amenazaba las troyanas costas,
cuando un prodijio sorprendente hizo
callar ese arrebato; pues el viento,
que benigno soplaba, de repente
en medio el puerto nos dejó. Preciso
fué detenerse, que el inútil remo
el mar inmóvil fatigaba en vano.
Este raro portento a mí los ojos
me hizo volver a la Deidad del Aulis.
De tres guerreros, Menelao, Néstor
i Ulíses, a su templo acompañado,
en sus altares a la casta Diosa
ofrecíle un secreto sacrificio.
Ai! cuál fué su respuesta! i cuál sería,
Arcas, mi turbacion, cuando Calcante
hirió con estas voces mis oídos!
"En vano se reune fuerza tanta
"para asolar a Ilion, si una doncella
"de la sangre de Helena, en estos sitios

"de Diana los altares no ensangrienta.
"Si quereis que los cielos os otorguen
"el viento favorable que hoi os niegan,
"en solemne i augusto sacrificio,
"o griegos, ofrecedles a Ifijenia!"

ARCAS. Vuestra hija!

AGAM. Aterrado, como puedes
imajinarlo tú, toda mi sangre
sentí cuajarse en mis heladas venas:
perdí la voz i enajenado estuve
sin poder recobrarla, hasta que el pecho
en mil sollozos exhaló su angustia.
Al cielo improperé, i en sus altares
juré furioso despreciar su aviso.
Ah! por qué entónces no seguí el consejo
de mi alarmado amor! Al mismo instante
queria despedir toda la armada.
Ulises, aprobando en apariencia
cuanto allí dije, del primer torrente
dejó pasar el impetuoso curso;
pero pronto a la astucia acostumbrada
recurriendo cruel, representóme
el honor i la patria, i tantos pueblos
i reyes, a mi imperio sometidos,
i el reino de Asia prometido a Grecia.
"¿Cómo osaria yo, todo el estado
"inmolando a mi hija, condenarme
"a envejecer oscuro en mi familia?"
Yo mismo, con pudor te lo confieso,
de mi grandeza i mi poder ya ufano,
de jefe de la Grecia i rei de reyes
los títulos pomposos halagaban
la orgullosa flaqueza de mi pecho.
Por colmo de infortunio, noche a noche,
desde que un leve sueño comenzaba
a suspender los sufrimientos mios,
los Dioses, el sangriento privilejio

de sus aras vengando, a echarme en cara
mi compasion sacrílega venian,
i mostrando a mi espíritu confuso
el rayo vengador, amenazaban
mi resistencia con el brazo alzado.
Yo me rendí; vencido por Ulíses,
llorando consentí que pereciese
mi Ifijenia. Mas era necesario
de los maternos brazos arrancarla.
¡A qué artificio tan funesto ¡ai triste!
hube yo de apelar! Hablando en nombre
de Aquíles, que afectuoso la adoraba,
a Argos escribí, para dar priesa
a ese viaje mortal, que este guerrero,
instado a que partiese con nosotros,
no lo queria hacer sin ver de nuevo
a la hija mia i darla adios de esposo.

ARCAS. ¿I no temeis al impaciente Aquíles?
¿Habeis pensado que tranquilo i mudo
ese héroe, a cuyo agravio darán armas
la razon i el amor, para esta muerte
abusar os permita de su nombre?
¿Esperais que él os deje a vista suya
su amada conducir al sacrificio?

AGAM. En aquella sazon ausente estaba
Aquíles, pues su padre, el rei Peleo,
temiendo los esfuerzos de un vecino
contrario suyo, como tú lo sabes,
de estas playas habíale llamado;
i segun todo cálculo, esa guerra
debia detenerle largo tiempo.
Pero ¿quién puede contrastar el curso
de ese torrente irrefrenable? Aquíles
va a combatir i de camino triunfa;
i siguiendo de cerca a su renombre,
anoche el vencedor llegó a este campo.
Pero otros lazos, Arcas, sí, mil veces

mas poderosos, son los que me arredran:
mi hija que a estos sitios se aproxima
i corre a su suplicio inesperado,
que léjos de temer que yo la aguarde
con nueva tal, quizá a estas mismas horas
de mi amor paternal se congratula;
mi hija.... Este nombre solo, cuyos fueros
tan santos son, su juventud, mi sangre,
no es lo que excita mi piedad doliente.
Lloro las mil virtudes que la adornan,
su ternura hácia mí, correspondida
por un cariño igual, i ese respeto
que en su fiel corazon nada contrasta,
i al cual yo prometí tan otro premio!
Nó, jamas yo creeré que tu justicia
pueda aprobar, o cielo, horror tan grande.
Sin duda tú has querido solamente
mi constancia probar al ordenarlo,
i tú mismo el castigo me darias
si mi obediencia osase consumarlo.

Arcas, yo te he elejido para hacerte
aquesta confianza. Es necesario
que ostentes hoi tu celo i tu prudencia:
la reina, que tu fe probó en Esparta,
con el puesto que obtienes a mi lado
recompensa la dió. Toma esta carta,
i vuela hácia la reina: sin descanso
sigue el camino recto de Micénas.
Así que tú la veas, de órden mia
impídela avanzar: dala ese pliego,
que en este instante acabo de escribirle.
Pero no te estravíes; toma un guia
intelijente i fiel, que si Ifijenia
pone una vez la planta en este puerto,
es muerta! Cálcas, que la está esperando,
acallará severo nuestras quejas,
hará hablar a los Dioses, i los griegos

a la irritada relijion tan solo
inclinarán sus tímidos oídos.
Al mismo tiempo, cuantos envidiosos
tiene el aspecto de mi excelsa gloria,
renovarán su pretension e intrigas,
i arrancarán talvez de entre mis manos
este poder que a su soberbia ofende....
Corre, pues, Arcas, sálvala, te ruego,
de mi propia flaqueza. I sobre todo,
por un celo indiscreto tú no vayas
a descubrirles mi fatal secreto.
Que, si es posible, ignore para siempre,
engañada mi hija, a qué peligro
la habia espuesto yo: libra a este triste
de los clamores de una airada madre;
i que tu voz convenga con mi carta.
Por lograr que se vuelvan sin demora
hija i madre ofendidas, les anuncio
que Aquíles de propósito ha variado,
i quiere ya aplazar hasta su vuelta
la union que el amor suyo apresuraba.
Añade tú, bien puedes, que en secreto
este refrío estraño del amante,
se atribuye a Erifila, aquella jóven
que el mismo Aquíles cautivara en Lésbos,
i que dejó con la hija mia en Argos.
Con esto que les digas, es bastante;
pues lo demas conviene que lo ocultes.
Ya hiere nuestra vista i nos alumbra
la luz creciente de azaroso dia.
Aun siento algun rumor; álguien se acerca.
Es Aquíles. Camina, parte. O cielos!
Ulíses le acompaña!

ESCENA SEGUNDA.

AGAMENON, AQUÍLES, ULÍSES.

AGAM. Qué! ¿Es posible,

señor, que la victoria os haya vuelto
con tan rápido curso a esta ribera?
¿Son de un valor naciente los ensayos
acciones tan heroicas? ¡De qué triunfos
habremos de esperar verlas seguidas!
Vencer o sosegar Tesalia toda,
la misma Lésbos conquistar en tanto
que el ejército griego se juntaba,
de cualquiera otro brazo eternas glorias,
son diversion del ocio de un Aquíles!

AQUÍLES. Honrad ménos, señor, una conquista
de bien poca importancia: i ¡quiera el cielo,
que nos detiene, franquearle pronto
otro mas noble campo a aqueste pecho
del galardon glorioso entusiasmado,
con que vos prometeis recompensarle!
Mas decid! ¿qué conviene que yo crea
de un rumor esparcido por la armada,
que me sorprende i llena de alegría?
¿Quereis adelantar el cumplimiento
de mis deseos; i seré yo en breve
el mas feliz de todos los mortales?
Se dice que Ifijenia está en camino
para este puerto, i que talvez mañana
debe enlazar con mi destino el suyo.

AGAM. ¿Mi hija? ¿Quién os dice que ella venga?

AQUÍLES. ¿I qué tiene, señor, esta noticia
que tan raro os parezca?

AGAM. (*a Ulises*) Justo cielo!
¿Sabrá ya mis funestos artificios?

ULÍSES. Señor, Agamenon con justa causa
se ha sorprendido. ¿Os olvidais por suerte
de los males que a todos nos amagan?
Cielos! ¡Qué tiempo habiais elejido
para ese enlace! Miéntras que las olas,
cerradas siempre a los bajeles nuestros,
al ejército cansan i consumen,

i atemorizan a la Grecia toda;
miéntras para aplacar de las Deidades
la dura obstinacion, se necesita
sangre talvez, i de la mas preciosa,
Aquíles solo, el jeneroso Aquíles,
se entrega a su pasion! ¿Querrá un insulto
inferir al temor comun a todos,
i que el supremo jefe apronte hoi mismo,
irritando al destino rigoroso,
de un himeneo las alegres fiestas?
Ah! señor: ¿es así como apiadado
los infortunios lamentais que agobian
vuestros hermanos i adorais la patria?

AQUÍLES. En los campos de Troya los efectos
testimonio darán de si es Ulíses,
o bien Aquíles, el que mas la aprecia.
Miéntras llega ese tiempo, vuestro celo
os dejaré ostentar. Haced por ella
votos a discrecion: las santas aras
llenad de ofrendas i teñid de sangre:
de las víctimas todas las entrañas
vos mismo consultad, buscando en ellas
por qué reposa adormecido el viento.
Pero a mí, que abandono ese cuidado
al sacerdote Cálcas, permitidme
apresurar, señor, un himeneo
que al mismo cielo disgustar no puede.
De un ardor impaciente arrebatado,
mi ausencia será corta, i a esta playa
volveré pronto a unirme con los griegos.
Me fuera mui sensible que imprimiera
otro guerrero en la ribera frijia,
ántes que Aquíles, su orgullosa planta.

AGAM. ¿Por qué tu oculta envidia, o cielo, cierra
a tales héroes el camino de Asia?
Qué! ¿No veré brillar ardor tan noble,
sino para sentir mas honda pena,

cuando me acuerdo de que brilla en vano?

ULÍSES. ¡Qué es lo que escucho, poderosos Dioses!

AQUÍLES. Señor, ¿qué osais decir?

AGAM. Que es necesario
que os retireis, o nobles adalides;
que seducidos demasiado tiempo
de crédula esperanza, inútilmente
aguardamos los vientos, que nos niega
el alto cielo protector de Troya.
Demasiados presajios nos anuncian
no consentir su enojo que busquemos
el camino feliz que allá nos lleve.

AQUÍLES. ¿Qué presajios horribles nos denotan
la cólera suprema, pues?

AGAM. Vos mismo
interrogad lo que de vos predice.
¿De qué sirve engañarse? Es bien sabido
que la conquista de Ilion los Dioses
a vuestro brazo vengador conceden.
Mas sabemos tambien que como precio
de tal victoria, en los troyanos campos
marcado tienen el sepulcro vuestro;
que vuestra vida, larga i venturosa
en cualquiera lugar que Ilion no sea,
allí en su aurora se verá cortada.

AQUÍLES. ¿Con que así tantos reyes reunidos
para vengaros, al hogar paterno
de eterno oprobio volverán manchados?
I Páris, coronando victorioso
su insolente pasion, la misma hermana
de vuestra esposa retendrá sin riesgo!

AGAM. ¿I no ha sabido vuestro esfuerzo heroico
a vengar nuestra ofensa anticiparse?
Las desgracias de Lésbos, asolada
por ese brazo, todo el mar Ejeo
amedrentan aun: Troya ha podido
sus llamas percibir llena de espanto,

i hasta sus propios puertos la ola hinchada
los muertos i destrozos ha impelido.
Pero ¿qué estoi diciendo? ¿Los Troyanos
tambien no lloran su perdida Helena?
Esa jóven hermosa, que cautiva
a Micénas enviasteis, ¿no parece
querernos ocultar un gran secreto
que su soberbia condicion traiciona?
Yo no lo dudo; i su silencio mismo,
su nobleza acusando, claro dice
que una ilustre princesa nos encubre.

AQUÍLES. Nó, no puedo aprobar esos rodeos
sobrado artificiosos, para daros
el hilo del secreto de los Dioses.
¡Yo por vanos anuncios detenerme!
¡Yo huir cobarde de la inmensa gloria
que me espera siguiendo vuestros pasos!
Las Parcas, es verdad, lo predijeron
a mi divina madre el mismo dia
en que esposo mortal subió a su lecho.
Puedo elejir, me dicen, una vida
de muchos años sin ningun renombre,
o pocos dias con memoria eterna.
Pero, pues es preciso que al fin llegue
a ser despojo yerto de la tumba,
¿preferiria yo, carga inservible
de la tierra, i avaro de la sangre
que merecí del seno de una diosa,
ir a esperar una vejez oscura
en el sosiego del paterno alcázar;
i habiendo huido siempre de la gloria,
un nombre no dejar cuando muriese?
No inventemos estorbos tan indignos:
nuestro mejor oráculo es la gloria;
solo su voz oigamos si nos habla.
Los Dioses dueños son de nuestra vida;
de nuestro honor nosotros. No nos demos

tormento por sus altas prescripciones.
Pensemos solamente en constituirnos
como ellos inmortales; i dejando
a la suerte seguir su curso libre,
corramos do el valor nos asegura
un porvenir al de ellos comparable.
Troya es ese lugar; a Troya vuelo;
i despreciando predicciones vanas,
solo pido a los dioses una brisa
que a sus soberbias playas me conduzca.
En fin, aun cuando fuera necesario
que Aquíles solo la pusiera sitio,
Patroclo i yo voláramos contentos
a vengaros, señor. Mas nó, el destino
reserva esa conquista a vuestro brazo;
ni yo aspiro a otro honor que al de seguiros.
Ya no me empeño en que aprobeis las ansias
de un amor que debia separarme
de esta ribera. El mismo amor, cuidoso
de vuestra fama, exije que mi ejemplo
reanime aquí al ejército; me impide,
sobre todo, señor, os abandone
a los consejos tímidos que a daros
algun cobarde corazon se atreve.

ESCENA TERCERA.

AGAMENON, ULÍSES.

ULÍSES. Ya le escuchais, señor. A toda costa
quiere hácia Ilion seguir su presta ruta.
Temíamos su amor; i él mismo ahora
por un feliz error contra él nos arma.
AGAM. Ai de mí!
ULÍSES. ¿Qué augurar de ese suspiro?
¿Es una voz acaso de la sangre
que se revela, i una sola noche

he de creer que pudo trastornaros?
¿Fué el mismo corazon de nuestro jefe
quien nos habló no ha mucho? Meditadlo:
le debeis a la Grecia vuestra hija.
Nos la habeis prometido; el Sacerdote,
creyendo esa promesa, a las consultas
que todo el campo le hace dia a dia,
ha respondido presajiando siempre
el retorno infalible de los vientos.
Si el efecto desmiente el vaticinio,
¿pensais que Cálcas seguirá callando,
i su clamor, que en vano intentariais
apaciguar, por mentirosa deje
pasar su inspiracion sin delataros?
¿I quién sabe tambien, cuando se vean
privados de su víctima los griegos,
a qué estremos creerán los autoriza
un furor por lejítimo juzgado?
Temed, señor, de un pueblo la ira ciega,
i guardaos mui bien de precisarla
a que entre vos i el cielo se pronuncie.
¿I no sois vos, en fin, quien exijente
nos convocó del Janto a las riberas,
i de uno en otro pueblo reclamando
el cumplimiento fuisteis de aquel voto
que los amantes de la hermosa Helena
un dia hicieron, cuando casi todos
los griegos, a la par con vuestro hermano,
la pedian a Tíndaro, su padre?
Mutua promesa entónces nos hicimos
de amparar el derecho de cualquiera
que la eleccion dichosa mereciese,
i si algun insolente se atrevia
su conquista a robarle, nuestras manos
darle ofrecieron la cabeza infame.
Mas, a no ser por vos, ¿tal juramento,
que la pasion dictó, libres ahora

de esa pasion, lo habríamos cumplido?
Solo vuestra influencia a nuevas llamas
ha podido arrancárnos i del seno
de las esposas i los tiernos hijos.
I cuando juntos ya de todas partes,
a nuestros ojos brilla solamente
la gloria de vengaros; cuando toda
la Grecia os da su voto, i reconoce
como el autor de tan famosa empresa;
en fin, cuando sus reyes, que podian
aquese cargo egrejio disputaros,
se hallan dispuestos a verter en Troya
toda su sangre por servicio vuestro,
¡Agamenon tan solo no se atreve
tanta gloria a comprar, sacrificando
una porcion pequeña de la suya,
i se deja aterrar al primer paso,
i si a los griegos manda, es solamente
para hacerlos volver a sus hogares!

AGAM. ¡Qué fácilmente vuestro pecho libre
de la desgracia que atormenta al mio,
magnánimo se muestra! Mas si vieseis
a vuestro hijo Telémaco, ceñido
de la venda mortal, llegarse al ara,
¡cuán pronto os miraríamos, turbado
a tal imájen, el lenguaje altivo
en lloros convertir, la propia angustia
sentir que hoi me anonada, i arrojaros
entre él i el sacerdote a defenderlo!
Ya lo sabeis: he dado mi palabra;
si mi hija viene, dejo que la inmolen.
Mas si, a pesar de todo mi artificio,
la retuviese en Argos, o en el viaje
la detuviera su feliz destino,
permitid que cesando de empeñarme
en este horrible sacrificio, esplique
a favor de mi sangre ese suceso;

que me atreva a aceptar para mi hija
el socorro de un Dios mas compasivo,
que salvar quiera sus preciosos dias.
Ah! demasiado imperio han obtenido
vuestros consejos sobre mí! ya tarde
me avergüenzo.....

ESCENA CUARTA.

AGAMENON, ULÍSES, EURIBÁTES.

EURIB. Señor....
AGAM. Ah! ¿qué noticia
me vendrán a anunciar?
EURIB. La augusta reina,
a quien me he anticipado, viene pronto
a poner a su hija en vuestros brazos.
Ya se aproxima. Por algunas horas
nos hemos estraviado entre esos bosques
que la entrada del campo a los que llegan
parecen ocultar. No sin trabajo
la senda abandonada hemos podido
recobrar al traves de sus tinieblas.
AGAM. O cielos!
EURIB. Viene en compañía suya
tambien esa Erifila, cautivada
en la toma de Lésbos por Aquíles;
la cual, segun anuncia, trae el objeto
de consultar al sacerdote Cálcas
sobre su suerte, que ella no conoce.
Ya por el campo corre la noticia
de esta llegada; i en tropel acuden
los soldados a verlas, i admirando
la singular belleza de Ifijenia,
alzan mil votos por su dicha al cielo.
Los unos con respeto rodeaban
la augusta reina; i otros el motivo
me preguntaban, que la trae a este puerto;

pero todos acordes confesaban
que si jamas pusieron sobre el trono
rei mas glorioso las Deidades, ellas
de favores secretos os colmaron
con igual distincion, i jamas hubo
un padre mas feliz.

AGAM. Basta, Euribátes;
podeis dejarnos: lo demas me incumbe.
Voi a pensar sin dilacion en ello.

ESCENA QUINTA.

AGAMENON, ULÍSES.

AGAM. O cielo! de este modo asegurando
tu bárbara venganza, inutilizas
cuantos resortes busca mi prudencia!
Si yo pudiera, libre en mi desgracia,
llorando al ménos aliviar mi angustia!
O mísero destino de los reyes!
Esclavos de la suerte rigorosa,
i de las lenguas de los hombres todos,
nos vemos rodeados de testigos
sin cesar; i los mas desventurados
son los que ménos a llorar se atreven!

ULÍSES. Señor, soi padre, i cual los otros débil.
Mi corazon en el lugar del vuestro
se pone fácilmente; i aterrado
del infortunio que jemir os hace,
léjos de reprobar vuestra amargura,
siento mis ojos a llorar dispuestos.
Mas el cariño vuestro ya carece
de lejítima escusa: el cielo mismo
su víctima ha traído al Sacerdote.
El lo sabe, él la espera; i si la mira
demasiado tardar, él en persona
vendrá a exijirla en altaneras voces.
Todavía, señor, estamos solos:
daos ya prisa a derramar el llanto
que hoi os arranca un interes tan tierno.

Jemid por esa sangre, pues; lloradla;
o mas bien, sin terror mirad la gloria
que de este esfuerzo debe resultaros.
Ved blanqueando el Helesponto entero
de nuestros remos al unido empuje,
cuál arde en llamas la perjura Troya
i sus pueblos arrastran vuestros hierros,
Príamo a vuestros piés, i restituida
por vuestras manos a su esposo Helena.
Mirad las popas de las griegas naves
volver con vos, ceñidas de coronas,
a aqueste mismo puerto; i ese triunfo
dichoso, que va a ser eterno objeto
de admiracion a los futuros siglos!

AGAM. Reconozco, señor, que mis esfuerzos
todos son vanos: cedo, i a los Dioses
dejo oprimir a la inocencia débil.
La víctima mui pronto va a seguiros:
id, pues; i haced callar al Sacerdote.
Ayudadme a encubrir este misterio
ominoso, i al ménos de las aras
séame dado separar la madre.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

ERIFILA, DÓRIS.

ERIF. Dóris, ven, no turbemos su entrevista.
Dejémoslas que viertan su ternura
de un padre i de un esposo entre los brazos,
i hallen al mismo tiempo curso libre
el duelo mio i el contento de ellas.

DÓRIS. I qué, señora! siempre alimentando
vuestro dolor, ¿pensais por todas partes
no hallar sino motivos de lamentos?

Yo sé que una cautiva nada encuentra
grato a sus ojos; que el placer se aduna
mui mal con las cadenas. Pero cuando
de nuevo atravesar el mar nos hizo
en su bajel el vencedor de Lésbos,
cuando vos, temerosa prisionera,
teniais solamente por delante
ese guerrero destructor, ¿dirélo?
vuestra desgracia entónces parecia
abandonarse al llanto mucho ménos.
Hoi todo os rie: en amistad sincera
la adorable Ifijenia a vos se ha unido,
os compadece i mira como hermana;
i en Troya no hallariais mas halagos.
Quisisteis ver el Aulis do su padre
la llama, i Aulis os recibe juntas.
Mas por un hado que a entender no llego,
vuestro dolor creciendo va sin tasa.

ERIF. ¿I te imajinas tú que de su dicha
pueda yo ser testigo indiferente,
i hayan de disiparse mis dolores
al aspecto de un gozo a mí negado?
Miro a Ifijenia en brazos de su padre
ser el objeto del materno orgullo,
en tanto que la mísera Erifila,
espuesta sin cesar a nuevos riesgos,
desde su misma infancia encomendada
a desvelos estraños, vino al mundo
i por él vaga, sin que madre o padre
se haya dignado nunca sonreírle.
Ignoro hasta quién soi, i para colmo
de desventura, oráculo terrible
me impide conocerme, pues me anuncia,
cuando deseo descubrir mi estirpe,
que he de morir al punto que la sepa.

DÓRIS. Mas no debeis por eso intimidaros,
sino seguir buscándola constante.
Un oráculo nunca por entero

se manifiesta; i sus asertos siempre
a sentidos diversos se acomodan.
Perdiendo un nombre falso, el verdadero
habreis de recobrar; i ese es sin duda
todo el peligro que correis, la muerte
con que sentencia ambigua os amenaza.
No olvideis que os mudaron vuestro nombre
desde la cuna.

ERIF. Tal es la noticia
que únicamente de mi suerte alcanzo,
habiéndose por siempre resistido
a descubrirme mas tu caro padre,
infortunado sabedor del resto.
Ai! él decia que en aquesa Troya,
donde era yo esperada, iban los hados,
devolviéndome honor, nombre i familia,
a darme a conocer por padres mios
a los mas grandes reyes.—Ya mis ojos
de léjos percibian encantados
esa ciudad famosa, cuando el cielo
a Lésbos trajo el inflexible Aquíles.
Todo se rinde a su poder: tu padre,
sepultado en las pilas de los muertos,
me deja esclava, incógnita a mí misma;
i hoi vil cautiva de un caudillo griego,
de todas las grandezas que esperaba,
solo conservo la arrogancia propia
de la alta estirpe que probar no puedo.

DÓRIS. Ah! cuán cruel es justo que os parezca
el brazo que os quitó tan fiel testigo!
Pero Cálcas, señora, ese adivino
tan celebrado, que conoce siempre
el mas secreto arcano de los Dioses,
se encuentra aquí. Pasado ni futuro
a su saber se escapan, inspirado
mui amenudo por el propio cielo.
¿Cómo ignorar podria los autores
de vuestra vida? Aqueste campo mismo

lleno está para vos de protectores.
Pronto Ifijenia, a Aquíles enlazada,
os va a ofrecer su irresistible apoyo.
Ella os lo ha prometido ante mí misma,
i vuestra libertad será la prenda
primera que ella exija a su cariño.

ERIF. ¿Qué dijeras tú, Dóris, si dejando
aparte lo demas, ese himeneo
fuese el mayor de todos mis martirios?

DÓRIS. Pues qué, señora!

ERIF. Con un justo asombro
ves que mi mal no admite alivio alguno.
Oye, i admiraté de verme viva.
No basta hallarme en climas estranjeros,
incógnita i cautiva; ese terrible
asolador de la infelice Lésbos,
ese Aquíles, autor de tus desgracias
i de las mias, cuyo brazo en sangre
reteñido, cautiva arrebatóme,
i a un mismo tiempo, con un golpe mismo,
tu padre me arrancó i mi nacimiento,
en quien todo, hasta el nombre, odiar debiera,
es de los hombres el que yo mas amo.

DÓRIS. Ah! qué decís!

ERIF. Hundir esta flaqueza
en un silencio eterno yo esperaba;
pero si hoi me la arranca comprimido
sobrado el corazon, una vez sola
a hablarte voi para callar por siempre.
No me preguntes, nó, cuál esperanza
a esta pasion sirvió de fundamento.
De ello no culparé varios indicios
de finjida piedad por mi infortunio,
con que creí que el vencedor lo honraba.
El cielo, sí, sin duda el mismo cielo,
en reunir sobre mí todos los dardos
de su odio mas cruel se ha complacido.
¿Renovaré el recuerdo atroz del dia

que dió principio al cautiverio nuestro?
Sin luz ni vida en los sangrientos brazos
de mi raptor estuve largo tiempo;
i al fin cuando el claror mis tristes ojos
buscaron otra vez, al verme asida
de ensangrentada mano, yo temblaba,
temerosa de hallar, Dóris, el ceño
de un vencedor brutal, si le miraba.
Entré en su nave, pues, abominando
de sus furores, i volviendo siempre
la vista mia con horror.—Mas víle,
i nada de feroz hallé en su aspecto.
Sentí espirar la queja entre mis labios,
i el corazon volverse en contra mia.
Mi cólera olvidé, ni ya otra cosa
supe hacer que llorar, sin resistencia
dejándome llevar del dulce dueño.
Desde Lésbos le amé, le adoro en Aulis.
Inútilmente proteccion me brinda
Ifijenia, i se ofrece a consolarme.
Si la amistosa mano que me tiende,
a aceptar me apresuro, ¡o triste efecto
de un insano furor! tan solo es, Dóris,
para armarme en su contra, i mas a salvo
cruzar su dicha, que sufrir no puedo!

DÓRIS. ¿Mas qué podria hacer en daño suyo
odio tan impotente? ¿No valiera
mucho mas, en Micénas encerrada,
haberos escusado los tormentos
que venis a buscar, i a todo trance
combatir un amor desesperado?

ERIF. Tambien ese era, Dóris, mi deseo;
mas por mui doloroso que me fuese
imajinar la escena que debia
su gloria presentarme en este campo,
al influjo fatal que me arrastraba
no pude resistir. Presentimiento
oculto me ordenaba las siguiese,

porque ofreciendo aquí mi infausta vista,
i acercándome al grupo venturoso,
talvez alguno de mis propios males
se llegaria a derramar sobre ellos.
Hé aquí lo que me trajo, i no esperanza
de descubrir al fin a quiénes debo
esta mísera vida; o mas bien, Dóris,
su propia union de regla ha de servirme.
Si ella se verifica, todo, todo
concluirá para mí desde ese instante,
i pereciendo bajaré al sepulcro
a encerrar en su noche mi vergüenza,
sin buscar por mas tiempo una familia,
que deshonró sobrado mi amor loco.

DÓRIS. ¡Qué compasion me inspira vuestra suerte!
i por esa existencia cuánto.....

ERIF. Mira
a Agamenon, seguido de Ifijenia.

ESCENA SEGUNDA.

AGAMENON, IFIJENIA, ERIFILA, DÓRIS.

IFIJE. ¿Adónde vais, señor? ¿I cuál urjencia
tan pronto os arrebata a nuestros brazos?
¿A quién debo culpar por esta fuga
inesperada? Mi filial respeto
sucede a la alegría de la reina.
¿No podré deteneros a mi turno
por un instante, i el contento mio
no osará difundirse a vuestros ojos?
¿No puedo yo....

AGAM. Pues bien, hija querida,
da un abrazo a tu padre.—El te ama siempre!

IFIJE. ¡Oh cuán dulce ese amor es para el alma!
¡Qué dicha es veros, padre, i contemplaros
de este nuevo esplendor ceñido ahora!
Qué honores! qué poder! Ya me lo habia
dicho la fama en admirables ecos;
pero al mirar de cerca el bello cuadro

¡cuánto mi asombro i alegría crecen!
Ah! con qué amor la Grecia aquí os acata!
¡Qué ventura ser hija de tal padre!

AGAM. Tú eras digna de un padre mas dichoso.

IFIJE. ¿I qué felicidad echais de ménos?
¿Puede aspirar un rei a mayor gloria?
Yo pensaba, señor, que el cielo solo
gracias de mí que reclamar tenia.

AGAM. *(ap.)*
O Dioses! ¿deberé ya prepararla
a su infortunio?

IFIJE. Me ocultais el rostro,
i aun creo suspirais: siempre con pena
caen sobre mí, señor, vuestras miradas.
¿Habríamos talvez sin órden vuestra
venido a este lugar?

AGAM. Siempre, hija mia,
te ven mis ojos con igual ternura;
pero el tiempo i los sitios han variado,
i hoi mi placer combate un afan crudo.

IFIJE. Ea, padre, olvidad vuestro alto puesto
miéntras conmigo estais. Bien imajino
ya los rigores de una larga ausencia:
¿no osareis, pues, aquí por un momento
manifestar sois padre? Por testigo
teneis únicamente una princesa,
a quien he ponderado harto amenudo
vuestro afecto hácia mí, i haciendo alarde
de mi felicidad, la he prometido
mi proteccion i las bondades vuestras.
¿Qué irá a pensar ahora contemplando
aquesta indiferencia? ¿Acaso habria
infundídola yo vana esperanza?
¿I no verán mis ojos despejada
aquesa frente, que el desvelo enturbia?

AGAM. Ai, hija mia!

IFIJE. Proseguid.

AGAM. No puedo.

IFIJE. ¡Perezca Ilion autor de nuestras penas!
AGAM. ¡Sobrados lloros costará su ruina
primero al vencedor!
IFIJE. Guarden los Dioses
vuestra vida ante todo.
AGAM. Hace ya tiempo
que el cielo encruelecido no me escucha.
IFIJE. Dicen que el Sacerdote está aprontando
solemne sacrificio.
AGAM. ¡Oh, si pudiera
desde ántes mitigar el ruego mio
la suprema injusticia!
IFIJE. ¿I será pronto
cuando lo ofrezcan?
AGAM. Antes, ciertamente,
de lo que yo querria.
IFIJE. ¿I yo mi canto
podré, señor, unir a vuestros himnos?
¿Asistirá al altar vuestra familia?
AGAM. Ai me!
IFIJE. Callais!
AGAM. Tú, hija, en ese instante
allí te encontrarás.—Adios!

ESCENA TERCERA,

IFIJENIA, ERIFILA, DÓRIS.

IFIJE. ¿Qué debo
sospechar de acojida tan estraña?
De un secreto pavor estoi temblando,
i temo a pesar mio un infortunio
que ignoro todavía. ¡O justos Dioses!
bien conoceis por quiénes os imploro!
ERIFI. ¿I entre tantos cuidados que le abruman,
para haceros temblar será bastante
una leve tibieza? Ah! si yo triste
no estuviese a otros duelos condenada!
yo que no hallo mi patria en ningun clima,

i abandonada de mis padres siempre,
quizá ni al ver la luz primera, obtuve
una mirada cariñosa de ellos!
Si un caro padre se presenta esquivo
a las caricias vuestras, aun os queda
para llorar el seno de una madre,
i en fin, sea cual fuere vuestra angustia,
¿qué lloros un amante no consuela?

IFIJE. Yo no lo he de negar, mi bella amiga;
mi pena no podrá por largo tiempo
a los halagos resistir de Aquíles.
Su amor, su gloria, mi deber, mi padre,
justo poder le dan sobre mi pecho.
Mas de su propio proceder ¿qué juicio
deberé yo formar? Aquese amante,
que reclamaba ardiente mi venida,
a quien, ántes de verme, Grecia toda
arrancar no podia de estas playas,
a quien mi padre, en fin, desde tan léjos
venir buscando al Aulis me ha prescrito,
¿se ha apresurado lo bastante ahora
de un encuentro a gozar que yo creia
con inquietud tan viva suspirado?
Por lo tocante a mí, dos dias hace,
que desde que en distancia vaporosa
a percibir llegamos estos sitios,
por todas partes esperaba verle;
i con tímidos ojos recorriendo
la via sin cesar de nuestra marcha,
léjos mi corazon en busca suya
adelantarse i revolar sentia,
Aquíles demandando a cada objeto.
Al fin llegamos sin haberle visto:
solo a costa de esfuerzos penetramos
inmensa multitud desconocida,
i él solo no parece.—Luego el triste
Agamenon de pronunciar se abstiene
hasta su nombre en la presencia mia.

¿Qué hace pues? ¿dónde está? ¿quién me esplicara
este misterio? ¿Encontraré al amante
del hielo que a mi padre poseído
i la atencion premiosa de la guerra
¿puede haber sufocado en todo pecho
con tal presteza el amoroso influjo?
Pero nó, que esto fuera con temores
injustos ofenderle. A mí, a mí sola,
el socorro es debido de sus armas.
Del número él no fué de los amantes
que pretendian a la hermosa Helena,
cuando en Esparta el juramento hicieron.
El solo, dueño, pues, de su palabra
entre todos los griegos, si desea
a las playas de Ilion acompañarlos,
por mi amor allí vuela, i satisfecho
con premio que tan dulce le parece,
abandonar rehúsa esta ribera
sin el nombre feliz de esposo mio.

ESCENA CUARTA.

CLITEMNESTRA, IFIJENIA, ERIFILA, DÓRIS.

CLIT. Hija mia, es preciso que partamos,
sin que ningun estorbo nos demore,
i que la fuga ampare nuestra honra.
Ya no me admira que tu padre al vernos
tan triste i distraído pareciese.
Temblando de esponerte a lasafrentas
de un desprecio traidor, me habia escrito
i enviado con Arcas este pliego.
Nuestro propio estravío ha sido causa
de no habernos hallado el mensajero,
el cual en este instante me lo entrega.
Salvemos, te repito, nuestra gloria
comprometida por tan vil ultraje.
Aquíles de propósito ha variado
respecto a vuestra union, i resistiendo

el honor que otorgarle se pensaba,
hoi quiere hasta su vuelta diferirla.

ERIFI. ¡Qué es lo que escucho!

CLIT. Por aquesta ofensa
te miro justamente avergonzada.
Pero debes armar de un noble orgullo
tu corazon. Yo misma, protejiendo
los planes del ingrato, presentéle
en Argos a tu amor, i seducida
por el rumor de su nobleza, al hijo
de una Deidad gozosa te otorgaba.
Mas puesto que hoi su vil desistimiento
el alto oríjen que le dan desmiente,
nos toca ya a nosotras, hija mia,
mostrarle quiénes somos, no mirando
en él sino al mas bajo de los hombres.
¿Le haríamos pensar con la mas leve
dilacion en partir, que aun el retorno
de su cariño veleidoso aguardas?
Rompamos con placer un himeneo
que él quiere diferir. De mi designio
a advertir a tu padre ya he mandado,
i en diciéndole adios nos marcharémos.
Voi, miéntras llega, a prepararlo todo
para la marcha.—(*a Erifila*) A vos de acompañarnos
no os hablaré, pues la partida nuestra
os va a dejar en brazos mas queridos.
Ya bien se sabe qué designio oculto
os trajo a este lugar, i el Sacerdote
no es el que vos buscando habeis venido.

ESCENA QUINTA.

IFIJENIA, ERIFILA, DÓRIS.

IFIJE. ¡En qué terrible situacion ¡o cielo!
esta cruel noticia me ha dejado!
Aquíles ha variado de intenciones
respecto a nuestro enlace, i me es preciso

deshonrada volver sobre mis pasos!
¡I vos aquí buscais a otro que a Cálcas!

ERIFI. Señora, a la verdad, de cuanto escucho
yo nada puedo comprender.

IFIJE. Bastante,
si quereis entenderme, yo me esplico.
Una suerte fatal me ha arrebatado
el prometido esposo: ¿en mi desgracia
habreis de abandonarme? Os fué imposible
allá en Micénas el regreso mio
a esperar resolveros; i al presente
¿haré sin vos mi viaje con la reina?

ERIFI. Yo deseaba no partir sin verme
con el augur.

IFIJE. ¿I qué es lo que os impide
avisárselo al punto?

ERIFI. Es que vosotras
vais a alejaros dentro de un instante.

IFIJE. Un solo instante aclara muchas veces
mas de una duda; pero ya conozco
cuánto disgusto os causa mi exijencia!
Ya claro veo lo que nunca quise
siquiera imajinar....El.... sí, impaciente
estais por verme léjos lo mas pronto.

ERIFI. ¿I os atreveis, señora, a suponerme
perfidia semejante? ¡Yo podria
amar a un vencedor que ante mis ojos
furioso está i ensangrentado siempre!
que llama en mano, i de matanza impía
sin poderse saciar, asoló a Lésbos!....

IFIJE. Sí, pérfida, le amais; i esos furores
que ahora describis, aquesos brazos
a vuestra vista en sangre reteñidos,
esa llama, esos muertos, esa Lésbos
a polvo reducida, son los rasgos
con que Amor le ha grabado en vuestro pecho;
i en vez de odiar tan tétricas memorias,
es para vos bien dulce relatarlas.

Ya por mas de una vez vuestros lamentos,
claramente forzados, han debido
mostrarme, i me han mostrado, lo mas hondo
de vuestros pensamientos; pero siempre
de nuevo mi induljencia ha colocado
sobre la vista el descorrido velo.
Vos le amais; i entre tanto, yo ¿qué hacía?
¿Qué error fatal entre mis propios brazos
a mi enemiga recibir me ha hecho?
Crédula yo la amaba; i mi cariño
de su amador perjuro consiliarle
le prometia la bondad no ha mucho.
¡Hé aquí, pues, el triunfo a qué he venido!
Yo misma me he ligado a vuestro carro.
Yo os perdono ¡ai de mí! que interesada
la mano me robeis de ingrato amante;
pero que sin haberme prevenido
el lazo que me armaban, hasta el centro
de la Grecia venir me hayais dejado
buscando mi abandono, ¿tal afrenta,
puede, o traidora, perdonarse nunca?

ERIFI. Me dais unos apodos que me deben,
señora, sorprender: yo no he tenido
costumbre de escucharlos, i los Dioses,
contra mí airados desde largo tiempo,
habian a lo ménos a mi oído
ahorrado ese tormento. Mas conozco
que debo disculpar las injusticias
de una celosa amante. ¿I cuál aviso
quisierais, pues, que yo os hubiese dado?
¿Podiais presumir que a la hija ilustre
de Agamenon, Aquíles prefiriese
una doncella incógnita, que nunca
de todo su destino ha descubierto
sino que ella desciende de una sangre
que él impaciente derramar desea?

IFIJE. Ah cruel! vos triunfais, i escarneciendo
mi pesadumbre, haceis que yo comprenda

todo el rigor del infortunio mio.
I si ahora comparais vuestro destierro
con mis honores, el objeto es solo
dar mayor brillo a vuestro indigno triunfo.
Mas vuestro gozo estalla ántes de tiempo.
Aquese Agamenon, que ante mis ojos
no temeis insultar, manda a la Grecia,
es padre mio, me ama, i lo que sufro
doble afeccion le causa que a mí misma.
El solo pensamiento de mis lloros
le habia conmovido de antemano.
Yo he sorprendido los suspiros suyos,
que él en vano trataba de ocultarme.
Ai! acusando su acojida triste,
¡necia de mí! reconvenirle osaba
por su poca ternura!

ESCENA SESTA.

AQUÍLES, IFIJENIA, ERIFILA, DÓRIS.

AQUÍLES. ¿Con qué es cierto?
¿Sois vos, princesa, la que ven mis ojos?
Yo temia se hubiese equivocado
todo el campo a la vez. Vos en el Aulis!
Vos! ¿I a qué fin se debe tal ventura?
¿Por qué me aseguraba lo contrario
hace un momento vuestro propio padre?
IFIJE. Señor, tranquilizaos, pues mui pronto
cumplidos vais a ver vuestros deseos.
Mi permanencia aquí no será larga.

ESCENA SEPTIMA.

AQUÍLES, ERIFILA, DÓRIS.

AQUÍLES. Huye de mí! ¿No sueño? ¿Estoi despierto?
¡Qué nueva confusion su repentina

fuga me viene a ocasionar!....Señora,
no sé si Aquíles puede presentarse
a vos sin excitar vuestros rencores.
Mas si el ruego sufris de un enemigo
que amenudo al dolor de su cautiva
sensible se mostró, vos el objeto
sabeis que las conduce a estos lugares,
sabeis.....

ERIF. I cómo! ¿Lo ignorais vos mismo?
¿Vos que ardiendo, señor, en sus amores
desde hace un mes pedisteis su venida,
i la apurasteis con empeño tanto?

AQUÍLES. Desde hace un mes ausente de esta playa,
ayer no mas he vuelto a su recinto.

ERIF. ¡Cómo, señor! ¿cuándo escribió a Micénas
Agamenon, no fué vuestro cariño,
la mano vuestra quien guió la suya?
I vos, que de Ifijenia tan prendado.....

AQUÍLES. Ahora mismo la adoro mas que nunca,
i si hubiese podido mi impaciencia
sus votos realizar, hasta Argos mismo
me hubiera anticipado al dulce encuentro.
No obstante huye de mí. ¿Cuál es la falta
con que habré yo incurrido en sus enojos?
Pero por todas partes yo no advierto
sino ojos enemigos; i aun apénas
hace un instante, Ulíses, Néstor, Cálcas,
en combatir mi amor, los artificios
de su elocuencia vana consumian,
i aun parecian insinuarme acordes
que debo para siempre renunciarlo
si de mi gloria el interés consulto.
¿Qué trama pues aquí podria urdirse?
¿Me han convertido sin que yo lo sepa
en fábula del campo? Pero entremos;
es un secreto que urje ya arrancarles.

ESCENA OCTAVA.

ERIFILA, DÓRIS.

ERIF. Cielos, que veis mi confusion, ¿en dónde
me debo yo ocultar? Rival soberbia,
te adoran i te quejas! i yo a un tiempo
¿he de sufrir tu gloria i tus injurias?
Ah! mas bien.... Pero, Dóris, o me engaña
una ilusion, o a descargar sobre ellos
algun recio huracan se encuentra pronto.
Mis ojos algo ven, i su ventura
aun no está asegurada: sí, de engaños
usan con Ifijenia; con Aquíles
de disimulos; i en secreto jime
el mismo Agamenon. No desperemos;
i si a la par de mi odio, en contra de ella
el hado quiere conspirar, yo entónces
sabré sacar provecho de sus tramas
para no llorar sola, i del sepulcro
bajar a ser despojo sin venganza.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

AGAMENON, CLITEMNESTRA.

CLIT. Sí, señor, pronta estaba nuestra vuelta;
mi justa indignacion iba a alejarnos
presto de Aquíles i del campo griego,
i mi hija a ir a llorar se apresuraba
en Argos su desaire, cuando él mismo
lleno de asombro por tan rauda fuga,
con juramentos mil que a la sospecha

lugar no me han dejado, ha conseguido
de engaño convencerme i detenernos.
El ansia apresurar el mismo enlace
de cuya dilacion se le acrimina,
i de rabia i de amor ardiendo, os busca
dispuesto a hacer callar rumor tan falso.
El conocer desea sus autores
i confundirlos. Desterrad recelos
que enturbiaban sin causa nuestro gozo.

AGAM. Bastante es, pues: consiento se le crea.
Reconozco el error que hemos sufrido,
i siento vuestro gozo cuanto puedo.
Quereis que el Sacerdote a mi familia
le enlace; podeis pues ante las aras
enviar vuestra hija: allí la espero.
Pero ante todas cosas, he querido
hablaros sin testigos dos palabras.
Ya veis a qué lugar la habeis traído:
todo respira en él ecos de guerra,
no el alegre aparato de himeneo.
El tumulto de un campo, sus lejiones,
los marineros, un altar que herizan
dardos i lanzas, toda aquesa pompa
digna de Aquíles en verdad, no puede
ser bastante atractiva a vuestros ojos.
El ejército mismo en medio de ella
veria a la consorte de su jefe
en situacion para ambos bien impropia.
¿Convendreis por lo tanto en lo que pienso?
Permitid que sin vos, seguida solo
de vuestras damas, Ifijenia marche
a este himeneo.

CLIT. ¡Quién! ¿yo? ¿qué encomiende
a otros brazos mi hija, i no termine
lo que habia yo misma comenzado?
I que despues de haberla conducido
de Argos a Aulis, a guiar sus pasos

hasta el altar me niegue? ¿No me incumbe
estar tan cerca como vos de Cálcas?
¿I quién, decid, presentará la mano
de mi hija a su esposo? ¿Por cuál otra
será esta ceremonia presidida?

AGAM. Reparad que no estais en el palacio
de Atreo, i que os rodea un campamento.

CLIT. Donde obedece todo a vuestras leyes,
en donde a vuestras manos se confía
el destino del Asia i Grecia entera,
donde el divino Aquíles hoi va a darme
el título de madre. ¿En qué palacio,
lleno de mis grandezas, yo podria
aparecer jamas con mayor brillo?

AGAM. En nombre de los Dioses, de que emana
la raza nuestra, conceded, señora,
esta gracia a mi amor. Tengo motivos.

CLIT. I yo os lo ruego por los mismos Dioses,
señor: de un espectáculo tan dulce
mis ojos no priveis, ni os avergüence,
por favor, mi presencia en este puerto.

AGAM. Yo me habia, os confieso, prometido
mayor condescendencia. Mas supuesto
que no os persuade la razon, señora,
i tan poco poder mi ruego tiene,
ya sabeis lo que pido, i lo que quiero.
Obedeced por tanto: yo os lo mando.

ESCENA SEGUNDA.

CLITEMNESTRA.

¿De qué proviene que tan duro empeño
por separarme del altar despliegue
mi injusto esposo? ¿Acaso él, engreído
con su nuevo poder, a despreciarme
se atreve, i por indigna me reputa
de mostrarme en su séquito a los griegos?

¿O poseedor aun tímido del mando,
a la hermana de Helena presentarles
no osaria él aquí? ¿Mas por qué causa
me he de ocultar, i la vergüenza suya
por qué injusticia atroz reflejaria
sobre mi propia frente? Mas no importa,
él lo quiere, i sumisa me resigno.
O querida hija mia, tu ventura
de todo me consuela: al noble Aquíles
el cielo te va a dar, i el gozo mio
al oírte nombrar.....Mas él se acerca.

ESCENA TERCERA.

AQUÍLES, CLITEMNESTRA.

AQUÍLES. Todo sale, señora, a mi deseo:
el rei no me ha admitido esplicaciones:
da crédito a mi ardor; i entre sus brazos
estrechándome, casi sin oírme,
acaba de aceptarme por su yerno.
Apénas él me ha dicho una palabra.
¿Pero os ha referido qué ventura
habeis traído al campo con vosotras?
Los Dioses hasta aquí tan irritados
se van a apaciguar: al ménos Cálcas
a todos asegura que con ellos
nos reconcilia dentro de una hora;
que el mar i el viento prontos a rendirse
a nuestros votos, solamente esperan
la sangre que verter debe su mano.
Creyendo en su palabra, los navíos
despliegan ya sus velas, i se vuelven
las proas impacientes hácia Troya.
En cuanto a mí, por mas que, si los cielos
de mi pasion los votos escuchasen,
la vuelta de los vientos deberian
mas tiempo demorar, por mas que sienta

abandonar la venturosa playa
donde va a ser premiado mi cariño,
¿cómo no amar la proporcion felice
de ir a sellar con la troyana sangre
aquesta dulce union; i lo mas presto
dejar bajo las ruinas humeantes
de Ilion sepultada la deshonra
de un nombre ilustre al que se liga el mio?

ESCENA CUARTA.

AQUÍLES, CLITEMNESTRA, IFIJENIA, ERIFILA, DÓRIS, EJINA.

AQUÍLES. Princesa, mi ventura no depende
sino de vos. Venid ante las aras
a recibir de vuestro padre mismo
la mano de un esposo que os adora.

IFIJE. Aun no es tiempo, señor, de que partamos.
La reina dejará que yo me atreva
una prenda a exijir de vuestro afecto,
que debe concederme.
A presentaros
una jóven princesa vengo ahora,
en cuyo rostro su nobleza ha impreso
el cielo mismo, cuyos ojos riegan
todos los dias lágrimas amargas.
Vos no ignorais sus crueles infortunios,
pues los habeis causado; i sin respeto,
yo misma, ¡a tanto pudo arrebatarme
una ira ciega! la aflijí no ha mucho.
¡Qué no me sea dado de igual modo
reparar prontamente mi injusticia
con útiles servicios! Yo le presto
mi voz, pues mi poder a mas no alcanza.
Solo a vos remediar el mal que hicisteis
fácil sería: es vuestra prisionera,
i sus cadenas, que a piedad me mueven,
caerán a una órden vuestra de sus manos.

Principiad pues así tan feliz dia.
No mas se la condene a estarnos viendo.
Mostrad voi a seguir al pié del ara
a un rei, que no contento del asombro
que infunde a los mortales, su renombre
no cifra solo en destruccion e incendios,
i deja que en su triunfo le apacigue
el llanto de una esposa, i desarmado
alguna vez por la desgracia, en todo
sabe imitar a sus divinos padres.

ERIF. Sí, señor, consolad el mas activo
de los dolores. Si la guerra en Lésbos
me hizo vuestra cautiva, es demasiado
estender sus derechos injuriosos
añadir los tormentos que yo sufro
en aquestos lugares.

AQUÍLES. ¿Vos, señora?

ERIF. Sí, ciertamente; i aunque mas no fuera
que hacer testigos tristes a mis ojos
de la felicidad de mis contrarios,
¿pudierais imponerme lei mas dura?
Yo oigo a mi patria amenazar do quiera,
a un ejército veo furibundo
marchar contra ella, i por mayor suplicio,
a vuestras manos ofrecer la tea
que debe devorarla, el himeneo.
Permitid, pues, que léjos de este campo
i de vosotros, a esconder yo vaya,
desconocida i desgraciada siempre,
una suerte de lástima tan digna,
i de la cual mi llanto aun os encubre
lo mas duro quizá.

AQUÍLES. Sobra, princesa.
Con nosotros venid; i que a los ojos
de Grecia toda, os restituya Aquíles
la dulce libertad al mismo instante
que su ventura propia se corone.

ESCENA QUINTA.

CLITEMNESTRA, AQUÍLES. IFIJENIA, ERIFILA, ARCAS, EJINA, DÓRIS.

ARCAS. Señora, todo se halla preparado
para la ceremonia. Junto al ara
el rei está esperando a la princesa,
i yo vengo a pedirla, o mas bien vengo
a rogaros, señor, que de sus planes
injustos la salveis.
AQUÍLES. ¿Qué dices Arcas?
CLIT. ¿Qué va a anunciarme cielos?
ARCAS. *(a Aquíles)* Ya no veo
fuera de vos quién pueda defenderla.
AQUÍLES. ¿I contra quién?
ARCAS. Con harto pesar mio
le nombro i le delato; cuanto pude
su secreto guardé; mas ya están prontos
la llama i venda i el fatal cuchillo;
i aunque todo ese tétrico aparato
sobre mí recayese, yo hablaria.
CLIT. Yo me estremezco. Esplícate, Arcas.
AQUÍLES. Habla,
sea contra quien fuere; i nada temas.
ARCAS Vos sois su amante; i vos el ser le disteis:
guardaos bien, por tanto, de enviarla
a su padre.
CLIT. ¿Por qué hemos de temerle?
AQUÍLES. ¿Por qué he de recelar yo de él?
ARCAS La espera
ante el altar, señor, para inmolarla.
AQUÍLES. ¿El?
CLIT. A su hija!
IFIJE. Mi padre!
ERIF. ¡Qué noticia!
AQUÍLES. ¿Qué insensato furor pudiera armarle

contra su vida? ¿Puede aquesto oírse
sin el mas hondo horror?

ARCAS. ¡Pluguiese al cielo
que aun el dudar me fuera permitido,
señor! Pero el oráculo la pide
por la voz de Calcante, rehusando
toda otra ofrenda; i el severo cielo,
de Páris protector hasta ese punto,
solo a tan alto precio nos promete
darnos el viento que nos lleve a Troya.

CLIT. ¿I el cielo un detestable asesinato
puede ordenar?

IFIJ. ¿Cuál es mi culpa, o Dioses,
para tanto rigor?

CLIT. Ya no me admira
el mandato cruel que me vedaba
al ara aproximarme.

IFIJ. I este era *(a Aquíles)*
el himeneo a que entender me hacian
venir yo destinada!

ARCAS. Ese himeneo
lo finjió el mismo rei para engañaros;
i todavía el campo griego todo
está en el propio error.

CLIT. Señor, yo debo
arrojarme al presente a vuestras plantas.

AQUÍLES. *(levantándola)*
Ah, señora!

CLIT. Olvidad un importuno
decoro; aqueste triste abatimiento
es lo que mas conviene a mi desgracia.
Dichosa yo si logra enterneceros
el llanto mio; sin vergüenza puede
una madre abrazar vuestras rodillas.
Es vuestra esposa ¡ai me! la que os arrancan;
yo la habia educado en esa dulce
esperanza; i a vos, hemos venido

en esta playa pérfida buscando.
Es vuestro nombre, sí, vuestro alto nombre,
quien la arrastra a la muerte. ¿Iria ella
a implorar la justicia de los Dioses
abrazando las aras ya dispuestas
para su sacrificio? Ella no tiene
mas amparo que vos en estos sitios:
vos sois aquí su padre, vos su esposo,
i su asilo i sus Dioses. —Mas ya leo
el dolor que os ajita, en esos ojos.
Hija mia, a tu esposo te confio.
Señor, acompañadla hasta mi vuelta,
miéntras yo me presento a ese perjuro.
El no resistirá mis justas iras,
i forzoso será que el Sacerdote
otra víctima busque.—O si no logro,
hija mia, a sus golpes sustraerte,
para llegar a herir tu seno amado,
tendrán que abrirse paso por el mio.

ESCENA SESTA.

AQUÍLES, IFIJENIA.

AQUÍLES. Yo sello el labio e inmóvil permanezco.
¿Era yo a quien hablaba, i desconocen
hasta ese punto a Aquíles? ¡Una madre
cree deber implorar el favor mio,
princesa, para vos! Viene a humillarse
una reina a mis piés! I con temores
injustos deshonrándome, recurre
por conmover mi corazon al llanto!
¿Quién debe interesarse en vuestra vida
como yo? Ah! sin duda que ella puede
segura encomendarse a mi defensa.
Directo es el ultraje a mi persona;
i emprendan lo que gusten, yo respondo
de una existencia a que la mia enlazo.

Pero mi justa indignacion no puede
satisfecha quedar con defenderos,
i es preciso tambien daros venganza,
corriendo a castigar la trama horrible
que en contra vuestra osó tomar mi nombre.

IFIJ. Ah! por favor, teneos, i escuchadme!

AQUÍLES. I qué, señora! un bárbaro osaria
hacerme tal insulto impunemente!
El ve que voi a Troya las ofensas
de su hermano a vengar; sabe que he sido
el primero que, dándole mi voto,
le hice jefe nombrar de veinte reyes
rivales suyos, i por fruto solo
de todos mis trabajos i desvelos,
por solo galardon de una victoria
magnífica, que debe enriquecerle
i vengarle, colmándole de gloria,
ufano i satisfecho con el nombre
de esposo vuestro, nada mas pedia.
Mas hoi, perjuro i sanguinario, poco
parécele violar los santos fueros
de la amistad i la natura, poco
querer sobre un altar, bajo el cuchillo
mortífero, ofrecer a mis miradas
el corazon que adoro aun humeante;
mintiendo un aparato de himeneo
para encubrir mejor su hórrida trama,
pretende sea yo quien os conduzca
al sacrificio, i que descargue el golpe
esta crédula mano, i donde esposo
buscabais, encontreis vuestro verdugo!
¿I cuál habria sido este sangriento
enlace para vos, si un solo dia
se hubiese demorado mi retorno?
Presa de sus furores ahora mismo,
iriais a buscarme en vano al ara,
i acusando mi nombre fementido,

os inmolara un imprevisto acero!
Ah! por peligro tal, por tan infame
traicion, todo me exije que le pida
satisfaccion ante la Grecia entera!
I vos misma, princesa, interesada
en la honra de un esposo, mi designio
debereis aplaudir.—Fuerza es que entienda
el bárbaro que ha osado despreciarme,
de qué nombre hizo tan odioso abuso.

IFIJ. Ah! si me amais; si por favor postrero
quereis oír los ruegos de una amante,
ahora, señor, exijo yo la prueba.
Sí, porque ese cruel cuya arrogancia
correis a provocar, ese enemigo
que titulais injusto i sanguinario,
por graves que hayan sido sus errores,
no lo olvideis, señor, es padre mio!

AQUÍLES. El vuestro padre! Nó, desde que pudo
tal trama urdir, en él no reconozco
sino vuestro asesino.

IFIJ. El es mi padre,
señor, os lo repito; pero un padre,
objeto de mi amor i a quien yo adoro,
por el cual soi amada; i del que nunca
hasta hoi he recibido sino pruebas
del mas tierno cariño. En su respeto
desde la infancia el corazon nutrido,
lamenta todo aquello que le ofende,
i léjos de atreverme en este instante
a aprobar con un cambio repentino
la violencia de vuestros arrebatos,
bien léjos de atizarla por mí misma,
creed que es preciso amar como yo os amo,
para haber tolerado, cual lo he hecho,
tantos odiosos nombres con que acaba
vuestro amor a mis ojos de ultrajarle.
¿I por qué presumis que él, inhumano

i bárbaro, no jima por el golpe
que me amenaza? ¿Cuál es aquel monstruo
que en inmolar sus hijos se complace?
¿Por qué se empeñaria él en perderme
a poderme salvar? Yo misma he visto,
no lo dudeis, correr su amargo lloro.
¿Le hemos de condenar ántes de oírle?
Ai, señor, ¿cuando su alma combatida
de tanto horror se encuentra, es necesario
que el odio vuestro acabe de oprimirle?

AQUÍLES. I qué! Cercada de motivos tantos
de temor, son aquesos los terrores
únicos que os aflijen! Un impío
(¿como podré llamarle de otro modo?)
pretende haceros inmolar por Cálcas;
i cuando a su furor mi afecto opongo,
el único cuidado que os inquieta
es su tranquilidad! Cerrais mi labio,
le escusais, le plañis; i por él solo
temblando, yo he de ser quién os dé miedo!
¡O triste galardon de mi cariño!
¿Es eso, pues, decidme, cuánto Aquíles
avanzar ha logrado en vuestro pecho?

IFIJ. Ah cruel! ¿este amor, de que dudoso
ahora os mostrais, he sido yo remisa
en hacerlo notorio? Habeis notado
con cuanta indiferencia he recibido
la sangrienta noticia de mi muerte:
ni aun ha palidecido mi semblante.
¿Por qué no habeis podido de igual modo
ver el exceso del tormento mio
cuando, apénas llegada, un engañoso
aviso me anunció vuestra inconstancia?
¡Qué confusion! qué rápido torrente
de quejas injuriosas acusaba
a la vez a los hombres i a los Dioses!
Ah! sin que yo lo asegurase ahora,

¡cómo hubierais vos mismo contemplado
cuánto mas caro que mi propia vida
me es vuestro amor! ¡Quién sabe, sí, quién sabe,
si indignados los cielos no han podido
el exceso sufrir de mi ventura!
Ai! se me figuraba que tan bello
amor sobre la suerte me elevaba
de una simple mortal!

AQUÍLES. Vivid, princesa,
Vivid, si Aquíles es tan venturoso!

ESCENA SEPTIMA.

CLITEMNESTRA, IFIJENIA, AQUÍLES, EJINA.

CLIT. Si vos no nos salvais somos perdidas,
señor. Agamenon teme mi aspecto,
i a fin de sustraérseme ha ordenado
me impidan el acceso hasta las aras.
Custodios apostados por él mismo
do quiera se han opuesto a nuestro paso.
Huye de mí. La idea de mi duelo
espanta su osadía.

AQUÍLES. I bien! Por tanto
me incumbe a mí tomar el lugar vuestro.
El me verá, señora; i voi a hablarle.

IFIJ. Madre mia! señor! ¿adónde, adónde
quereis marchar? Tened!

AQUÍLES. ¿I qué pretenden
vuestros ruegos de mí? ¿Será preciso
combatiros por siempre la primera?

CLIT. ¿Cuál es tu pretension, hija?

IFIJ. Ai! en nombre
de los Dioses, señora, retenedle.
¿Furioso no le veis? Esta entrevista
funesta retardemos lo posible.
Señor, vuestros reproches demasiada

amargura agriaria, i bien conozco
hasta dónde es capaz de propasarse
de un amante el enojo.—El padre mio
es de su autoridad celoso; i nadie
de los Atridas la fiereza ignora.
Dejad, señor, que le hablen otros labios
mas temerosos.—Presto mi tardanza
le hará venir, sin duda, en busca mia.
El oirá los jemidos de una madre
en la desesperacion, i a mí, ¡qué acentos
tan elocuentes no sabrá inspirarme
la idea de evitar los tristes llantos
que ibais por mí a verter todos vosotros,
de calmar vuestra cólera, i la vida
conservar para vos!

AQUÍLES. En fin, princesa,
vos lo quereis; i es fuerza complaceros.
Dadle una i otra avisos saludables:
volvedle a la razon i convencedle
por vuestro bien, por el reposo mio,
i por el suyo mismo sobre todo.
Pero yo pierdo en frívolos discursos
demasiados instantes, cuando hechos
las circunstancias piden, no palabras.
(a Clitemnestra)
Señora, todo voi a disponerlo
para el servicio vuestro. Retiraos
tranquila a reposar en vuestra estancia.
La vida de Ifijenia está segura;
predecíroslo puedo. Miéntras tanto
que yo respire al ménos, vanamente
su muerte ordenarán los Dioses mismos;
i este oráculo mio por mas cierto
podeis tenerlo que el del propio Cálcas.

ACTO CUARTO.

—

ESCENA PRIMEBA.

ERIFILA, DÓRIS.

DÓRIS. ¡Qué me decís! ¿Por qué locura estraña
envidiais el destino de Ifijenia?
Bien pronto va a morir. I vos, no obstante
decís que nunca os inspiró mas celos
su ventura. ¿Quién puede concebirlo?
¿I qué alma tan feroz .....

ERIF. Jamas he dicho
cosa mas cierta, i de zozobras tantas
mi espíritu ajitado, nunca tuvo
a su felicidad mayor envidia.
¡Felices riesgos! Esperanza inútil!
Que! ¿No has visto su gloria i los tormentos
de Aquíles? Yo, a pesar mio, he admirado
indicios elocuentes de uno i otro.
Ese héroe, tan terrible para el resto
de los humanos, i que no conoce
mas llantos que los que él mismo ocasiona,
que contra la piedad se ha endurecido
desde la edad mas tierna, i que la leche
mamó de los leones i los osos,
si es que la fama la verdad nos cuenta,
ha aprendido a temer por ella sola.
Ifijenia le ha visto enternecerse,
llorar, palidecer. ¡I tú lamentas
su suerte, Dóris! Ah! por cuántos males
quisiera yo ese llanto disputarla!
aunque debiese dentro de una hora
morir como ella! Mas qué estoi diciendo!
¿Morir? No pienses que Ifijenia muera.

¿Crees tú que hundido en sueño vergonzoso
Aquíles temerá por ella en vano?
El impedir sabrá su sacrificio.
Verás cómo los Dioses han dictado
su voluntad, para acrecer tan solo
la gloria suya i el tormento mio,
i hacérsela a su amante mas hermosa.
I qué! ¿No ves cuánto hacen ya por ella?
La sentencia de muerte de los Dioses
se oculta; i aunque se halla preparada
la hoguera funeral, el campo griego
el nombre de la víctima aun ignora.
¿I en esta precaucion no reconoces,
Dóris, un padre cuyo amor vacila?
¿I qué hará? ¿Qué valor a toda prueba
resistirá impasible los asaltos
que veo yo tenerle prevenidos?
Una madre furiosa, el llanto triste
de una hija, los gritos i la angustia
de una familia entera, i a esta vista
la misma sangre pronta a conmoverse,
en fin, Aquíles fiero amenazando?
Nó, te repito, el cielo en vano ordena
su muerte, Dóris. Sola yo me veo,
i me veré la sola desgraciada.
Ah! Si me resolviese.....

DÓRIS. ¿A qué, señora?

ERIF. No sé qué influjo mi furor contiene,
que con un pronto aviso yo no corro
a divulgar del cielo la amenaza,
i notorias hacer a todo el campo
las criminales tramas que se forjan
contra los Dioses i sus santas aras.

DÓRIS. Ah! qué proyecto!

ERIF. Ah Dóris! qué alegría
i cuánto incienso en Ilion no ardiera,
si yo a los griegos todos desuniendo,

i mi prision vengando, contra Aquíles
pudiese armar de Agamenon el brazo;
si olvidados de Troya sus rencores,
el hierro en contra de ella aquí aguzado,
contra sus propios senos convirtiesen,
i si una ofrenda fausta de esta empresa
mi aviso hiciese a mi querida patria.

DÓRIS. Oigo rumor. Se acerca Clitemnestra.
Serenaos, señora; o bien huyamos
de su presencia.

ERIF. Entremos al instante.
Vamos a consultar, con el objeto
de impedir este enlace aborrecido,
un furor que autoriza el mismo cielo.

ESCENA SEGUNDA.

CLITEMNESTRA, EJINA.

CLIT. Ejina, ya lo ves, es necesario
que deje yo los brazos de Ifijenia,
pues léjos de llorar i estremecerse
al riesgo que amenaza su existencia,
a su padre disculpa; i su alma noble,
o constancia! o respeto! ilustre prueba!
quiere tambien que mi dolor respete
esa mano feroz que herirla intenta.
I en pago de este amor, ante las aras
de su tardanza el bárbaro se queja,
i vendrá a preguntarme los motivos,
creyendo oculta su traicion. El llega.
Quiero ver si aun sostiene su impostura,
ántes de dar a mi furor las riendas.

ESCENA TERCERA.

AGAMENON, CLITEMNESTRA, EJINA.

AGAM. ¿Qué es lo que haceis? ¿Por qué en estos lugares
con vos yo no descubro a la princesa?

Arcas vino a pedirla de mi parte:
¿Qué espera pues? ¿Sois vos quién me la niega?
¿No os someteis en fin a mis deseos?
¿Es imposible que a las aras venga
sin vos? Hablad.

CLIT. Mi hija se halla pronta.
¿Mas nada que allanar a vos os resta?

AGAM. ¿A mí?

CLIT. ¿Ya todo lo teneis dispuesto?

AGAM. El ara a punto está: Cálcas espera:
cuanto el deber me impone se ha cumplido.

CLIT. Pero, señor, no hablais a Clitemnestra
de la víctima.

AGAM. Cielos! ¿Qué pretende
decirme ese lenguaje? ¿I qué sospecha....

ESCENA CUARTA.

AGAMENON, CLITEMNESTRA, IFIJENIA, EJINA.

CLIT. Llega, llega, hija mia, solamente
a tí esperando están; ven, date priesa
a dar gracias a un padre que te adora,
i al ara conducirte él mismo anhela.

AGAM. ¡Qué miro! Qué espresiones! Ah hija mia!
tú lloras, i ante mí turbada, incierta,
bajas la vista. Pero todos jimen,
hija i madre a la vez. Arcas! tu lengua
infiel me ha traicionado!

IFIJE. Padre mio,
no os inmuteis; ninguno os hace ofensa.
Cuando mandeis, sereis obedecido.
Mi vida os pertenece; que os la vuelva
quereis, i este decreto sin rodeos
pudisteis imponerlo a mi obediencia.
Con la resignacion i la alegría

con que aceptaba la amorosa diestra
del esposo que vos me prometisteis,
sabré, si es necesario, mi cabeza
a Cálcas entregar, i respetando
ese golpe mortal que un padre ordena,
restituiros, señor, toda la sangre
que recibí de vuestras propias venas.
Por tanto, si os parece este respeto
acreedor a distinta recompensa,
i si os conmueve el llanto de una madre,
yo oso deciros que talvez rodean
al presente mi vida hartos honores,
para que no quisiese yo perderla
i que el destino hubiese decretado
que en tan temprana juventud muriera.
Hija de Agamenon, logré yo daros
de padre el dulce nombre la primera;
yo, que el recreo fuí de vuestros ojos
por tanto tiempo, a la bondad suprema
aquese nombre os hice agradecerle.
Por mi causa, señor, veces diversas,
a los estremos que la sangre inspira
habeis llegado en las caricias vuestras.
Ai! ¡Con qué gusto enumerar me hacía
los diferentes nombres de las tierras
que vais a conquistar! Ya presajiando
la destruccion de Troya i su grandeza,
para solemnizar tan bello triunfo,
en preparar gozábame las fiestas.
No esperaba que para comenzarlo
mi sangre ser debiese la primera
que habia de verterse. No es el miedo
al golpe que amenaza mi existencia
el que me obliga ahora a recordaros
cuál en un tiempo fué vuestra terneza.
No temais; amo mucho vuestra gloria
para que un digno padre por mí tenga

que avergonzarse, nó. Si yo tan solo
que defender mi vida aquí tuviera,
jamas salido habria de mi pecho
esta memoria en lo mas hondo impresa.
Pero vos no ignorais que en mi destino
una madre su dicha toda encuentra,
i un rei digno de vos, un jóven héroe,
pensaba que este mismo dia fuera
el venturoso que prestar debia
a nuestra excelsa union su luz serena;
i ya, seguro del afecto mio,
prometido al amor que me profesa,
se juzgaba feliz: vos a su llama
permitisteis que yo correspondiera.
El ya sabe, señor, vuestro designio;
juzgad de su inquietud i su sorpresa.
Mi madre está ante vos: ya veis su llanto.
Perdonad los esfuerzos que hoi emplea
esta infeliz por evitar los lloros
que ella debe costar a su terneza.

AGAM. Hija mia, es verdad. Yo mismo ignoro
por qué crímen la cólera suprema
una víctima pide. Más los Dioses
te han designado por la voz tremenda
de un oráculo, i quieren que tu sangre
aquí en sus aras derramada sea.
No ha esperado tu ruego el amor mio
para escudarte de su lei sangrienta.
No diré cuánto tiempo he resistido,
i dejaré mas bien que tú lo infieras
de ese mismo cariño de que afirmas
que desde tu niñez te he dado pruebas.
Aun anoche, sin duda ya lo sabes,
del interes triunfaste de la Grecia,
e inmolándote toda mi fortuna
i mi seguridad, con órden nueva
habia revocado aquel decreto

que me arrancó tan solo una sorpresa.
Arcas iba a impediros de mi parte
el entrar en el campo: la severa
voluntad de los Dioses no ha dejado
que él os haya encontrado en su carrera,
i el desvelo frustró de un triste padre,
que en vano procuró salvar su presa.
En mi débil poder tú no confíes.
¿Qué freno bastaria la licencia
a contener de un pueblo, si los Dioses
a su indiscreto celo nos entregan,
librándole de un yugo que sus cuellos
sobrellevaban solo a dura pena?
Hija, es fuerza ceder: tu hora ha llegado.
Acuérdate del rango en que nacieras.
Yo te doi un consejo que yo mismo
no puedo recibir; del que te espera
sangriento golpe, morirás tú ménos
que tu padre infeliz. Ah, hija, muestra,
al espirar, de quién eres nacida.
Haz que esos mismos Dioses que condenan
injustamente tu virtud, se llenen
de vergüenza al mirarte; i que la Grecia,
que te va a herir, mi sangre reconzca
cuando correr por el altar la vea.

CLIT. Tú no desmientes tu funesta raza.
Sí, la sangre que corre por tus venas
es la sangre de Atreo i de Tiéstes.
Verdugo de tu hija, no te resta,
por fin, sino ofrecer con sus despojos
a su mísera madre horrible cena.
Bárbaro! ¿Es este el fausto sacrificio
que aleve preparaba tu destreza?
Qué! El horror de firmar su muerte impía
no detuvo, escribiéndome, tu diestra!
¿Para qué aparentar un dolor falso?
¿Piensas probar con lloros tu terneza?

¿Dónde están tus combates, los arroyos
de sangre que has vertido tú por ella?
¿Cuáles son los destrozos que atestiguan
en aqueste lugar tu resistencia?
¿Qué campaña cubierta de cadáveres
a quedarme en silencio me condena?
Estos son los testigos que debian
probarme que has querido defenderla.
Un oráculo manda que ella espire!
¿I qué oráculo ha hablado con certeza?
¿El cielo, el justo cielo, está sediento
de la sangre infeliz de la inocencia?
Si quiere castigarse en su familia
el crímen cometido por Helena,
¿por qué no decretais que su hija Hermiona
de sus palacios a espiarlo venga?
Rescate con tal precio Menelao
la esposa criminal que tanto aprecia.
Pero tú, ¿qué furor víctima suya
te obliga a ser, i a recibir la pena
de su culpa fatal? ¿Por qué pretendes
que, destrozando mis entrañas, sea
yo quien pague su amor loco, insensato,
con la mas pura de mi sangre mesma?
Aun ese objeto, dí, de tantos celos,
esa Helena que pone en cruda guerra
Europa i Asia, ¿te parece acaso
un digno galardon de tus proezas?
¡Cuántas veces por ella nuestros rostros
ardieron de rubor! Antes que fuera
tu propio hermano su señor, Teseo
de la morada la robó paterna.
Tú sabes que en secreto se enlazaron,
i fruto de ese amor fué una princesa
que su madre ocultó, (Cálcas lo ha dicho),
porque ignorase el mundo su verguenza.
Pero el amor i ultraje de un hermano

es el menor cuidado que te afecta:
esa sed de reinar inestinguible,
el orgullo de ver a tu obediencia
i servicio sujetos tantos reyes,
i todos los derechos de la Grecia
fiados a tí, cruel! hé aquí los Dioses,
a quienes tú esa víctima presentas.
Léjos de rechazar tan fiero golpe,
granjearte con él timbres anhelas.
Demasiado celoso de ese puesto
que envidiarte podrian, te das priesa
a repagarlo con tu propia sangre,
a fin que amedrentado retroceda,
ante un título tal, todo el que un dia
osase pretender tu preeminencia.
¿I esto es ser padre? Ah! mi razon sucumbe
cuando traicion tan grande considera.
Cálcas en medio de un tropel impio
alzará sobre mi hija una sangrienta
mano i hará pedazos sus entrañas,
consultando curioso al hado en ellas.
I yo, que la conduje como en triunfo,
sola i desesperada hácia Micénas
volveré por las sendas que aun perfuman
las flores que a su paso se esparcieran!
Nó, no la habré traído a su suplicio,
o harás dos sacrificios a la Grecia.
Ni temor ni respeto a separarme
de mi hija bastarán: para que muera,
que arrancarla tendrás de aquestos brazos,
cubiertos de mi sangre, por la fuerza.
Bárbaro esposo, padre inexorable,
ven, si te atreves, a privarme de ella.
Tú, entra, hija mia, i obedece al ménos
a mis mandatos por la vez postrera.

ESCENA QUINTA.

M. Yo no debí esperar ménos furores.
¡Ved aquí, ved aquí las justas quejas
que de escuchar temblaba! I venturoso,
si entre la confusion que mi alma aniega,
no debiese aun temer sino estos gritos!
O cielos! era justo que de fiera
mi corazon de padre no tornaseis,
al imponerme una órden tan severa!

ESCENA SESTA.

AGAMENON, AQUÍLES.

AQUÍLES. Un rumor bien estraño, en este instante,
ha llegado, señor, a mi noticia.
Yo no pienso que crédito merezca,
i solo el referirlo me horroriza.
Dicen que hoi mismo, por mandato vuestro,
ante las aras Ifijenia espira;
que sufocando todo sentimiento
de humanidad, con vuestra mano misma
vais a ofrecerla al sacerdote Cálcas:
se dice que en mi nombre conducida
a estos lugares, solo la he llamado
a fin que la segur siegue su vida;
i que engañándonos con la apariencia
de un mentido himeneo, vos querias
sobre mí solo descargar la afrenta
de perfidia tan bárbara e inaudita.
¿Qué respondeis, señor? ¿I qué concepto
deberé yo formar de esta noticia?
¿No hareis callar a los que en mengua vuestra
por el campo se atreven a esparcirla?

AGAM. No acostumbro, señor, dar cuenta a nadie

de los designios que mi pecho abriga.
Todavía mi hija no conoce
la suerte que su padre la destina;
cuando deba saberla, vos entónces
sabreisla a un tiempo con la hueste aquiva.

AQUÍLES. Ah! demasiado sé cuál es la suerte
que le guardais.

AGAM. Si os es ya conocida,
¿por qué, pues, la indagais?

AQUÍLES. ¿Por qué la indago?
Cielos! ¿Lo he de creer? ¡Con alma fria
osa acusarse del furor mas negro!
¿Pensais que aprobaré vuestras indignas
maquinaciones, i a mis propios ojos
os dejaré inmolar a vuestra hija?
¿que mi amor, mi promesa, el honor mio
consentirán villanos tal perfidia?

AGAM. ¿Pero olvidais a quién estais hablando
en ese tono de amenaza altiva?

AQUÍLES. ¿Olvidais vos quién es la que yo adoro,
i quién el que ultrajais?

AGAM. ¿De mi familia
quién os ha hecho defensor? ¿No puedo,
sin vuestro asenso, disponer de mi hija?
¿No soi su padre ya? ¿Sois vos su esposo?
¿I no puede ella.....

AQUÍLES. Nó, que sometida
ya no está al poder vuestro. A mí ninguno
me hace promesas para no cumplirlas.
Obligado os hallais, miéntras yo aliente,
a enlazar su existencia con la mia.
Yo sabré defender este derecho
que en vuestro juramento propio estriba.
¿I no es por mí por quién la habeis llamado?

AGAM. Quejaos, pues, de la crueldad divina
que me la pide: echad la culpa a Cálcas
i a todos los guerreros de esta liga,

a Ulises, Menelao, i a vos mismo,
como primer autor de su desdicha.

AQUÍLES. A mí, decis!

AGAM. A vos, que tan ansioso
por emprender del Asia la conquista,
al cielo que os detiene en este puerto
dirijis tantas quejas dia a dia;
a vos, que reprobando los terrores
que aredraban mi afecto con justicia,
habeis sembrado por el campo entero
el furor impaciente que os domina.
Yo proponia un medio de salvarla;
pero vuestra inquietud no solicita
sino volar a Troya. I pues yo solo
a tan vivos deseos me oponia,
ya podeis ir; la muerte de Ifijenia
abre el camino de la costa Frijia.

AQUÍLES. Justo cielo! ¿Yo escucho este lenguaje
i puedo contenerme todavía?
¿De este modo el ultraje mas violento
se agrega sin pudor a la perfidia?
¿Yo querer ir a Troya, de mi amante
sacrificando los preciosos dias?
¿I qué ofensa me han hecho esos Troyanos
que esté pidiendo la venganza mia?
¿Qué interes me conduce ante sus muros?
¿Por quién, sordo a la voz de mi divina
madre amorosa, i al clamor de un padre,
que sin consuelo abandoné en Larisa,
voi a esas playas a buscar la muerte
por tantas veces a mi ardor predicha?
¿En qué tiempo a los campos de Tesalia
osaron arribar naves de Frijia?
¿Cuándo un vil seductor de mi palacio
la hermana o la mujer me sustraia?
¿Qué motivo de queja ellos me han dado?
¿Dó la pérdida está por mí sufrida?

Bárbaro! solo voi por causa tuya,
aunque yo sea de la hueste aquiva
el único guerrero que a servirte
ni el mas lijero compromiso obliga;
por tí, a quien hice que en sufrajio acorde
los reyes poderosos de esta liga
nombrasen jefe suyo i tambien mio;
por tí, cuyas ofensas mi cuchilla
vengaba en Lésbos abrasada, en tanto
que ni junto tu ejército tenias.
¿I con qué objeto nos reunimos todos?
¿No hemos venido con la sola mira
de ir a volver su esposa a Menelao?
¿Quién se atreve a pensar que yo permita,
inútil a mí mismo, que me arranquen
una consorte a mi pasion debida?
¿Tiene tan solo facultad tu hermano
de vengar las afrentas recibidas?
Yo adoré los encantos de Ifijenia,
i emprendí de su pecho la conquista;
solo ella recibió mis juramentos,
i en la esperanza de lograr un dia
su dulce posesion, tropas, bajeles,
todo se lo ofrecí para servirla;
i nada he prometido a Menelao.
Que si él lo quiere, con teson persiga
su robada consorte i busque un triunfo
que a mi sangre tan solo se destina.
Yo no conozco a Príamo, ni a Helena,
ni a su astuto raptor; solo queria
la mano de Ifijenia, i solamente
voi por tal precio a las riberas frijias.

AGAM. Huye, pues; da la vuelta a tu Tesalia,
i que tus juramentos no te impidan
huir: yo mismo te libero de ellos.
Me sobran otros reyes que me sigan,
mas obedientes, a ceñirse el lauro

de que único acreedor te preconizas.
Ellos sabrán con hechos inmortales
invertir el destino i la ruina
apresurar de la soberbia Troya.
Yo preveo desde hoi tu altanería,
i juzgo, al escucharte, cuán costosos
tus soberbios ausilios me serian.
Ya de la Grecia en árbitro te erijes,
i sus reyes, segun lo significas,
solo un título inútil me han cedido.
Orgulloso con esa valentía,
pretendes que a tu voz todo se humille
i temblando su lei única siga.
Por siempre el beneficio echado en cara
se miró como ofensa que denigra.
Quiero ménos valor, mas obediencia.
Huye. No temo tu impotente ira,
i rompo desde ahora para siempre
tados los lazos que a los dos nos ligan.

AQUÍLES. Puedes agradecer al solo lazo
que detiene mi saña: todavía
en tí respeto al padre de Ifijenia.
Quizá, sin este nombre, esta sería
la vez postrera que tan gran caudillo
habria osado provocar mi ira.
Pero solo te añado una palabra,
i en tu memoria permanezca fija.
Defendiendo a Ifijenia, yo defiendo
mi propio honor: para que tú consigas
herir su corazon, por este pecho
tendrá que abrirse paso tu cuchilla.

ESCENA SEPTIMA.

AGAM. I hé ahí lo que torna inevitable
su fatal perdicion. Sola mi hija
era mas de temer que tus amagos.

Ese amor insolente, que imajina
llenarme de terrores, acelera
el sacrificio que impedir meditas.
No vacilemos mas, i provoquemos
su furor: está ya comprometida
mi gloria i ella arrastra la balanza.
La amenaza de Aquíles determina
mi corazon dudoso. Prolongando
mi afecto su piedad, la juzgarian
efecto de temor. Hola! Mis guardias!

ESCENA OCTAVA.

AGAMENON, EURIBÁTES, GUARDIAS.

EURIB. ¿Señor?

AGAM. ¿Qué voi a hacer? ¿Podré por dicha
dictarles esa órden sanguinaria?
Cruel! ¿A qué combate necesitas
disponerte? ¿Quién es ese enemigo
que a abandonarles va tu ferocía?
Una madre me espera, sí, una madre,
que sabrá defender de un parricida
su amada prenda con valor. Mis guardias,
ménos que yo feroces, a mi vista
respetarán la hija de su dueño
por los maternos brazos socorrida.
Aquíles me amenaza i me desprecia;
mas ¿por eso se ve ménos sumisa
a mi hija? ¿Anda huyendo de las aras?
¿Jime del golpe con que intento herirla?
¿Pero qué estoi diciendo? ¿Qué pretende
mi sacrílego celo en este dia?
¿Qué pediré sobre ella al inmolarla?
Por gloriosas que sean las conquistas
que el cielo me promete, ¿qué corona
puede agradarme de su sangre tinta?

Quiero aplacar a los supremos Dioses....
Ah! ¿Qué Dios mas funesto me sería
que yo mismo? Jamas! No me es posible.
Sigamos los consejos que nos dictan
la sangre i el amor, i no nos cause
ningun rubor piedad tan merecida.
Que viva, sí.... ¿Pero tan poco aprecio
haré yo de mi honor, que así desista,
i el triunfo ceda al orgulloso Aquíles?
Su arrogante soberbia, su osadía,
que voi a redoblar, creerán que cedo
porque sus amenazas me intimidan.....
Mas, qué frívolo obstáculo me arredra!
¿No puedo confundir su altanería?
Que Ifijenia a su vista sea solo
motivo de pesares i desdichas.
El la adora; pues bien, por que la vea
esposa de otro, guardaré su vida.
Euribátes, llamad a la princesa,
i a la reina tambien de parte mia.
Que nada teman.

ESCENA NOVENA.

AGAMENON, GUARDIAS.

AGAM. Poderosos Dioses!
si en querer arrancármela se obstina
vuestro rencor, ¿qué puede ante vosotros
de todos los humanos la porfía?
Léjos de serla provechosa entónces,
mi tierna compasion la perjudica.
Bien lo sé; pero, Dioses soberanos,
una víctima tal es harto digna
de que vuestros mandatos rigorosos,
por vez segunda, espresos me la exijan.

ESCENA DECIMA.

AGAMENON, CLITEMNESTRA, IFIJENIA, ERIFILA, EURIBÁTES, DÓRIS, GUARDIAS.

AGAM. Marchad, reina, marchad. Os restituyo,
vuestra prenda; mi amor os la confia.
Sacadla pronto de estos crueles sitios:
poned en salvo su preciosa vida.
Arcas, a la cabeza de mis guardias,
os va a seguir. Mi corazon olvida
su indiscrecion, que ha sido tan dichosa.
Todo el éxito pende de la prisa
i el secreto. Ni el ministro Cálcas
ni Ulíses han hablado todavía.
Cuidad que ellos no sepan esta fuga,
i ocultad con esmero a vuestra hija;
que el ejército entero se persuada
de que a vos solamente se os envía,
e Ifijenia se queda. Apresuraos.
I quieran las Deidades, condolidas
de mi intenso dolor, no presentarla
en mucho tiempo a las miradas mias!
Guardias, seguid a vuestra augusta reina.

CLIT. Ah, señor!

IFIJE. Padre mio!

AGAM. Daos prisa,
digo otra vez, a prevenir de Cálcas
la inexorable dilijencia activa.
Yo miéntras tanto voi a entretenerle,
a fin de asegurar vuestra partida,
con finjidas razones; a pedirle
que me conceda el resto de este dia,
i que a lo ménos quede hasta mañana
esa funesta pompa suspendida.

ESCENA UNDECIMA.

ERIFILA, DÓRIS.

ERIF. Sigue, Dóris, mis pasos; que no es ese
nuestro camino.
DÓRIS ¿No pensais seguirlas?
ERIF. Ai!, yo sucumbo. Veo el resultado
de la pasion de Aquíles. Pero, amiga,
no en vano sentiré de tantas furias
lleno mi corazon: nada me digas.
Ya no escucho consejos ni razones.
O perderla o morir es mi divisa.
Ven te digo. De todo cuanto pasa
al Sacerdote voi a dar noticia.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

IFIJENIA, EJINA.

IFIJ. No me detengas mas, Ejina. Vuelve
al lado de mi madre, pues preciso
es que yo aplaque la ira de los Dioses.
Por esta infeliz sangre que han querido
a sus altares sustraer, contempla
qué tempestad amaga confundirnos;
qué triste situacion la de la reina;
con qué insolencia el campo enfurecido
se opone a nuestra fuga, i por do quiera
de sus aceros nos presenta el brillo!
Nuestra guardia a sus golpes rechazada,
en desmayo la reina.... Ai! a excesivos
riesgos el celo maternal la espone!

Déjame huir, i su impotente ausilio
evitando prudente, aprovecharme
de la actual turbacion de sus sentidos.
Mi padre mismo, ai me! pues necesario
es que yo te revele mi martirio,
al propio tiempo que salvarme intenta,
en realidad ordena mi suplicio.

EJINA. ¿El, princesa? Pues qué?.....

IFIJ. Sin duda Aquíles
en su estremado enojo le ha ofendido.
Mas el rei, que ya le odia, a mí me exije
le aborrezca tambien: tal sacrificio
por medio de Arcas dicta a mi obediencia,
i aun para siempre hablarle me ha prohibido.

EJINA. ¡O dolor!

EFIJ. ¡O sentencia inexorable!
¡O rigor no escuchado! Mas benignos,
vosotros Dioses, con mi vida sola
mostraros prometiais complacidos!
Muramos, pues; obedezcamos.—Cielos!
¿No es él, Aquíles, quien llegar yo miro?

ESCENA SEGUNDA.

AQUÍLES, IFIJENIA.

AQUÍLES. Venid, seguid mis pasos, Ifijenia.
No temais ni los gritos ni el amago
de esa vil muchedumbre que se agolpa
en torno de esta tienda. Presentaos;
vereis cómo ante vos se abren sus olas,
sin esperar los golpes de mi brazo.
Patroclo i otros jefes que me siguen,
os conducen la flor de mis Tesalios:
i los demas, con mi estandarte al frente,
os ofrecen el muro de sus flancos.
Oponed este asilo impenetrable

a vuestros enemigos temerarios.
Venid conmigo; si se atreven ellos,
que vayan a mis tiendas a buscaros.
¿Pero qué significa este silencio?
¿Así, pues, me ayudais? Solo con llantos
respondeis a mi voz! ¿I todavía
de arma tan débil osareis fiaros?
Apresurémonos: ya vuestro padre
ha visto vuestras lágrimas, i en vano.

IFIJ. Lo sé, señor, mui bien; i mi esperanza
solo en el golpe estriba, por lo tanto,
que debe poner fin a mi existencia.

AQUÍLES. Vos morir! Ni lo diga vuestro labio.
¿Recordais el solemne juramento
con que los dos nos hemos ya ligado,
i por fin, que la dicha de un Aquíles
se funda en vuestra vida?

IFIJ. El cielo santo
con la vida de aquesta desgraciada
no unió vuestra ventura. Fué un engaño
de nuestro amor creerlo, i esa dicha
debe ser de mi muerte un resultado.
Pensad, señor, pensad en los laureles
que ofrece el triunfo a vuestro ardor gallardo.
Ese campo de glorias a que aspiran
todos los Griegos con anhelo tanto,
ha de ser infecundo para Aquíles,
si con mi sangre no se ve regado.
Tal ha sido el decreto de los Dioses
intimado a mi padre. El ese fallo
habia inútilmente desoído,
de Cálcas los consejos desdeñando.
Los Griegos conjurados en mi contra
confirman con exceso sus mandatos.
Partid todos, partid. Yo era un estorbo
a que os ciñeseis tan hermoso lauro:
id a cumplir vos mismo los anuncios

que sobre vos han hecho los oráculos:
mostrad ese héroe a Grecia prometido;
volved contra sus propios adversarios
el sentimiento que mi muerte os causa.
Ya Príamo palidece: en sobresalto
Troya temiendo está la hoguera mia
i tiembla al figurarse vuestro llanto.
Id a obligar a las viudas frijias
a llorarme en sus muros despoblados.
Yo moriré tranquila i satisfecha
en esta confianza. Si los hados,
para ser vuestra esposa no han querido
que yo viviendo siga, me complazco
en esperar que el porvenir al ménos,
uniros debe con eterno lazo;
que cuando vuestros hechos inmortales
refieran con asombro los humanos,
por mi suplicio, como oríjen de ellos,
empezarán la relacion sus labios.
Adios. Vivid, digno hijo de los Dioses.

AQUÍLES. Nó, yo no admito vuestro adios infausto.
En vano con crueles artificios
inducir mi ternura en un engaño
i apoyar pretendeis a vuestro padre;
obstinada en morir, esfuerzos vanos
haceis por demostrar que se interesa
mi gloria en consentirlo. Nó, mi brazo
encuentra esas conquistas i esas glorias
en ofreceros el debido amparo.
¿I quién de mi favor en adelante
osaria mostrarse en Grecia ufano,
si nuestra union tan próxima no fuera
para vos segurísimo resguardo?
Mi renombre i mi amor vivir os mandan.
Es fuerza oírlos i seguir mis pasos.

IFIJ. ¿Quién? ¿Yo seguiros? ¿Yo desobediente,
en contra de mi padre conspirando,

correr a merecer la muerte misma
que quisiese evitar a vuestro lado?
¿Dónde estaria entónces el respeto,
en dónde los deberes sacrosantos....

AQUÍLES. Princesa, seguiriais al esposo
a quien él os habia destinado.
El me ha dado ese título, i ahora
inútilmente quiere ya quitarlo.
¿Ha de hacer juramentos solamente
para tener el gusto de violarlos?
I vos misma tambien, a quien arredra
tan severo deber en este caso,
¿pensais que Agamenon no es vuestro padre
cuando me hace señor de vuestra mano?
¿Obedeceis tan solo sus preceptos
cuando con ellos muestra renegaros?
En fin, princesa mia, tardo mucho,
i mi justo temor.....

IFIJ. Qué! ¿De arrebato
culpable a impulsos pretendeis, Aquíles,
llegar a la violencia? ¿I mi trabajo
colmar intentareis de esta manera?
¿Os será por ventura ménos caro
que mi existencia el lustre de mi gloria?
Ah, señor! Condoleos de mi llanto.
Sometida a una lei que respetuosa
he debido observar, con escucharos
hago ya mucho: no lleveis mas léjos
el triunfo de mi afecto reportado;
o bien, a mis deberes i a mi nombre
sacrificada por mi propia mano,
sabré eximirme en tan cruel conflicto
del riesgo que me ofrece vuestro amparo.

AQUÍLES. Pues bien, no hablemos mas. Obedecedle,
i corred a buscar ese suplicio
que os parece tan bello: a vuestro padre
llevad un corazon en que yo miro

mas aborrecimiento a vuestro amante,
que filial sumision a su capricho.
Ya de un justo furor arder me siento:
vos correis al altar del sacrificio;
yo voi tambien hácia el altar, señora.
Si de sangre i de muertes es preciso
hartar al cielo, nunca de mas sangre
se habrán sus aras humeantes visto.
Al ciego amor que moverá mi brazo,
le será todo arrojo permitido.
Cálcas será la víctima primera.
De la hoguera los trozos esparcidos
por el suelo a mis golpes, en la sangre
nadando se han de ver de los impíos;
i si en medio del horror de tal tumulto
el mismo Agamenon cayere herido,
al contemplar entonce el resultado
de un respeto filial tan excesivo,
reconoced, princesa, los desastres
de que sereis el principal motivo.

IFIJ. Ah, señor! Ah cruel!.... Masél se escapa.
¡Justo cielo, que quieres mi esterminio,
aquí me tienes, hiéreme a mí sola
i acaba con mi vida mis martirios!

ESCENA TERCERA.

CLITEMNESTRA, IFIJENIA, EJINA, EURIBÁTES, GUARDIAS.

CLIT. Yo la defenderé contra vosotros,
contra todo el ejército reunido!
Cobardes! ¿Traicionais a vuestra reina?

EURIB. Nó señora: dispuestos a serviros
nos vereis combatir, i a vuestras plantas
exhalar firmes el postrer suspiro.
Pero de nuestros débiles esfuerzos

¿qué podeis esperar? ¿I de enemigos
tan numerosos quién podrá salvaros?
Ya no es un pueblo vano reunido
en desórden confuso; es todo el campo
animado de un ciego fanatismo.
Ya no hai piedad.—El Sacerdote solo
es el que reina i los dirije altivo;
i la severa relijion reclama
su ofrenda en altas voces. El rei mismo
de su poder se mira despojado,
i nos manda ceder al torbellino.
Aquiles, a quien nada se resiste,
el mismo Aquiles, su valor invicto
presentaria a la tormenta en vano.
¿Qué lograria hacer? ¿Qué humano brio
disipar puede las inmensas olas
que corren a envolverle de enemigos?

CLIT. Vengan, pues, a ensayar su furia ciega
en mis entrañas; que su celo impío
acabe con mis débiles alientos!
Tan solo de la muerte al crudo filo
podrán romperse los estrechos lazos
con que voi a ligarla al seno mio.
Mi cuerpo del espíritu apartado
caerá en la tierra ensangrentado i frio,
ántes que yo consienta..... Ai, hija mia!

IFIJ. O madre! Bajo qué astro tan maligno
disteis al mundo el desgraciado objeto
de tantas penas, de tan gran cariño!
Pero en la horrible situacion presente
¿de qué puede servirme vuestro ausilio?
¡El poder de los cielos i los hombres
teneis que contrastar a un tiempo mismo.
¿Os espondreis a la crueldad de un pueblo?
Escuchad mis clamores os suplico.
No en un campo rebelde a vuestro esposo,
obstinada vos sola en ser mi ausilio,

i arrastrada talvez por los soldados,
como esclusivo fruto de ese ahinco,
presenteis a mis ojos una escena
mas dolorosa que el mortal suplicio.
Permitid a los griegos que terminen
la obra fatal a que se dió principio,
i dejad para siempre una ribera
en donde tanto vos habeis sufrido.
La llama de la hoguera que me aguarda,
demasiado vecina a aquestos sitios,
hiriera de mui cerca vuestros ojos.
Mas sobre todo, si me amais, os pido
por ese afecto, que jamas en cara
a mi padre le echeis mi sacrificio.

CLIT. El, que va a presentar al Sacerdote
tu corazon....

IFIJ. ¿Qué esfuerzos ha omitido
para volverme a los maternos lloros?

CLIT. ¡Con qué perfidia me engañó el inicuo!

IFIJ. El me cedia, madre mia, al cielo,
a quien debiera el nacimiento mio.
Mi muerte no se lleva todo el fruto
de vuestro enlace. Os quedan para alivio
otros lazos aun, i reemplazarme
puede Orestes mi hermano. ¡Quiera el destino
hacerlo para su augusta madre
ménos fatal que esta infeliz lo ha sido!
¿Oís, señora, al impaciente pueblo
que ya me está llamando con sus gritos?
Tened a bien abrirme vuestros brazos
por la postrera vez, i de heroísmo
el corazon armándose.... Euribátes,
la víctima llevad al sacrificio.

ESCENA CUARTA.

CLITEMNESTRA, EJINA, GUARDIAS.

CLIT. Ah! No irás sola; permitir no puedo.....

¡Mas qué tropel se opone a mi designio!
O pérfidos, saciad la sed de sangre
que os devora.

EJINA ¡I adónde ese delirio
os va a llevar? ¿Qué pretendeis, señora?

CLIT. Ai! con vanos esfuerzos me aniquilo,
i torno a entrar en mi horrorosa angustia,
si respirar un punto yo consigo.
¡Cielos! ¡He de morir por tantas veces,
sin exhalar el último suspiro?

EJINA Ah! ¿Sabeis la traicion i quién os pierde?
¿Sabeis a qué inhumano basilisco
en su seno la mísera Ifijenia
habia dado bondadoso abrigo?
Esa amiga perjura, esa Erifila,
que con vosotras a este puerto vino,
ha sido sola quien al campo griego
de vuestra fuga le ha llevado aviso.

CLIT. ¡O monstruo por las furias enjendrado!
¡O monstruo que los hórridos abismos
lanzaron por desdicha en nuestros brazos!
Qué! ¿No habrás de morir? I por castigo
de tu perfidia atroz.... Mas ai! ¿en dónde
una víctima busca mi martirio?
Vosotros mares, ¿no abrireis vosotros,
para vengar un crímen inaudito,
nuevos abismos que a los Griegos traguen?
I cuando el puerto que les presta asilo
lance su flota criminal, los vientos,
que acusaron mil veces los inicuos,
¿no sembrarán vuestras hirvientes olas
de los destrozos de sus mil navíos?
I tú, o sol, i tú que reconoces
al digno hijo de Atreo en estos sitios,
tú que no osaste con tus claras luces
alumbrar el festin del padre impío,
retrocede hoi tambien; ¡hace ya tiempo

que ellos te han enseñado ese camino!
Mas, o cielos! o madre desdichada!
Ceñida del feston aborrecido
la frente virjinal, ya mi hija tiende
su inocente garganta a los cuchillos
que su padre aguzó. I el Sacerdote
ya va en su sangre.... Detened, indignos!
Reparad que esa víctima desciende
del Dios que lanza el trueno del Olimpo....
Oigo estallar el rayo, el suelo todo
siento que se estremece en torno mio.
Un vengador divino, un Dios sin duda,
ostenta su favor con tal prodijio.

ESCENA QUINTA.

CLITEMNESTRA, EJINA, ARCAS, GUARDIAS.

ARCAS. No lo dudeis, señora. Por salvarla
combate este momento un Dios propicio.
Aquíles es quien cumple vuestros ruegos.
Ya cayó destrozada por su brio
la débil valla que le opuso el Griego.
I él está ante el altar, i el sacrificio
se halla suspenso, Cálcas aterrado.
Por donde quiera amenazantes gritos
se oyen, todos se ajitan, jime el aire,
i el hierro ostenta fulminoso brillo.
En torno de Ifijenia Aquíles hace
que se coloquen todos sus amigos,
por él dispuestos a rendir las vidas.
El triste Agamenon, que en tal conflicto
no osa aplaudirle, el rostro se ha velado,
ya por no ser de la matanza horrenda
que le predice el corazon, testigo,
o bien por ocultar su amargo llanto
i los efectos de un dolor tan vivo.

Mas supuesto que él calla, vos, señora,
no perdais el momento decisivo,
i con vuestro clamor venid a darle
a vuestro noble defensor ausilio.
El por su mano, reteñida en sangre,
quiere su hermosa amante restituiros,
i él mismo me ha encargado de llevaros.
Venid: no existe de temor motivo.

CLIT. ¿Yo habia de temer? Volemos, Arcas!
El mas fiero i atroz de los peligros
no podrá ni un momento intimidarme.
Llévame por do quieras.... Mas qué miro!
¿No es Ulises? El es! Ai! Arcas, Arcas!
Ya no es tiempo! Mi hija ha perecido!

ESCENA SESTA.

ULÍSES, CLITEMNESTRA, ARCAS, EJINA, GUARDIAS.

ULÍSES. Nó, vuestra hija vive, i de los Dioses
la cólera obstinada ha fenecido.
No teneis que temer: el alto cielo
al seno maternal la vuelve pio.

CLIT. Ella vive! i Ulises me lo anuncia!

ULÍSES. Ulises, sí, señora, Ulises mismo,
que largo tiempo se creyó obligado
a reanimar en vuestro perjuicio
de Agamenon el pecho vacilante,
i que, celoso del honor aquivo,
correr en abundancia vuestro llanto
con sus consejos inflexibles hizo.
Mas pues en fin el cielo está aplacado,
vengo ya a reparar con este aviso
todas las penas de que he sido causa.

CLIT. ¡Mi hija! ¡Qué me decís!.... Dioses benignos!
Atónita me quedo. ¿Qué milagro,
qué Dios, señor, la ha vuelto a mi cariño?

ULÍSES. Yo mismo estoi en tan feliz momento
lleno de horror, asombro i regocijo.
Jamas para la Grecia habia brillado
un dia que inspirase mas temores.
Dueño de todo el campo la Discordia,
los ojos de los griegos campeones
con su venda fatal, cubierto habia,
i daba la señal fiera del choque.
Delante de las aras vuestra hija,
de espanto poseída a tal desórden,
veia pronto a defenderla a Aquíles,
i en contra de ella a todas las lejiones:
mas, aunque solo el furibundo Aquíles
a combatir por ella se dispone,
el ejército al verle se acobarda,
i se dividen los supremos Dioses.
Ya se levanta por el aire vano
una nube de dardos voladores,
i la sangre, primicia de infalible
carnicería, en abundancia corre.
Cálcas se avanza entre los dos partidos
con aspecto sombrío, ojos feroces,
i el cabello herizado, formidable,
lleno del Dios que su alma sobrecoje.
"Aquíles, dice, i Griegos, escuchadme.
"La Deidad que hoi os habla por mis voces
"me esplica ya su oráculo, i el velo
"que nos cubria su eleccion, descorre.
"Otra sangre de Helena, otra Ifijenia
"es necesario que mi brazo inmole.
"Robada por Teseo Helena hermosa,
"se hizo secretamente su consorte,
"i hubo una hija, que ocultó la madre,
"i a quien el nombre de Ifijenia dióse.
"Sabedor del secreto, vi yo mismo
"este fruto infeliz de sus amores;
"i desde entónces le anunció mi labio

"un fatal porvenir. Hoi sus furores
"i su negro destino la han traído
"a estos lugares con un falso nombre.
"Ella me está mirando, me está oyendo,
"delante la teneis. Ella disponen
"los altos cielos que inmolada sea."
De este modo se espresa el Sacerdote.
El campo todo con terror le escucha,
i mirando a Erifila queda inmóvil.
Ella se hallaba ante el altar, sin duda
la lentitud del formidable golpe
acusando en su pecho; i ella misma,
con pasos presurosos i alma doble,
pocos momentos ántes ido habia
a anunciar vuestra fuga a las lejiones.
Todos admiran con secreto asombro
su nacimiento i su destino atroce;
mas pues Ilion es precio de su muerte,
el ejército en gritos uniformes
se pronuncia contra ella, i dicta a Cálcas
su sentencia de muerte. El Sacerdote
alzaba ya su brazo para asirla.
"Detente, ella le grita, i no me toques.
"La sangre de esos héroes que tú dices
"que son de mi existencia los autores,
"bien sabrá derramarse en este dia,
"sin que tus viles manos la deshonren."
Así diciendo, arrójase furiosa,
i de las aras inmediatas coje
el cuchillo fatal del sacrificio,
i en sus entrañas con valor lo esconde.
No bien corre su sangre i tiñe el suelo,
cuando sobre el altar los justos Dioses
hacen que el trueno con fragor retumbe,
i con dichosos ecos silvadores
ajita el aire el suspirado viento,
i los bramidos de la mar responden.

La playa jime en su estension i alba
con la espuma de la ola que se rompe;
i de la hoguera la impetuosa llama
se ve encenderse por sí misma entónces.
Brilla con mil relámpagos el cielo,
entreabre su rejion, nos sobrecoje
con un santo pavor, que nos munda
de esperanza feliz los corazones.
Los soldados atónitos refieren
que velada de nubes i fulgores
descendió Diana hasta la hoguera, i cuando
de entre las llamas al Olimpo alzóse,
piensan que se llevaba nuestros votos
i nuestro incienso a la divina corte.
Todo es ya darse prisa, todos parten.
I en la dicha comun de tantos hombres,
solo Ifijenia llora a su enemiga.
Venid a recibir hija tan noble
de entre los brazos de su propio padre.
Agamenon i Aquíles, ya concordes,
están ansiosos de volver a veros,
i olvidadas sus quejas anteriores,
a estrechar para siempre el firme lazo
de su alianza augusta se disponen.

CLIT. ¡Con que premios jamas, con cuál incienso
podré recompensar tantos favores
como yo debo al jeneroso Aquíles,
i a vuestra proteccion, o justos Dioses!

FIN DE IFIJENIA.

UNA VENGANZA.

DRAMA HISTÓRICO EN CINCO ACTOS,

ORIJINAL

De don Salvador Sanfuentes.

BIBLIOTECA NACION
BIBLIOTECA AMERICAN
"JOSÈ TORIBIO MEDIN

PERSONAJES.

CAROLINA.
ENRIQUE DERNICOUR.
DERVAL.
DUPRÉ.
ROBERTO.
PEDRO.
UN MINISTRO DE JUSTICIA.
EL VERDUGO.
UN MÉDICO
UN MINISTRO DEL JUZGADO
UN COMISARIO.
SOLDADOS.
AJENTES DE POLICÍA.

La escena pasa en Paris, el año de 1766.

ACTO PRIMERO.

(Un aposento de la casa de Derval.)

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA, ENRIQUE.

ENRIQUE.—*(entrando.)* Carolina!

CAROLINA.—*(sobresaltada.)* Enrique!

ENRIQUE.—¡Cuán venturosos son para mí estos instantes en que al fin logro veros i hablaros en libertad! ¡Con cuánta impaciencia me llevo esperando el momento de que Derval salga de casa para venir a donde vos estais! Es tanto lo que os adoro!....

CAROLINA.—¿Derval anda al presente fuera?

ENRIQUE.—Sí. Pero ¿qué sobresalto es ese que hace dias se apodera de vos siempre que os hallais a solas conmigo? Mucho habeis variado!

CAROLINA.—¿Yo variar, señor?

ENRIQUE.—Antes escuchabais tranquila, i aun al parecer con satisfaccion, las palabras de amor que corrian de mis labios. Ahora esa melancolía, esa turbacion i ese empeño con que procurais evitarme, todo me da a entender, i ¡ojalá que esta sospecha me equivocase! que ha habido algun trastorno en vuestros sentimientos. Si fuese así, Carolina, o si hubiese yo tenido la desgracia de ofenderos.....

CAROLINA.—¿Vos ofenderme a mí, señor? ¡vos el mas apreciable de los hombres! Ah!

ENRIQUE.—¿Me amais?

CAROLINA.—Si os amo!

ENRIQUE.—Hubo un tiempo, es verdad, un tiempo feliz en que parecisteis corresponderme.—Pero en el dia, esa estraña esquivez....

CAROLINA.—Perdonad, señor, a la desventurada Carolina. Si ella os amó algun dia, su corazon, incapaz de mudanza, os amará con igual ardor hasta la muerte.—Pero temo que se nos sorprenda en estas entrevistas, que llegue a vislumbrarse por los que habitan esta casa nuestra correspondencia amorosa, i que esta llegue a oídos de Derval. ¡Qué sería entónces de nosotros!

ENRIQUE.—¿I por qué hemos de temer que él la sepa? Yo me propongo hacerle conocer cuanto ántes mis puras intenciones; decirle que deseo ser feliz, i que solo uniéndome a vos puedo serlo.

CAROLINA.—Ai! nó, jamás. No se ha hecho tan gran ventura para Carolina.

ENRIQUE.—¿Qué decís?

CAROLINA.—Sois el último vástago de una familia ilustre; i solo los desastres, que, privando de la vida a vuestros padres, os dejaron huérfano i pobre, os pusieron en la precision de aceptar un destino en esta casa de comercio de Derval.—Vos habeis hecho prosperar sus negocios. Con su benevolencia, que os habeis granjeado, llegareis bien pronto a adquirir un caudal correspondiente a vuestro nacimiento, i contraereis entónces un enlace mas digno de vos. Pero casaros, conmigo, descendiente de padres oscuros i huérfana desde la infancia! conmigo, que para ganar la vida he tenido que reducirme a la mísera condicion de criada! Semejante imprudencia os atraeria el desprecio de vuestros amigos, i la pérdida del afecto de Derval.—Miradlo bien i no os perdais por mí. La idea de haber cortado las alas a vuestra felicidad, sería para mí un dogal que me atormentaria hasta la muerte.

ENRIQUE.—¿I qué felicidad puedo yo gozar si Carolina me falta?—Vos no me amais, Carolina; no me amais a lo ménos con un ardor correspondiente al mio. Mirad! Aunque por amaros hubiese de atraer

sobre mí el odio del universo entero, si me presentasen ahora de una parte la opulencia, los honores, i de la otra a Carolina i con ella todas las angustias de la miseria, yo volaria gozoso a mi Carolina para dividir con ella el negro pan que ganase con el sudor de mi frente.—En medio de mis trabajos, me burlaria de la pompa de los ricos, i diria para mí: "Yo desprecio sus mentidas glorias. La verdadera " felicidad no la conocen ellos, sino yo que en la " posesion de mi amada encuentro un cielo que " convierte en deleites todas mis penas.—Mis hono- " res son sus virtudes, sus gracias mi opulencia." —Ah, Ah, dueño mio! ¿Puedes tu concebir la violencia del amor que me has inspirado? Tu amor es todo mi bien, tu amor es mi vida misma.—Sin tí solo desearia la muerte!....¿Vos llorais?

CAROLINA.—Sí lloro, Enrique mio; pero mis lágrimas son de gratitud i de sentimiento por no haber nacido bajo astros mas felices. Yo me he visto sin padres, sin hogar, reducida a la servidumbre para sustentar mi existencia; pero jamás me habia quejado al cielo de mi suerte, ni conocido todo su rigor hasta este momento, en que veo la imposibilidad de presentaros en pago de tanta fineza, sino un corazon eternamente agradecido.—Nos amaremos siempre, ¿no es verdad?....Mas ¡ai de mí! ¿A qué abandonarme a esta grata ilusion, si he de verla desvanecerse como un celaje de ilusoria esperanza?

ENRIQUE.—¿Por qué causa, Carolina?

CAROLINA.—Los obstáculos que el cielo opone a nuestro cariño son insuperables.

ENRIQUE.—¿I qué obstáculos son esos? Me dejais confundido.—No habrá en la tierra sacrificio que yo no haga gustoso por vuestro amor.

CAROLINA.—Vais a atraeros la enemistad eterna de Derval.

ENRIQUE.—Cielos!

CAROLINA.—No podemos amarnos, si yo no dejo su mansion cuanto ántes sin que él lo sepa ni tenga medio de impedírmelo.

ENRIQUE.—Segun eso, ¿Derval os ama?....Callais, i vuestros ojos se fijan en la tierra.—Yo lo habia sospechado hace tiempo; i solo por algunos instantes habia podido deslumbrarme ese odio falso que le he visto siempre aparentar hácia todas las mujeres.—Ahora que me convenzo de que él hacía una escepcion con vuestras gracias, ahora que veo en peligro vuestra inocencia, ¿puedo dudar por un momento acerca del partido que debo abrazar?

CAROLINA.—¿Qué pensais hacer?

ENRIQUE.—Esta misma noche os sacaré de aquí.

CAROLINA.—Esta noche!

ENRIQUE.—A algunas millas de París vive en mediana fortuna una señora anciana, que debió en otro tiempo favores a mi familia, i por esta razon me profesa un verdadero cariño.—Luego que esté de vuelta Derval, volaré a prevenirla para que os espere.

CAROLINA.—¿I querrá recibirme bajo su proteccion?

ENRIQUE.—Yo confío en que lo hará gustosa hasta el dichoso momento de nuestro enlace.

CAROLINA.—Pero ¿cómo partiremos?

ENRIQUE.—Esta noche, luego que salga Derval a su paseo de costumbre, yo vendré a buscaros, i un carruaje, que estará aguardándonos en la calle vecina, nos conducirá en pocos instantes a la morada de mi amiga.

CAROLINA.—Ah, señor! ¿Con qué palabras podré espresaros mi agradecimiento?....Solo tiemblo por el mal que Derval pudiera haceros.

ENRIQUE.—Nada teneis que temer, Carolina. Amadme i esta será mi mas dulce recompensa.—Adios.

ESCENA SEGUNDA.

CAROLINA.

¡Cuán dichosa soi! I qué serenidad tan dulce inunda mi alma despues de tantas zozobras i amarguras! Amada por Enrique con un amor tan jeneroso! Salvada de las persecuciones de Derval por el dueño de mi corazon! O Dios mio! ¿Con qué no habeis permitido que la borrasca me amenazase sino para hacerme luego mas deliciosa la tranquilidad del cielo? Tu bondad ha escuchado los suspiros que elevaba hácia tí mi inocencia perseguida. Continúame, Señor, tu proteccion en los pasos que voi a dar para salvar el único tesoro que conservo en mi horfandad, o si tus altos juicios han decretado que vuelvan todavía a renovarse mis sufrimientos, i que sea engañosa la bonanza que entreveo, padezca yo sola, Señor, i no le toque parte alguna en mis males al que tan jenerosamente se sacrifica por mí.... Creo que siento pasos..... O cielos! Es Derval.—Probaré a escaparme..... Pero él cierra la puerta..... Favor, Dios mio!

ESCENA TERCERA.

CAROLINA, DERVAL *(quien luego que entra, cierra tras de sí la puerta.)*

DERVAL.—*(con aire sombrío i siniestro.)* Carolina!

CAROLINA.—¡Cómo huyera de su vista!

DERVAL.—Apartas de mí tus ojos, Carolina, i aun me parece que te veo temblar! ¿Por qué esa confusion? ¿No soi yo tu tierno amante? ¿No soi tu protector?

CAROLINA.—¿Vos mi protector?.... Cuando ceseis de perseguirme, cuando me volvais la tranquilidad que me habeis arrebatado.....

DERVAL.—Siempre cruel, siempre ingrata con el que solo desea hacerte feliz, colmarte de riquezas, elevarte al rango que merecen tus gracias i tu hermosura!...Sí, Carolina. Mis bienes, mi corazon, todo cuanto poseo es tuyo, con tal que te muestres sensible a la pasion que me has inspirado.—¿Aspiras a rivalizar en pompa i lujo con las mas ricas damas de la corte? Ninguna habrá que pueda competir contigo.—¿Quieres mandar con un imperio absoluto en esta casa, donde hasta ahora has obedecido? Todos los que de mí dependen, i yo el primero, seremos esclavos de tu voluntad.—¿Deseas pasar tu vida en medio de los placeres i las diversiones? Habla. ¿Qué cosa acertarás a desear que yo no sea capaz de proporcionarte?

CAROLINA.—Yo no aspiro, señor, a esos honores ni a esos placeres que me habeis pintado. Contenta con la condicion en que ha querido colocarme el cielo, prefiero pasar toda mi vida en ella, a mejorarla a costa de mi inocencia.—Cesad de perseguirme, i os agradeceré este favor mucho mas que todas vuestras ofertas con que procurais deslumbrarme.

DERVAL.—Carolina, tú no conoces aun los goces que proporciona la opulencia, i por eso los desprecias con insensato orgullo; pero llegará dia en que desengañada, los estimes en el valor que tienen a los ojos de las demas mujeres.—Sí, porque tú has de ser de Derval.—Lo he jurado, i ni tu resistencia, ni ningun otro obstáculo, hará que yo desista de mi propósito.

CAROLINA.—¿I qué es lo que ha podido infundiros semejante confianza? ¿Es acaso mi horfandad? ¿Es el ver que en mi abandono carezco de un defensor que proteja mi inocencia?—Pero quizá os engañais, señor.—Hai un Dios que vela desde el cielo sobre la virtud perseguida.—El me proporcionará los medios de eludir vuestros criminales designios.

DERVAL.—¿I piensas tú que un hombre como Derval habia de arredrarse por esos vanos terrores? Nó, Carolina. La suerte que te condujo a mi mansion, te tenia destinada para que fueses mia.—Ríndete a la blandura, i yo te haré feliz. No me obligues empero a recurrir a la violencia, porque pudieras perderlo todo.—Abre los ojos i contempla tu situacion.—¿Quién podrá salvarte de Derval? *(La ase de un brazo.)*

CAROLINA.—Dejadme, señor, dejadme, i no fieis en mi debilidad. Acordaos de que estamos en un país donde la lei castiga la violencia i el ultraje.—Yo imploraré su ausilio.

DERVAL.—¿Qué ausilio puede ella prestarte ahora, cuando estás en mi poder?

CAROLINA.—Publicaré vuestro crímen i seré vengada!

DERVAL.—*(riendo)* ¿Vengada, Carolina, vengada por la lei? ¿I qué ganarias con eso sino es publicar tú misma tu deshonra?

CAROLINA.—Voi a gritar. Mi voz será bastante sonora para salir de este recinto, i llamarme defensores.

DERVAL.—¿Quién vendrá en tu socorro? Yo he tenido cuidado de alejar a todos mis sirvientes.—La casa está sola en la actualidad, i creo que tu voz no será tan fuerte, que pueda oírse desde la calle.

(Carolina de un fuerte estiron logra desasir su brazo de Derval, se retira a algunos pasos, saca un puñal pequeño que llevará escondido, i dirijiéndolo contra su seno, dice:)

CAROLINA.—Pues bien, señor, pues bien. Aun me quedaba otro recurso. ¿Lo veis? Yo he sabido prevenirme. Mi honor era demasiado precioso para no haber previsto los medios de salvarlo de cualquier peligro que pudiese correr.—Adelantaos un solo paso hácia mí, i os dejaré con un cadáver entre vuestros brazos.

DERVAL.—Pues qué! ¿tendrias valor....

CAROLINA.—Puedo no tenerlo para herir vuestro infame corazon; pero sí lo tendré para traspasar el mio.

DERVAL.—(*sorprendido, despues de algunos instantes de silencio.*) Haya paz entre nosotros, Carolina. Tu heroica virtud me ha llenado de admiracion, i quiero darle un premio que tanto ha merecido.—Arroja léjos de tu seno hermoso ese puñal amenazador: ya no tienes por qué temerme. Te pido mil perdones de mi estravío, i ya solo pretendo hacerte mi esposa.

CAROLINA.—Su esposa! (*asombrada.*)

DERVAL.—No te asustes: no es un monstruo, como talvez te lo imajinas, el que está delante de tí.—Escucha i me compadecerás.—Yo hubiera sido virtuoso, a no haber nacido por mi desgracia en la corte. Dotado de un corazon sensible, desde los primeros años de mi inesperta juventud, amé a una jóven cuya estraordinaria hermosura solo era comparable con su ingratitud. Ella me hizo creer por largo tiempo que me correspondia, i yo no ansiaba otra cosa que ver llegar el dia en que pudiese proponerla un enlace en el cual cifraba toda mi felicidad. Ai de mí! Tan léjos estaba de sospechar siquiera el golpe que me preparaba!..... Pero yo la ví, yo la ví una noche, en medio de una fiesta, dar su mano a otro amante a quien la fortuna habia concedido por aquel tiempo sus favores mas pródiga que a mí.....Desde aquella noche....ah, pérfida Adelaida! tú has vivido contenta en los brazos de tu cómplice, sin dar un suspiro, un solo recuerdo al desventurado a quien burlaste tan cruelmente, miéntras él, entregado sin freno a la disolucion, hacía vanos esfuerzos para olvidarte....

CAROLINA.—¡Desdichado!

DERVAL.—Por desgracia, Carolina, la esperiencia que adquirí en medio del torrente de la corrupcion a que por algun tiempo me abandoné, me confirmó en la desfavorable opinion que la perfidia de Adelaida me habia hecho formar de vuetro sexo, i nunca esperé encontrar en una mujer la virtud que hoi he visto en tí. Habia resuelto por lo mismo no doblegar mi cuello nunca bajo una coyunda que me horrorizaba. Pero el cielo, compadecido sin duda de mi triste soledad, me ha hecho encontrar un corazon sublime que prefiere la muerte a la pérdida de su virtud, i tal cual yo no creia que existiese sobre la tierra. Tú eres la esposa que está destinada a labrar mi felicidad, i a dirijir mis pasos por un sendero que la desesperacion me habia hecho abandonar.

CAROLINA.—Perdonadme, señor, si rehuso el honor que me proponeis. Yo no aspiro a abandonar mi esfera para subir a un rango en que sería quizá ménos inocente. Si he podido inspiraros opiniones ménos desventajosas de mi sexo, esto mismo, señor, os prueba que no faltan otras mujeres sobre las cuales pueda recaer con acierto vuestra eleccion.

DERVAL.—Esa eleccion, Carolina, ya recayó sobre tí. Pero no quiero violentarte. Reflexiona despacio sobre el partido que te propongo, i los peligros a que puede esponerte tu desamparo.—De tu buen juicio espero que no resistirás largo tiempo a mis proposiciones.

(abre la puerta que ántes cerró i sale Carolina.)

ESCENA CUARTA.

DERVAL *(solo.)*

¡Qué sensaciones tan inesperadas acaba de esperimentar mi corazon! ¡Cuánto admiro, cuánto idolatro tan estraordinaria virtud!—La pasion que sus gracias me habian inspirado, se ha hecho invenci-

ble con el conocimiento de su alma anjelical.—Por fortuna su indiferencia para conmigo no puede provenir de una prevencion en favor de otro.... Si yo llegase a descubrir lo contrario..... Pero nó, léjos de mí tan doloroso pensamiento.—Confiemos en que si no consigo inspirarla desde luego amor, el tiempo, las caricias, un continuo desvelo por complacerla....

ESCENA QUINTA.

DERVAL, ROBERTO.

ROBERTO.—(*a la puerta*) Señor, ¿me es lícito entrar?

DERVAL.—¿Eres tú Roberto? ¿Qué se te ofrecia?

ROBERTO.—Avisaros que he cumplido vuestro encargo, entregando en mano propia la carta.

DERVAL.—Está bien. Puedes retirarte.

ROBERTO.—No tan pronto si me permitís.... Tengo algunas cosas importantes que revelaros.

DERVAL.—¿Cosas importantes que revelarme? ¿I cuáles pueden ser?

ROBERTO.—Si quereis oirme a solas por algunos momentos.....

DERVAL.—Entra, pues, i cierra tras de tí la puerta.

ROBERTO.—Si lo haré, porque nunca faltan curiosos que nos acechen—(*entra i cierra.*) Creo, señor, que no necesito recordaros el celo con que siempre os he servido.

DERVAL.—Bien, bien; pero dejémonos de preámbulos i vamos al asunto.

ROBERTO.—Como soi vuestro mayordomo, i debo procurar que todo ande en órden en vuestra casa, habiendo notado que esta Carolina.....

DERVAL.—(*aparte.*) Carolina! O cielos! ¿Qué irá a decirme de ella?

ROBERTO.—Os inmutais al oír su nombre!...Pues qué! ¿Sabriais algo?

DERVAL.—Nó, nada se.—Continúa.

ROBERTO.—Hacía tiempo que yo notaba que luego que vos saliais, el señorito Enrique dejaba el escritorio, i venía a conversar con ella.

DERVAL.—Enrique!

ROBERTO.—El mismo.

DERVAL.—Ah!.... ¿I cómo no me habiais avisado nada?

ROBERTO Hice ojo gordo al principio, porque me figuré que todo ello no fuese nada.—Antojos! dije para mí, deseos de distraerse un rato de sus ocupaciones..... Pero observé que las visitas se repetian, i ya fuí entrando en recelo.

DERVAL.—¡Infames! (*aparte.*)

ROBERTO.—Resolví espiarlos mas de cerca, para evitar cualquier escándalo.

DERVAL.—Oh!

ROBERTO.—Pero aun no me determinaba a daros parte de ello, por no perjudicar al señorito Dernicour.—Ya se ve, es tan bueno, tan amable i jeneroso....

DERVAL.—Indigno! (*aparte.*)

ROBERTO.—Ademas, yo le echaba toda la culpa a la otra, i aun me proponia amenazarla....

(*Derval se deja caer sobre un asiento.*)

Pero, señor, ¿qué teneis?..... Os habeis puesto pálido como la muerte; i yo nunca pensé que os hiciese tanta impresion.....

DERVAL.—No es nada, Roberto:—una lijera indisposicion que siento desde esta mañana; pero luego pasará.—Prosigue.

ROBERTO.—(*aparte.*) Mucho me temo haberla embarrado, i casi me pesa ya .... pero está dado el primer paso, i es preciso continuar.—Me proponia, como os iba diciendo, amenazarla, para que no siguiese inquietándole.—Pero hoi, así que vos salisteis, vi que entraba a buscarla el señorito Enrique.

DERVAL.—¡Qué voi a oír!

ROBERTO.—Estuvieron algun tiempo solos en este mismo aposento, i como su entrevista se prolongase, vine en puntillas a acecharlos.

DERVAL.—¿I qué viste?

ROBERTO.—Estaban en una conversacion mui animada cuando llegué a esa puerta, i oí, ¡ah señor! ¡quién lo hubiera creído! Malvada! Seducir hasta ese estremo a un jóven tan apreciable!

DERVAL.—¿I qué fué lo que oiste?

ROBERTO.—Carolina le decia que ella no podia permanecer mas tiempo en esta casa. Pero ántes quién sabe qué mentiras le habria contado, pues él le contestó que supuesto que la amaba no sé qué persona, (no entendí bien su nombre) la cual, a pesar de su odio finjido hácia las mujeres, habia hecho una escepcion con sus gracias, i supuesto que peligraba su inocencia, no dudaba un momento en resolverse; que esta noche misma la sacaria de aquí, i la llevaria fuera de París, adonde pudiese estar segura hasta que llegase el momento de casarse él con ella, Dios mio!

DERVAL (*levantándose.*)—Ah!

ROBERTO.—Sí, señor, de casarse él con ella.—¿Habrá locura?

DERVAL (*aparte.*)—Hé aquí descubierta la verdadera causa de lo que yo atribuia a virtud!

ROBERTO.—Os veo tan inmutado, que me haceis estremecer.

DERVAL (*ajitado.*)—Continúa!

ROBERTO.—No me atrevo, señor.—Temo que penseis castigar al pobre Enrique Dernicour, i como estoi persuadido de que él no tiene culpa alguna, de que le han engañado....

DERVAL (*impaciente.*)—Acaba! ¿Qué mas se dijeron?

ROBERTO.—Quedaron en que esta noche, así que vos salieseis, como lo teneis de costumbre, él ven-

dria a buscarla, i partirian juntos en un carruaje que estaria esperándolos en la calle vecina. A esta promesa la seductora se deshizo en agradecimientos. "Solo tiemblo, le decia, por el mal que Derval "pudiera haceros".—En esto advertí que iban a separarse, i dejé mi puesto a toda prisa, para que no sospechasen, viéndome, que habia escuchado su conversacion.

DERVAL.—Está bien, Roberto. Aprecio tu fidelidad. Puedes dejarme; pero no te alejes mucho.—Talvez dentro de pocos instantes te volveré a llamar.

(*Vase Roberto.*)

ESCENA SESTA.

DERVAL.

No sé lo que pasa por mí. He quedado confundido i aterrado como por un golpe de muerte, i el furor ha entorpecido todas mis facultades. ¿Con qué Carolina, aquella Carolina que aparecia a mis ojos tan virtuosa, solo resistia a mis alhagos, por guardar todos sus favores para un odioso rival? Cuando yo creia ver en ella un ánjel descendido a la tierra para ser mi consolador, la pérfida se disponia a arrojarse en los brazos de su querido, por huir de mí, que soi el objeto de su aborrecimiento! Oh! Yo no veo mas que monstruos a mi rededor. Jenerosidad, agradecimienio, virtud, todo es mentira! Todos los hombres son malvados, todos traidores, i todos se han conjurado siempre para hacerme desdichado. Cuantas veces he querido abrir mi pecho a la ternura, otras tantas aquellos mismos a quienes he colmado de beneficios, se han armado del puñal de la ingratitud para destrozarme .... Pues bien, es preciso corresponderles en la misma moneda: oponer el crímen al crímen, la crueldad a

la crueldad, hacer a los hombres todo el mal que se pueda en esta reyerta infernal, i alejar del pecho hasta el mas leve sentimiento de compasion.—Venganza! dulce venganza! tú eres ahora la única deidad en quien busca refujio mi desesperacion. Alzate de tus negras guaridas, i ven armada de todas tus furias a inspirarme los mas horrendos arbitrios de que sueles valerte....¿Clavaré un acero mortal en sus entrañas? ¿Inmolaré sobre ella a su amante? ¿Me gozaré viéndolos revolcarse en su sangre derramada por mi mano?....Nó, este sería un castigo demasiado lijero: la muerte pondria pronto término a sus dolores, i mi rabia necesita mas. Necesita que ellos sufran ántes de morir angustias prolongadas, semejantes a las que me hacen padecer a mí!.... Imajinemos....Ah! ¡Qué proyecto me ocurre!... Carolina va a marcharse.... Es natural que lleve consigo el cofrecillo que trajo cuando entró en mi casa, i donde guarda las pocas prendas que posee. Veré cómo esconder en él algunas ricas alhajas mias, sin que ella lo sospeche: huirá con ellas, me quejaré a la policía de haber sido robado, i los haré perseguir i arrestar.—Halladas en su poder mis prendas, Carolina aparecerá culpable de un delito que en Francia se castiga con el último suplicio. Su amante será creído cómplice, i ella misma le envolverá en su perdicion..... El la creerá culpable i traidora.... Espirarán ambos por el brazo de la justicia en medio de la infamia i la excecracion.... El mismo infierno no podia haberme sujerido una trama que llenase mas completamente mi venganza.—Pero el tiempo es precioso, i es necesario empezar a obrar.—Ola! Roberto! Roberto!

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA NACIONAL
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

ESCENA SÉPTIMA.

DERVAL, ROBERTO.

DERVAL.—¿Ha vuelto Enrique Dernicour?

ROBERTO.—No le he visto entrar, señor. Creo que aun anda fuera.

DERVAL.—I Carolina ¿dónde está?

ROBERTO.—En su aposento. Acabo de pasar por delante de su puerta, i la he visto guardando sus efectos.—Luego que me vió, finjió ocuparse en otra cosa.

DERVAL.—Con qué empeño lo ha tomado!—Roberto, voi a indicarte algunas ocupaciones que has de darle para hoi.—Pero ántes óyeme, i graba bien en tu memoria cuanto voi a prevenirte.

ROBERTO.—Ya os escucho.

DERVAL.—A ninguno de la casa revelarás que sabes el proyecto de Carolina.

ROBERTO.—Está bien.

DERVAL.—Con ella te portarás como siempre. Lo mismo con Enrique, si por ventura te vieres con él durante el dia. Que ni por tus palabras, ni por tus acciones, ni por el mas leve de tus jestos, lleguen a tener el menor indicio de que conocemos su designio!

ROBERTO.—Ya entiendo.

DERVAL.—Si no cumplieses exactamente este encargo, si cometieses la mas lijera indiscrecion....

ROBERTO.—Pobre de mí!

DERVAL.—Eras perdido!

ROBERTO.—Fiad en mí, señor. Nunca es necesario prevenirme una cosa dos veces.

DERVAL.—Cuidado, pues! Ahora sígueme.

(*vanse.*)

ACTO SEGUNDO.

PRIMERA PARTE.

(El teatro representa el huerto i jardin de la casa de Derval. —Es ya de noche.)

ESCENA PRIMERA.

DERVAL.

Todo está preparado. Mis alhajas se encuentran ya entre los efectos de Carolina, i ella ni sospechará siquiera que va a llevarse la perdicion en su cofrecillo. ¡Con qué impaciencia estarán esperando los dos amantes mi salida para verificar su fuga!.... Miserables! Antes que llegue el dia de mañana les pesará de haberla emprendido!—Bien ha ejecutado Roberto mis órdenes! Nadie se mueve: todo está en silencio. Pero ¿por qué se redoblan con tanta violencia los latidos de mi corazon? ¿Por qué me estremezco involuntariamente? ¿No es demasiado justa mi venganza? Ola, Roberto, Roberto!

ESCENA SEGUNDA.

DERVAL, ROBERTO.

ROBERTO.—Señor! ¿Qué me quereis?

DERVAL.—¿Has visto si está ya en la calle la silla de posta que debia traer Dernicour?

ROBERTO.—Hace un cuarto de hora que he visto un coche esperando a alguna distancia de aquí, i presumo que sea el prometido a Carolina.

DERVAL.—¿I Enrique ha llegado?

ROBERTO.—Poco ménos hará que se encuentra en su aposento.

DERVAL.—Pues ya es tiempo de marcharse.—Corre a traerme la capa i el sombrero.

ROBERTO.— Voi, señor. (*aparte, al irse*) Dios mio! ¿qué será lo que intenta hacer este hombre? (*vase*).

DERVAL.—¡Qué tenebrosa está la noche! Parece que ella quisiera ayudar a mi venganza.—"Solo tiemblo, decia la pérfida a su amante, por el mal que Derval pudiera haceros".—Ah! sí, razon tenias para temblar!....Tu corazon te hacía adivinar el hombre a quien ofendias!—Pero Roberto! Qué dilatarse! Me desespera su maldita calma.

ROBERTO.—(*entrando con la capa i sombrero*) Válgame Dios! Qué precision! Por mas que uno vuele, siempre parece demasiado tarde. Tomad, señor.

DERVAL.—Bien. Dentro de pocos momentos me tendrás de vuelta por ese postigo escusado que da al pasadizo. Ve a esconderte entre los árboles que están cerca de aquel sitio, para que me avises si por acaso fuese yo a abrir a tiempo que pudiesen sentirme.—Precaucion! i que no te vean; hasta luego. (*Vase.*)

ESCENA TERCERA.

ROBERTO.

Ea, muchachos! Llegó la hora de dar en la trampa. ¡Pobre señorito Enrique! solo por él lo siento: ¡qué venga a perderse por esa buena maula!—I yo habré tenido toda la culpa! Yo seré el autor de la ruina del jóven Enrique, a quien tantos favores debo! Maldita lengua! Quisiera arrancarte de la rabia que tengo contra tí. ¡Cuánto mejor habria sido dejar que ellos se hubieran ido con Dios sin darse por entendido de nada!—Pero vamos, no sea

que el amo llegue, i no hallándome donde me ordenó, me eche una de aquellas terribles pelucas que acostumbra. (*Vase.*)

ESCENA CUARTA.

ENRIQUE.

El ha salido, e irá bien léjos de presumir el golpe que le aguarda.—Mi conducta para con él pudiera parecer culpable si no la hiciera necesaria un fin tan puro. Pero cuando voi a salvar de sus infames persecuciones a una jóven inocente i desamparada, a una prenda que me pertenece, i que él intenta arrebatarme, ¿de qué puede acusarme mi conciencia?—Volemos a ver si está ya dispuesta Carolina. (*Vase.*)

ESCENA QUINTA.

DERVAL, ROBERTO.

DERVAL.—¿No es Enrique el que acaba de alejarse?

ROBERTO.—El mismo, señor, si no me han engañado mis ojos.

DERVAL.—Ya irá en busca de Carolina.—Volvamos a escondernos. Todavía no puedo creer que él quiera hacerse cómplice del delito que comete esa perversa. Ah! ¿Sabes, Roberto?....Pero ven, ven conmigo ántes que ellos se presenten. Luego te revelaré la maldad de entrambos. (*Se esconde entre los árboles.*)

ROBERTO.—(*siguiéndole.*) Demonios! ¿Cuándo se aclararán a mis ojos estos misterios?

ESCENA SESTA.

CAROLINA, ENRIQUE.

ENRIQUE.—Marchemos pronto, Carolina: todo está ya preparado. Mi amiga, prevenida por mí, os

aguarda: el coche que debe conducirnos a su morada, se halla hace rato cerca de aquí.....Pero os deteneis! ¿Qué mirais?

CAROLINA.—No puedo separarme de estos sitios, sin recorrerlos todos con mi vista por la última vez para darles mi despedida.

ENRIQUE.—Ah! Sí, razon teneis para quererlos. Este jardin ha sido cuidado por vuestras manos, i sus flores van a secarse con el sentimiento de vuestra ausencia.

CAROLINA.—No solo es por eso, Enrique mio. Este huerto está lleno para mí de tristes i de venturosos recuerdos. Bajo de estos árboles venía yo a llorar mi desventura en los primeros dias de mi entrada en esta casa, cuando aun no podia conformarme con la idea de verme esclavizada, huérfana i sin amparo. Bajo de ellos mismos fué donde os oí pronunciar por la primera vez aquellas dulces palabras que derramaron un bálsamo tan delicioso sobre las amarguras de mi corazon, i convirtieron en felicidad todas sus penas.....

ENRIQUE.—O dueño mio!

CAROLINA.—Sí, sí, allí me dijisteis por la primera vez que me amabais.—¿Os acordais? En aquel asiento de césped, aquella mañana tan bella en que los aromas de la primavera embalsamaban el aire, i lo llenaban las aves con su dulce melodía, en que yo bendije mil veces en mi interior la suerte adversa que me habia conducido a estos lugares....

ENRIQUE.—Oh, sí! Yo lo tengo bien presente en mi memoria.—Pero es preciso abandonar cuanto ántes esta mansion, donde ha peligrado vuestra inocencia. Volemos a otros sitios donde nuestro amor pueda espresar sus tiernos sentimientos con mas tranquilidad.

CAROLINA.—Casi no puedo resolverme, Enrique.

Me parece que separándome de este huerto, va a acabarse mi ventura. No sé qué presentimiento fatal se ha apoderado de mi corazon: las fuerzas me faltan.

ENRIQUE.—Carolina, vos me ofendeis!—¿No os acompaña vuestro amante? ¿I debeis temer algun peligro cuando me veis a vuestro lado?

CAROLINA.—Teneis razon, Enrique mio. Vuestras palabras me han restituido todo mi valor.—Perdonadme este terror involuntario, a que no me fué dado sobreponerme.—Estoi pronta a seguiros.

ENRIQUE.—Vais cargada.—Dadme ese bulto que llevais debajo del brazo.

CAROLINA.—Es un cofrecillo que contiene algunos de mis vestidos.

ENRIQUE.—Dádmelo; yo os lo llevaré. *(Vanse.)*

ESCENA SÉPTIMA.

DERVAL, ROBERTO.

DERVAL.—Se han ido, Roberto, i han completado el crímen.—Me han robado varias alhajas de valor que solo he echado de ménos esta noche.

ROBERTO.—¿Os han robado, señor? ¡Qué infamia! Pero Enrique no debe tener parte en ello, ni aun sospechará nada.

DERVAL.—¡Cómo!

ROBERTO.—Carolina sola, Carolina..... malvada! Vuelo a detenerla, ántes que suban al coche.

DERVAL.—Nó: déjalos ponerse en marcha.—Acudamos a la policía, i hagamos que ella los persiga.

ROBERTO.—Pero, señor, el pobre Enrique....

DERVAL.—Enrique! *(con furor.)*

ROBERTO.—Estoi seguro de su inocencia.

DERVAL.—Calla. El es un malvado. Ven conmigo i no perdamos tiempo. *(Vanse.)*

PARTE SEGUNDA.

(El teatro representa una antesala del juzgado, en el palacio de justicia. Es ya de dia.)

ESCENA PRIMERA.

UN COMISARIO I MINISTROS DE POLICÍA, *trayendo presos a* CAROLINA, ENRIQUE.

ENRIQUE.—(*aparte*) Todavía no puedo recobrarme del estupor que se ha apoderado de mis sentidos. Todo cuanto me pasa se me figura un sueño espantoso. Perseguido, detenido como un culpable, i culpable de un delito tan vergonzoso! Soi el hombre mas desdichado, i todo por causa de la que tanto amé! Carolina! Carolina! ¡Ai! ¡Quién hubiera podido imajinarlo!

CAROLINA.—(*mirando a Enrique.*) El me vuelve el rostro.—Enrique me cree criminal. ¡O Dios mio! ¿Cómo no muero de dolor? (*Esconde el rostro entre sus manos i solloza.*)

ENRIQUE.—Ella solloza tristemente, i su llanto resuena en lo mas hondo de mi corazon. Ah! Yo la amo siempre; ¿i ella podrá ser criminal?

CAROLINA.—Soi inocente, Enrique.....Al cielo pongo por testigo de mi inocencia.

ENRIQUE.—(*acercándose i tomando sus manos*) Sí, Carolina, yo te creo.—Aunque las apariencias te condenen, yo siempre estoi persuadido de que no eres criminal. ¿Qué motivos pudieran haberte inducido a un crimen tan aborrecible? Qué! Cuando yo me proponia consagrar toda mi existencia al cuidado de hacerte feliz, irias tú por un interes tan despreciable....Oh! Es una calumnia que te levantan. En tu semblante estoi leyendo tu alma, i tu inocencia es tan pura como la de los ánjeles.

CAROLINA.—¡Cuánto me consuelan esas dulces palabras! Sí, Enrique mio. Alguno ha querido perderme.

ENRIQUE.—Talvez Derval....¿Pero cómo suponer que haya querido tomar una venganza tan atroz? Ademas él ignoraba que yo iba a sacarte de su casa.

CAROLINA.—No lo sé.

ENRIQUE.—¿Acaso vos lo revelasteis a alguno?

CAROLINA.—A nadie, a nadie: solo vos lo sabiais.... Pero repito que soi inocente! Yo no guardé en mi cofre sino algunos efectos mios. Juzgad cuál habrá sido mi sorpresa, cuando al rejistrarlo los ministros de policía, he visto aparecer en él las alhajas de Derval!....O Dios mio! Ya que quereis perderme, ¿por qué no habeis decretado que yo sola sufra?—Enrique, yo he sido causa de vuestra desgracia, i esta idea me destroza.

ENRIQUE.—No os abandoneis a la desesperacion, Carolina mia.—El cielo no permitirá que padezca largo tiempo la inocencia.

CAROLINA.—Pero si todo se reuniese en nuestro daño.....

ENRIQUE.—Entónces, no me arrepiento de lo que he hecho por tí, i será un consuelo para mi corazon el acompañarte en tu desgracia.

ESCENA SEGUNDA.

LOS MISMOS, UN MINISTRO DEL JUZGADO.

MINISTRO.—El Tribunal manda que la acusada pase a prestar su confesion.—Yo vengo a conducirla.

CAROLINA.—Enrique, Enrique! Llegó el momento que me amedrentaba;—yo desfallezco; no me abandoneis.

MINISTRO.—Daos prisa, que el Tribunal espera.

CAROLINA.—¿Con qué es preciso, o Dios mio? ¿I cómo les haré ver que yo no soi culpable?

ENRIQUE.—Yo te acompaño, Carolina.

MINISTRO.—Nó, señor: ella debe ir sola.—A vos os llegará despues vuestro turno.

ENRIQUE.—Ve, amada mia.—El Dios de la justicia dará fuerzas a tu corazon, i alumbrará a los jueces.

(*Va a salir Carolina: en este momento ve a Derval que aparece por la puerta del foro, i retrocede llena de horror.*)

CAROLINA.—O cielos!.... Derval!

MINISTRO.—Vamos presto! (*a los soldados.*) Ayudadme vosotros a conducirla.

ESCENA TERCERA.

ENRIQUE, DERVAL.

(La puerta del foro se ve custodiada por un soldado que se pasea por delante de ella. Derval avanza i se pára delante de Enrique mirándole fieramente.)

ENRIQUE.—Señor Derval, ¿venís a regocijaros con la contemplacion de vuestras obras?

DERVAL.—A complacerme con el triunfo de la justicia i a aniquilarte con mi presencia. ¿Te atreves a mirarme?

ENRIQUE.—Cuando la conciencia está tranquila, los ojos del hombre jamas se clavan en la tierra. Temblad vos solamente por la calumnia que habeis levantado a la inocencia.

DERVAL.—A la inocencia! ¿I será inocente el que abusó de mi confianza para seducir a una jóven de mi servicio; ponerse de acuerdo con ella para robarme, i encomendarse luego a la fuga con la criminal?

ENRIQUE.—Vos me acusais de seductor! vos de ladron!.....O infamia!—Vuestra sangre me responderá de esta afrenta, si no sois un cobarde. ¿Sabeis bien quién soi yo?

DERVAL.—Sí, sé bien quién eres; i sé tambien que el distinguido nacimiento de que te jactas, solo sirve para hacer mas resaltante a los ojos de todos tu villanía.

ENRIQUE.—O cielos!

DERVAL.—¿Mi sangre te responderá de la afrenta que te infiero?.....Eh! Esa afrenta, tus acciones mismas te la han causado, i yo me deshonraria combatiendo con un infame.

ENRIQUE.—Dios mio!

DERVAL.—Tus descargos no debes darlos en el campo del honor, sino ante la justicia, que te amenaza con el golpe que mereces.

ENRIQUE.—Vos abusais de mi situacion, i me haceis conocer ahora todo el horror de vuestra barbarie. Sí, quien ha recibido hasta aquí tantas pruebas de mi probidad, i se atreve a venir a insultarme tan villanamente, no puede ménos de ser un monstruo.....Bastante tiempo ha estado a mi discrecion vuestra fortuna. Atreveos a decir que alguna vez habeis advertido mal manejo en ella!

DERVAL.—No es eso lo que te imputo.

ENRIQUE.—¿I creeis que habia yo de hacerme cómplice en el robo miserable de algunas de vuestras alhajas? Ah! Vos mismo conoceis mejor que nadie mi inculpabilidad, i solo la rabia que os incita contra mí, os hace atormentarme de este modo.

DERVAL.—Tú sedujiste en mi casa a Carolina.

ENRIQUE.—La seduje! yo, yo que la he amado con una pasion tan llena de pureza i de sinceridad... Entrad con la mente en las negras guaridas de vuestro corazon, i que él os responda quién de los dos merece mas ese cargo.

DERVAL.—Qué! Te atreverias a decir....

ENRIQUE.—Sí, sí, que sois vos el que intentó seducirla; que solo esto fué lo que me impidió comunicaros mis puras intenciones, i me hizo resolverme a sacarla ocultamente de vuestra morada.—Vos intentasteis arrebatar su inocencia a una tierna jóven, vos por vengaros de su resistencia, i del amor que ella me tiene, habeis escondido esas alhajas en su cofre, para perderla de un modo tan horroroso, i envolverme a mí en su ruina.—Pero temblad! Hai un Dios, protector de la virtud calumniada, que nunca deja sin castigo el crímen —El hará que caiga sobre vos mismo la tempestad que habeis conjurado sobre nuestras cabezas.—El dejará talvez que mi propio brazo, a falta del de la justicia, lave algun dia con vuestra sangre la abominable afrenta que nos habeis inferido.

DERVAL.—Yo deprecio tu osadía i esas falsas imputaciones, dictadas solo por la desesperada situacion en que te ves. La lei tiene suspensa su espada vengadora sobre tu cuello culpable.—Todas las pruebas hablan en contra tuya i de tu cómplice. Bien pronto vuestro castigo vendrá a servir de ejemplar escarmiento para lo sucesivo a todos los servidores infieles. (*vase.*)

ESCENA CUARTA.

ENRIQUE.

¡Infame! ¡Cómo se goza en el triunfo que su crímen le ha proporcionado! ¡Quién podria imajinarse tan horrible perversidad! I sin embargo, talvez los jueces le darán crédito! El es poderoso i considerado: nosotros pobres i desvalidos...O Carolina! ¡Quién sabe si hoi irémos a ser condenados a una muerte ignominiosa, i el nombre de

Dernicour, que heredé sin mancha de mis padres, será tildado en adelante con una eterna afrenta!....Ya vuelve la infeliz. ¡Cuán triste, o Dios mio! ¡Cuán turbada i confundida la veo!

ESCENA QUINTA.

ENRIQUE, CAROLINA, (*a quien vienen sosteniendo dos ministros del juzgado.*)

CAROLINA.—Yo estoi inocente! ¿Por qué me tratan con tanto rigor?....Enrique, Enrique mio!

ENRIQUE.—Carolina! ¿Por qué estás tan abatida?

CAROLINA.—¡Qué severidad la de esos hombres que me han interrogado! Ellos van a condenarme sin duda.

ENRIQUE.—A condenarte!

CAROLINA.—Yo les he llorado amargamente, asegurándoles que estábamos inocentes; pero no me han creído.

ENRIQUE.—Tus lágrimas los han encontrado insensibles!

CAROLINA.—Querian que yo les probase mi inocencia. ¿I qué prueba podia darles?

ENRIQUE.—Infeliz!

CAROLINA.—Me he arrojado a sus plantas, poniendo al cielo por testigo de que vos padeciais por mi sola causa; pero ellos han callado con rostro tan severo, que quizá ni aún en esto me han dado fe.

UN MINISTRO.—(*a Enrique*) Ahora, señor, os ha llegado vuestro turno. El tribunal manda que comparezcais a su presencia.

CAROLINA.—¿Tambien a vos?.....Oh Dios mio! tambien quieren condenaros!—Ya está visto que no les basta una víctima....Ah! yo no puedo sufrir tan horrorosa idea! (*cae en tierra*).

ENRIQUE.—(*acudiendo a sostenerla*) Carolina!

El ministro.—(*a Enrique*) Daos prisa, señor, que el Tribunal está esperando.

Enrique.—(*a los soldados*) Amigos, tened compasion de esta jóven desventurada. Socorredla durante mi ausencia, i yo os lo recompensaré.—Tranquilízate, Carolina; yo prometo que saldremos bien. —(*aparte.*) Sí, estoi resuelto. Si no consigo convencer a los jueces de nuestra inocencia, me acusaré a mí mismo para salvarla.

(*Sale acompañado de los que trajeron a Carolina*).

ESCENA SESTA.

CAROLINA, UN MINISTRO.

Carolina.—(*como volviendo en sí.*) ¡Qué estupor es este que se ha apoderado de mis sentidos!.... ¿En dónde estoi? ¿Qué se ha hecho Enrique?.... Él ha partido! Van tambien a juzgarle!....Oh Dios mio! Yo invoco tu justicia, invoco tu misericordia. —Ai! Sálvale, Señor, aunque yo tenga que sufrir mil muertes!

ESCENA SÉPTIMA.

DICHOS, DERVAL.

Derval. (*al ministro.*)—Retiraos.

(*Vase el ministro.*)

Carolina.—Qué veo!.... ¿Otra vez, Derval?.... Todo es perdido! Él es un nuncio de muerte!

Derval.—Puede ser, Carolina. Las ofensas que me has hecho debieran tornarme insensible al espectáculo de tu castigo.

Carolina.—¿I cuáles son esas ofensas? De ese delito que me habeis imputado, vos mismo mejor que nadie, sabeis que estoi inocente.

Derval.—Tú no me has amado.

CAROLINA.—Si no he podido hacerlo, si los votos mas sinceros de otro mortal cautivaron de antemano mi corazon, ¿tengo yo acaso la culpa?

DERVAL.—Tú te ausentabas con él de mi casa.

CAROLINA.—Por guardar pura a mi amante una fe que tanto habia merecido.

DERVAL.—Ah! Si pudieras tú comprender cuán cruelmente has desgarrado mi corazon....

CAROLINA.—Si soi, pues, culpable a vuestros ojos, caiga sobre mí sola vuestra venganza; pero ¿por qué haceis al fiel Enrique víctima tambien de vuestro rencor? Él no os ha ofendido.

DERVAL.—No me ha ofendido!

CAROLINA.—Todo cuanto ha hecho ha sido por efecto de mis instigaciones.

DERVAL.—Tanto peor para él. Tú habrás sido la causa de su pérdida irremediable.

CAROLINA.—Ah! libradle, señor. Yo me arrodillo ante las plantas de mi calumniador, e imploro su piedad, no por mí, pues me ofrezco en holocausto a su ira, sino por ese desgraciado que por condescender conmigo se espuso tan jenerosamente.

DERVAL.—¿En eso ha consistido su jenerosidad, eh? El infame Enrique va a morir.

CAROLINA.—Dios mio! ¿A morir?

DERVAL.—El delito que habeis cometido es castigado con pena de muerte por las leyes.

CAROLINA.—Pero moriré yo sola.... Contra él no hai cargos....

DERVAL.—¡No los hai!

CAROLINA.—Vuestras alhajas han sido halladas en mi cofre.

DERVAL.—Pero él aparece como tu cómplice.

CAROLINA.—¿I qué?

DERVAL.—Sufrirá tu propio suplicio.

CAROLINA.—¿Con qué él morirá tambien, i tú, fiera inhumana, tendrás valor para permitirlo?.... Pero

nó; no conseguirás ver realizado tu espantoso proyecto.... Ahora siento en mí todas las fuerzas que ántes me faltaban. Ya no me espanta el ceño de los jueces, ni el aspecto del suplicio.... Voi a salvarle. (*Avanza resuelta hácia la puerta que da al salon del tribunal.*)

DERVAL.—Carolina! Carolina! ¿Qué intentas hacer?

CAROLINA.—Acusarme a mí sola del delito que nos has imputado.

DERVAL.—Detente.

CAROLINA.—Ya no es posible.

DERVAL.—Óyeme un solo instante.

(*Carolina sin escucharle, i a pesar de la resistencia de los guardias, pasa el umbral, i se la oye gritar dentro de los bastidores:*)

CAROLINA.—Enrique está inocente.—Yo sola he cometido el crímen.

(*En este momento cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

(La prision de Carolina.)

Ella está sola, sentada en un banco, i llorando al comenzar la escena.)

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA.

¿Con qué no hai remedio? Dentro de pocos instantes habré cesado de existir.—I tan jóven! Empezando casi la primavera de mis dias, i cuando la vida se me presentaba bajo un aspecto tan halagüeño.... Oigo una campana....otra....A las once van a conducirme al suplicio, i solo media hora me resta de vida. La próxima noche ya mi cuerpo estará con-

fundido en la tumba con los de los malhechores!.... ¡Qué silencio tan horroroso!....Igual era, segun recuerdo, el que reinaba en la estancia de mi madre cuando la vi fallecer! Ella estaba pálida, desgreñada como yo, i temblaba todo su cuerpo, como ahora tiembla el mio!....Mas ai! yo no moriré como ella, rodeada de amigos que me compadezcan....sino en un patíbulo....Mañana ya estaré olvidada, o si álguien me recuerda, no será para honrar con una lágrima mi memoria, sino para cubrirla de oprobio i de excecracion....El mismo Enrique se avergonzará de haberse espuesto por una indigna, i procurará olvidarme en los brazos de una esposa mas afortunada....Oh Dios mio! Tú eres, pues, mi único refujio. Tú me darás el descanso en el cielo, i permitirás que al ménos encuentre en él a mis padres....

ESCENA SEGUNDA.

CAROLINA, DERVAL.

CAROLINA.—Abren la puerta de la prision....Si habrá llegado la hora terrible....Qué veo! Es Derval....

DERVAL.—Sí, Carolina, soi Derval, el hombre que mas aborreces sobre la tierra, i que miras con razon como el espíritu maligno que te persigue.—Sí, yo he sido el oríjen de que te veas en esta situacion, próxima a subir al cadalso!....¿Quieres que aun te diga mas i que te lo confiese por mis propios labios?....Yo soi quien escondió en tu cofre esas alhajas que he hecho aparecer como robadas por tí....

CAROLINA.—¿I os atreveis a confesarlo?....

DERVAL.—Soi con razon un monstruo horrible a tus ojos; pero si tú reflexionaras que todos estos crímenes, todos estos horrores los ha dictado únicamente la violencia desesperada del amor que te profeso....

de este amor que se miraba tan cruelmente ofendido....Ah! Tú misma, léjos de abrumarme con el peso de tu enojo, encontrarias quizá mi suerte mas digna de compasion que la tuya propia.

CAROLINA.—Hombre de horror!

DERVAL.—Yo no soi tan perverso, Carolina, creeme, como desdichado!.....Nadie me igualaria en virtud si tú me amaras; i si hubiera de ser preciso para obtenerlo, trocar mi actual destino por el tuyo; verme con una cadena al cuello en el banco de los criminales, esperando por momentos que viniesen a conducirme al suplicio, ¡con qué gusto compraria a este precio una sola mirada cariñosa de tus ojos!.... Mírame llorar, Carolina: estas son las primeras lágrimas que vierto por causa de una mujer. He sufrido por la ingratitud, por la perfidia de otras; pero la rabia i el despecho habian secado siempre mis ojos....Hoi ya no sé lo que siento en mí, me desconozco, todas las llamas del infierno hacen pasto de mi corazon, i el veneno mas activo no haria circular una lava mas ardiente por mis venas.—Ah! Permite que me arrodille ante tus plantas....Piedad, Carolina, piedad!....

CAROLINA.—¿Qué pretendeis de mí?

DERVAL.—Que me perdones, que no seas tan cruel conmigo....que me permitas salvarte....

CAROLINA.— Salvarme!

DERVAL.—Sí. ¿No reparas cuán hermosa es tu vida, que sientes tan poco el perderla? ¡Morir en la flor de la edad! Oh, es horrible! ¿I ese rostro tan bello, puro como el de los ánjeles, lleno de espresion celestial, i mas encantador aún con las sombras de la amargura, habrá de ser hollado tan pronto por la planta horrorosa de la muerte? Ese cuello esbelto i gracioso, albo como la inocencia, ha de ser apretado por el duro cordel que sufoca a los criminales! magullado i desgarrado tu fino cútis, que

a costa de mi sangre toda quisiera yo libertar de la mas lijera lesion!....Nó, no es posible: compadécete de mí: mi vida no va a ser sino un espantoso infierno, si tú pereces.

CAROLINA.—I bien! Si son ciertos vuestros remordimientos, i podeis todavía remediar los males que me habeis causado, ¿por qué no correis a hacerlo?

DERVAL.—Sí, sí, en el instante, Carolina. Solo espero una palabra de tus labios: pronúnciala, di que te resuelves a ser mia, i vuelo a libertarte.

CAROLINA.—Ser vuestra! Oh cielos!....

DERVAL.—¿Qué respondes?

CAROLINA.—I mi Enrique....Nó, jamás!

DERVAL.—¿Tu Enrique, has dicho?....Tu Enrique! ¡Siempre ese nombre aborrecido! I bien, tu Enrique será tambien víctima de mi furor!

CAROLINA.—Bárbaro! ¿Qué has hecho de él? Yo le he salvado acusándome a mí misma.

DERVAL.—Tal fué tu intencion.—Pero aunque tu sacrificio le ha libertado de los cargos que contra él habia por el robo, yo he sabido acumular sobre él nuevas acusaciones.

CAROLINA.—¿Entónces él está preso todavía?....

DERVAL.—Sí, sí, i no me faltarán arbitrios para hacerle detener en las cárceles, hasta que espire consumido en ellas.

CAROLINA.—Qué horror!

DERVAL.—Sola tú podrias salvarle de mi venganza, resolviéndote a ser mia. I ya ves que el único objeto que te propusiste al acusarte, no vas a conseguirlo con tu muerte.

CAROLINA.—Oh monstruo! ¿Cómo quieres que me determine a ser tuya, cuando en tí estoi viendo una alma tan abominable?.... Solo este último golpe faltaba que dieseis a mi corazon.... I en qué momentos! Cuando me era mas necesaria la tranquilidad para prepararme a comparecer ante el

Eterno!.... Jamas me uniré contigo! Te aborrezco mas que a la muerte. Vete, monstruo infernal, vete, i déjame morir en paz. (*Le empuja hácia la puerta.*)

DERVAL.—Tú has dictado tu sentencia. ¡Muerte i perdicion!

ESCENA TERCERA.

CAROLINA, (*cayendo de rodillas.*)

Oh Dios mio! Dios mio! Ya que permitís que sufra tanto la inocencia, dadme al ménos vuestra divina gracia para no morir desesperada.

ESCENA CUARTA.

CAROLINA, EL SACERDOTE DUPRÉ.

DUPRÉ.—¡Hé aquí que vuelvo a penetrar en la terrible morada, de donde se sale para una muerte infalible! ¡A cuántas víctimas he ayudado a pasar por este trance cruel! Hoi es una tierna jóven la que necesita mis ausilios.—Hija mia, se acerca ya el momento en que debeis separaros de esta vida de miserias para volar a la presencia del Altísimo. La justicia que os ha condenado en la tierra, no quiere que perdais al mismo tiempo la esperanza de vuestra eterna felicidad. Yo soi el humilde siervo del Supremo Juez, a quien se ha elejido para ayudaros en vuestros últimos momentos.

CAROLINA.—Oh padre mio!

DUPRÉ.—Sí, yo soi vuestro padre, vuestro amigo i consolador. Cualesquiera que hayan sido vuestras faltas, no las oculteis ante el Tribunal de la penitencia. El Dios que lee en el fondo de los corazones, es un padre bondadoso que nunca vuelve la espalda al alma contrita que le implora.

CAROLINA (*arrodillándose.*)—Ah! padre mio: vuestra voz me consuela. A no ser por vos, yo hubie-

ra descendido a la tumba en la mas espantosa desesperacion. El Señor os pague vuestra caridad con esta infeliz a quien todo el mundo aborrece, i que no oye siquiera para su alivio las palabras dulces de una madre. Oh madre mia!

DUPRÉ.—Hija, sentaos; estais mui débil. Es tan terrible dejar la vida, cuando apénas se están gozando sus primeros albores! Pero yo puedo atestiguaros que los mas felices son los que la abandonan al comenzarla.

CAROLINA.—Yo así lo creo, i ¡ojalá que hubiese muerto al punto mismo en que nací!

DUPRÉ.—Pareceis haber sido siempre mui desdichada.

CAROLINA.—En efecto.

DUPRÉ.—¿Viven vuestros padres?

CAROLINA.—Los perdí desde la infancia.

DUPRÉ.—Infeliz! ¿Con qué no habeis tenido ningun arrimo, ningun apoyo en vuestra horfandad?

CAROLINA.—Uno solo he tenido, padre mio.

DUPRÉ.—¿I quién era ese?

CAROLINA.—Un jóven, cuyo corazon era la misma virtud, la misma bondad.

DUPRÉ.—¿Él os amaba?

CAROLINA.—I aun llegó a proponerme su mano.

DUPRÉ.—¿Mas no llegasteis a enlazaros con él?

CAROLINA.—Un obstáculo se oponia a nuestra union. Era preciso abandonar la mansion de Derval, en donde vivíamos, él como dependiente, yo como criada.—Él se resolvió a todo por ser mio; i ya me conducia a la casa de campo de una antigua amiga de su familia, en cuyo seguro asilo debíamos enlazarnos con vínculos eternos.—Pero en el camino, ¡qué fatal sorpresa! nos detienen unos ministros de policía, rejistran nuestro pequeño equipaje, i encuentran en mi cofre, donde yo solo habia guardado mis vestidos, varias alhajas de Derval.

DUPRÉ.—¿Luego vos no habiais hecho el robo?

CAROLINA.—Yo, padre mio! Ah! Mi propio acusador conoce mejor que nadie mi inocencia.

DUPRÉ.—¿Él os ha calumniado?

CAROLINA.—Él mismo escondió sus ahlajas en mi cofre.

DUPRÉ.—¿I cómo lo sabeis?

CAROLINA.—Por su propia confesion, que acaba de hacerme en este sitio.

DUPRÉ.—¿I qué motivo ha tenido para tan inaudito rencor? ¿Le habiais ofendido?

CAROLINA.—Mi sola culpa ha consistido en no haber podido amarle.

DUPRÉ.—Cielos!

CAROLINA.—Mi resistencia a sus criminales designios irritó sus persecuciones.—Al fin conocedor de que yo iba a fugarme con Enrique Dernicour, resolvió tomar tan atroz venganza.

DUPRÉ.—¿I no habeis podido manifestar a los jueces vuestra inocencia?

CAROLINA.—No teníamos cómo desvanecer las pruebas que habia contra nosotros. Enrique iba a ser condenado conmigo como cómplice en mi supuesto delito: yo debia salvarle de un riesgo que corria por mi causa.—Me acusé, pues, a mí sola de un crímen que no habia cometido, i cuyo solo nombre me horroriza: por esta confesion voi a morir.

DUPRÉ.—Oh alma incomparable! Oh rasgo sublime de amor i jenerosidad!—¿I vos habreis de morir? ¿Un corazon como el vuestro no existirá sobre la tierra para servir de ejemplo i de admiracion a los hombres? Ah nó, no es posible. Yo volaré a la presencia de vuestros jueces para instruirles de vuestro jeneroso sacrificio.—Arrancaré la máscara al inhumano impostor que ha intentado per-

deros, i tendré la indecible gloria de ver triunfante a la inocencia!

CAROLINA.—Ah, nó, padre mio! Que no os engañe vuestro sensible corazon: no sereis creído, i dirán que todo es una impostura forjada por mí para salvarme del suplicio que merezco.

DUPRÉ.—Oh dolor! Es demasiado cierto!

CAROLINA.—Dejad seguir su curso al destino. A vos, como a mi confesor, yo debia haceros la revelacion sincera de la verdad; pero si de nuevo me llamaran ante los tribunales, me sostendria siempre en mi anterior declaracion, miéntras viera que Enrique corria algun peligro.

DUPRÉ.—Mas ir sin culpa a perecer sobre un patíbulo!

CAROLINA.—Esto será lo que el cielo tiene decretado sobre mí.—Otro infeliz es el que reclama al presente vuestra jenerosa caridad.—Derval me ha asegurado hace poco que ha hecho detener en las cárceles a Enrique por otros cargos que contra él ha acumulado.—Sed vos su salvaguardia, haced patente su inocencia.—Él es tan digno de ello! Vos no podreis ménos de quererle, cuando le conozcais.

DUPRÉ.—Yo cumpliré gustoso vuestros encargos hija mia.

CAROLINA.—I si conseguís salvarle, si llega el dia en que él, libre i satisfecho ya, nada tenga que temer, acordaos entónces de que sin duda él me cree culpable. Decidle entónces que Carolina era inocente, que Carolina no era indigna de su amor....

DUPRÉ.—¡Oh Dios mio!

CAROLINA.—Padre, conozco que ofendo al cielo, abrigando sentimientos tan mundanos en los momentos en que solo Dios i la inmortalidad debian absorver todo mi espíritu; pero estas son las últi-

mas ondulaciones de una llama moribunda.—Ya sabeis todas las culpas de que tengo que acusarme. Dadme, pues, vuestra absolucion, i que el cielo me perdone.

DUPRÉ.—¿Perdonais vos a vuestros enemigos?

CAROLINA.—De todo corazon.—Aun a aquellos que disipando la corta herencia que me habia dejado mi padre al partirse para América, me abandonaron en el mundo, i me espusieron sin ningun refujio a las persecuciones de Derval.

DUPRÉ.—¿Qué habeis dicho, hija mia? ¿Vuestro padre habia partido para América?

CAROLINA.—Sí: despues que falleció mi madre. Deseoso de adquirir una fortuna que pudiese sacarnos de la medianía en que vivíamos, se determinó a aceptar una proporcion ventajosa que se le ofrecia, i se separó de mí por algunos años. Triste de mí! Los cielos habian decretado que yo no volviese a verle mas!

DUPRÉ.—¿I no habeis tenido despues ningunas noticias suyas? (*va creciendo visiblemente su ajitacion.*)

CAROLINA.—Supe al cabo de algun tiempo que, volviéndose ya rico i feliz para Francia, habia perecido en un naufrajio.

DUPRÉ.—(*con la mayor ajitacion*) Decidme, decidme cuál ha sido el lugar de vuestro nacimiento.

CAROLINA.—Vernon en la Normandía.

DUPRÉ.—Acabad..... ¿Cuál es vuestro nombre?

CAROLINA.—Carolina Dupré.

DUPRÉ.—Hija mia! Hija de mi corazon!

(*echándole al cuello los brazos.*)

CAROLINA.—Señor, ¿qué es lo que haceis?

DUPRÉ.—Yo soi tu padre, sí, tu padre.—¿No me conoces? Abraza al autor de tus dias.

CAROLINA.—Justo cielo!

DUPRÉ.—Yo, que desesperado por la pérdida de tu madre, i anhelando adquirir una fortuna que pu-

diese abrirte el camino de la felicidad, me ausenté para América. I cuando colmados ya mis deseos, me volvia rico i contento para Francia, a recobrar el único tesoro que yo apreciaba sobre la tierra, sufrí un naufrajio de que solo por un favor manifiesto de la Divina Providencia conseguí salvarme.

CAROLINA.—Gracias al cielo!....¿I luego fuisteis a mi patria en busca mia?

DUPRÉ.—I no encontré en ella quien me diese otras noticias de tí, sino la de que aquellos a quienes yo te habia confiado, te habian traído para Paris.

CAROLINA.—Me buscasteis en vano!

DUPRÉ.—No dejé punto que no recorrí. Pero en todas partes no hallé mas que un desierto. I creyéndote ya perdida para siempre, busqué un consuelo en los brazos de la relijion.

CAROLINA.—O padre mio!

DUPRÉ.—¡I cuando vuelvo a hallarte es en esta horrible situacion, próxima a marchar para el cadalso! ¡Apénas encontrada, despues de haberte buscado tanto i llorádote por tantos años, habré de perderte en el instante mismo en que te recobro! Cuando el cielo, apiadado sin duda de mis sufrimientos, parecia querer que tu desesperado padre pudiese siquiera finalizar sus últimos dias en tus brazos! Oh nó! esto no puede ser: esto no será jamas.... Voi al momento....

CAROLINA.—¿A dónde?

DUPRÉ.—A arrojarme a los piés del rei. A pedirle tu vida.

(Se oyen sonar las once.)

CAROLINA.—Ya no es tiempo. Está sonando la hora en que debo marchar para el suplicio. ¿No oís?

DUPRÉ.—Oh horror! Esta lúgubre campana....

CAROLINA.—Es la que me llama a la muerte. ¿No

percibís ese rumor que ya comienza a sentirse hácia fuera?

(Se oye rumor de jente i algunos gritos i risotadas: redoble de tambores.)

DUPRÉ.—Rien! Rien, ai! malvados! Rien de mi desesperacion!.. Pero esto es imposible! ¡Cómo han de arrebatarte a mis caricias en este instante!..... Volemos, hija mia, volemos a los piés del rei.

CAROLINA.—¿Olvidais que yo no puedo salir de aquí si no para el suplicio?

DUPRÉ.—Ah, no pronuncies esa palabra.... Hasta luego, hija mia.

CAROLINA.—Oh! padre, no me abandoneis en estos últimos instantes. ¿Qué no lo veis? Ya abren la puerta de la prision: ya vienen a conducirme.

DUPRÉ.—Infames! Jamás lo lograrán.

ESCENA QUINTA.

DICHOS.—*Entran los* MINISTROS *de la justicia i soldados. Mas atras el* VERDUGO.

PRIMER MINISTRO—Ya es la hora.

DUPRÉ—La hora! ¿Qué decís? Nó, señor. Esta jóven es inocente, i no debe perecer.

MINISTRO.—No debe perecer!

DUPRÉ.—Nó, señor. Vuestros jueces se han engañado: han condenado a la misma virtud, i ya lo veis, sería espantoso matar a una inocente. La tierra toda se conmoveria, i los cielos lloverian fuego sobre esta ciudad, si ese atentado llegase a consumarse.

MINISTRO.—Es orijinal vuestra pretension. No fué ciertamente para este fin para lo que se os condujo a estos lugares.

DUPRÉ.—Sí, sí, el cielo me trajo para que salvase a la inocencia!

MINISTRO.—Ea, decid! ¿Habeis concluido ya?

DUPRÉ.—¿Qué quereis significar con eso?

MINISTRO.—Toma! ¿No me entendeis? Habeis venido a preparar esa jóven para pasar a la eternidad. Os pregunto si ya habeis desempeñado vuestro ministerio.

DUPRÉ.—Nó, nó! Todavía nó.

MINISTRO.—Sin embargo, la hora ha sonado, i no es posible demorarse mas. Dadle, en fin, vuestra última bendicion, padre.

DUPRÉ.—Mi última bendicion! Malvados! La maldicion del cielo será la que imploraré sobre vosotros!

MINISTRO.—Vamos: este bendito padre parece haber perdido el juicio.

DUPRÉ.—Oh nó, señor! os equivocais. Pero esta jóven está inocente, i os repito que ella no puede morir, sin que ántes yo me arroje a los piés del rei.

MINISTRO.—¡Del rei!

DUPRÉ.—Sí: estoi seguro de que obtendré su perdon.

MINISTRO.—Marchad, pues, desde aquí hasta Versalles en donde el rei i la corte se hallan en grandes fiestas, i si volveis ántes que esta jóven haya llegado a la plaza de Greva, entónces....

DUPRÉ.—Oh! Con que ya se me cierra aun esta última esperanza! Iré a ver a los jueces.

MINISTRO.—Los jueces no tienen poder sino para condenar...

DUPRÉ.—Oh gran Dios!..Pero esta jóven, señor, es inocente, a nadie ha ofendido. Mirad su semblante: ved sus facciones puras i anjelicales. ¿Creeis que una alma impura i criminal se oculte bajo ese rostro? Los jueces han estado ciegos: a no ser así, no la habrian condenado. El rei no la ha visto, por eso no le ha enviado su perdon. Un breve término, señor, un breve término hasta que podamos arrojarnos a los piés del rei.

MINISTRO.—No nos es lícito demorarnos un solo ins-

tante. Nuestro deber nos prescribe conducirla inmediatamente. Ea, marchemos!

DUPRÉ.—No la llevareis.

MINISTRO.—¿I quién osará impedírnoslo?

DUPRÉ.—Yo mismo.

MINISTRO.—¿Con qué autoridad?

DUPRÉ.—Con la de un padre! Sí, señor, yo soi su padre!

MINISTRO.—Vos!

DUPRÉ.—Sí: la tuve por hija, por única hija, ántes de abrazar el estado en que me veis. I la habia perdido, señor, la habia perdido! Mis ojos no habian vuelto a verla desde que la dejé casi en la cuna.... La busqué tanto tiempo sin poder encontrarla!.. Ah! si supierais cuántas lágrimas me ha costado! I ahora que por fin la encontraba, ahora que podia lisonjearse este mísero anciano con la idea de terminar sus tristes dias entre sus brazos, vos quereis arrebatármela.... para conducirla al suplicio.... Oh! vos no hareis esto, señor.... vos tendreis compasion de un padre desventurado, i me la dejareis. O si es preciso que álguien perezca, aquí teneis mi vida, señor; pero vos no matareis a mi hija.

MINISTRO.—Yo os compadezco, señor, i me enternece vuestra desgracia; pero ello es indispensable, i mi responsabilidad.....

DUPRÉ.—Vuestra responsabilidad, eh! seguramente vos no teneis hijos! Nada teneis que temer, señor. ¿Quién habrá que no os perdone el haber tenido compasion de un padre desgraciado?

MINISTRO.—Al fin será preciso separaros de ella por la fuerza.

DUPRÉ.—Haced la prueba!

(Se abraza fuertemente de Carolina. A una señal de su conductor, todos los ministros de justicia avanzan hácia él para arrancársela.)

CAROLINA.—Padre mio, padre mio! Me arrebatan: dadme vuestra bendicion.

DUPRÉ.—Me la arrancan! Malvados, yo os maldigo!.. Pero nó, no lo hareis. (*Haciendo un último esfuerzo desesperado.*) Dios mio! dadme fuerzas.... Hija, hija mia!.... me vencen. Oh! oh!

(*Cae en tierra desfallecido.*)

CAROLINA.—Padre mio, adios!

(*La impelen hácia fuera, i salen todos, ménos los de la siguiente:*)

ESCENA SESTA.

DUPRÉ (*desmayado en tierra*), EL VERDUGO.

EL VERDUGO.—¡Infeliz, no puedo resistir a la compasion que su dolor me inspira!

DUPRÉ (*volviendo en sí.*)—¡Mi hija! ¿Dónde está mi hija? ¡Carolina! ¡Carolina! Se la han llevado.—Ah!

(*va a salir en la mayor desesperacion.*)

VERDUGO.—¿A dónde vais, señor, i qué pretendeis conseguir con esos locos arrebatos? (*deteniéndole.*)

DUPRÉ.—¿I quién sois vos que me deteneis?

VERDUGO.—El verdugo.

DUPRÉ.—¡Dios mio!

VERDUGO.—¿Qué es lo que intentais hacer?

DUPRÉ.—Salvarla o morir con ella.

VERDUGO.—¡Insensato!

DUPRÉ.—¿Tú vas a presidir la ejecucion?

VERDUGO.—Es mi deber.

DUPRÉ.—I serias tú capaz....

VERDUGO.—En veinte años que ejercito mi profesion son muchos los que han muerto entre mis manos.

DUPRÉ.—Pero una jóven inocente....

VERDUGO.—¿Creeis que el verdugo distingue la inocencia o criminalidad de la víctima que se le entrega? ¿Creis que haya lágrimas que puedan mo-

ver al verdugo, cuando tantas veces ha visto cerca de sí las últimas convulsiones de la juventud i la hermosura? ¿Su único deber no es matar?

DUPRÉ.—¿Pero no eres padre?

VERDUGO.—Si lo soi.

DUPRÉ.—¡Ah! ¿con que tienes hijos?

VERDUGO.—I por eso os compadezco.

DUPRÉ.—Entónces se salva mi hija. ¡O Dios! mi hija se salva. Sí, sí, vos no querreis quitarme la vida de un modo tan cruel. ¡O bienhechor mio! mi único refujio, mi único consuelo! Desde este momento vos lo sois todo para mí en la tierra.—De vos depende mi muerte o mi felicidad. Vedme a vuestras plantas. Yo abrazo vuestras rodillas.... Ah, tened, tened compasion de mí.

VERDUGO.—¿Qué es lo que pedís?

DUPRÉ.—Que salves a mi hija; tú puedes hacerlo si quieres. Sálvala i todo cuanto poseo te pertenece... ¿No te horroriza tu situacion?

VERDUGO.—¡Ah, demasiado!

DUPRÉ,—¿I no deseas mejorarla? ¿Salvarte de la infamia de que te ves cubierto? ¿Librar de ella a tus hijos, i hacerlos felices?

VERDUGO.—¡Oh!

DUPRÉ (*sacando de su seno un papel.*)—¡Pues toma! En este papel hallarás oro bastante para vivir afortunado.

VERDUGO (*recibiendo el papel.*)—¡Dos mil libras!

DUPRÉ.—Otro tanto te prometo para despues que me hayas restituido viva a mi hija. ¿Qué respondes?

VERDUGO.—¡Dos mil libras! otro tanto para despues que se la haya vuelto!.... I en dos dias, si la suerte me favorece, puedo estar embarcado con mis hijos, huyendo de esta tierra de maldicion! ¡Oh mis hijos! mis hijos!

DUPRÉ.—¿Pues bien?

VERDUGO. Fiad en mí, señor. ¡Vuestra hija se salvará!

DUPRÉ.—Bendígate el cielo! (*vanse.*)

ACTO CUARTO.

PRIMERA PARTE.

(El teatro representa la habitacion del sacerdote Dupré.—Puertas a los lados i en el foro.—A la derecha del espectador, Carolina sobre un lecho, al parecer muerta.—Dupré contemplándola.)

ESCENA PRIMERA.

DUPRÉ (*triste i abatido.*)

¡Las once están dando! ¡Diez horas han trascurrido ya desde la horrible ejecucion, i todavía mi Carolina no da señal alguna de vida!.... ¡O Dios mio! Dios mio! ¡Si habreis resuelto arrebatármela! ¡Si estará ya muerta para siempre, miéntras yo aquí con anheloso corazon i ávidas miradas acecho la mas lijera palpitacion de su pecho, el mas leve color que aparezca sobre su rostro, indicando a su triste padre que ella vuelve a la existencia! O hija, hija mia, víctima inocente del mas negro de los crímenes i de la mas atroz de las venganzas, déjame colocar tu frente virjinal sobre mi seno: pueda yo estrechar tu cabeza querida, como la estrechaba cuando estabas viva e iban a conducirte al suplicio.... ¡al suplicio!....Hija de mi corazon, ¿no me respondes?.... ¡Carolina! yo soi tu padre, tu padre que te ama mas que a su vida.... ¡Nada! ¡Está yerta, silenciosa, inmóvil, inmóvil como la muerte!.... (*corre hácia el medio del teatro, i se arroja de rodillas.*) ¡O Dios mio, Dios mio! ¡Se-

rá posible que me la hayais arrebatado? Vuélmela, Señor, vuélveme mi hija, pues no puedo vivir sin ella, ni sin ella bendecirte por toda una eternidad... Creo que oigo movimiento.... (*volviéndose*) Ah! Pedro, ¿eres tú? ¿Qué nuevas me traes?

ESCENA SEGUNDA.

DUPRÉ PEDRO.

PEDRO.—Pronto va a venir el doctor a quien me enviasteis a llamar.

DUPRÉ.—Bien, Pedro: mil gracias, amigo mio. ¿Le has encargado el sijilo?

PEDRO.—Fué lo primero que le exijí, señor, segun vos me lo prevenisteis.

DUPRÉ.—O mi único amigo, ¿Sabes cuán venturosos seríamos si consiguiésemos salvar a mi hija?

PEDRO.—Ya me lo habeis dicho, señor, i yo fiel servidor vuestro, os he prometido acompañaros a las remotas rejiones a donde pensais llevarla. Espero en la justicia del cielo que esta misma noche os la ha de restituir.

DUPRE.—Yo lo espero tambien, Pedro. Sí, Dios se compadecerá de mí, i me la volverá, sí, me la volverá.

PEDRO.—Aquí teneis al doctor.

DUPRE.—Déjame a solas con él.

ESCENA TERCERA.

DUPRE, EL DOCTOR.

DUPRE.—Venid, venid, señor, a consolar al mas desdichado de los padres. Solo de vos he querido fiarme, porque la bondad i honradez de vuestro corazon me eran demasiado conocidas. Vos no me

traicionareis, señor, ¿no es verdad? Vos tendreis piedad de una jóven la mas pura, la mas inocente, condenada por una calumnia atroz al último suplicio.

DOCTOR.—¿Qué decís?

DUPRE.—¿No habeis tenido noticia de una infeliz a quien han llevado esta mañana a la horca por un supuesto robo?

DOCTOR.—Sí, señor: el caso ha sido bastante sonado en la capital. Dicen que era huérfana, i que pocos momentos ántes de morir, reconoció a su padre en el mismo sacerdote que la ausiliaba. ¿Acaso seriais vos?

DUPRÉ.—Yo soi ese padre tan desventurado. Junto con encontrar a mi hija, i convencerme de su inocencia, me la arrebataron para conducirla al suplicio.

DOCTOR.—Ah, señor, cuánto os compadezco. Aun los corazones mas duros se han derretido en lágrimas al oír vuestro suceso.

DUPRÉ.—Pues bien, señor, si os compadeceis de mis sufrimientos, talvez de vos solo depende el hacerme feliz.

DOCTOR.—¿I cómo? hablad. A todo estoi dispuesto por conseguirlo.

DUPRÉ.—El cielo os lo recompense. Vos podeis volverme mi hija.

DOCTOR.—Yo!

DUPRÉ.—Sí, señor, suministrándola los ausilios de vuestra profesion.

DOCTOR.—Pues qué! ¿Acaso no ha muerto?

DUPRÉ.—Tengo algunos motivos para dudarlo. I ya veis; esta esperanza, por loca que parezca, es para un padre....

DOCTOR.—La vida, señor. ¿I dónde la teneis? ¿En dónde está? Que yo la vea en el instante.

DUPRÉ—*(descorriendo las cortinas del lecho donde*

está Carolina, i que ántes habia cerrado.) Aquí, señor, aquí veis este precioso depósito que os entrego. Decidme pronto si podreis darme algunas esperanzas de su vida.

DOCTOR—*(despues de examinar a Carolina.)* Su cuello está ligeramente lacerado en algunas partes por el fatal cordel; mas en su rostro no se observa ninguna señal de las que presentan los que han sufrido la muerte de horca.

DUPRÉ.—Cuando me la trajeron a estos sitios, se advertian en él algunas, pero ellas han ido insensiblemente desapareciendo.

DOCTOR —Pero ningun latido en su corazon....

DUPRE.—Ah! ¿Con qué vos pensais que ella está muerta?

DOCTOR.—No me atreveré a asegurarlo. Pero aunque la ejecucion no hubiese sido consumada, una jóven tan tierna.... el excesivo terror....

DUPRE.—Eso es, Dios mio! eso es lo que yo temia. ¿Cómo podria una jóven débil i tímida resistir sin perecer a impresiones tan terribles? Hija mia! muerta, muerta para siempre!

(*Solloza amargamente.*)

DOCTOR.—Padre infeliz! retiraos de aquí: yo solo aguardaré cerca de ella lo que el cielo disponga sobre su suerte.

DUPRE.—Nó, dejadme siquiera el consuelo de morir a su lado. Porque yo no podré sobrevivirla mas, i quiero contemplarla, i exhalar entre sus labios mi último suspiro.

DOCTOR—*(poniendo su mano sobre el corazon de Carolina.)* Aguardad, que me parece haber sentido algun movimiento en su corazon.

DUPRE—*(vivamente.)* Ah! ¿Qué decís?

DOCTOR.—Sí, sí: ella no ha muerto todavía.

DUPRE.—No ha muerto! Oh justo Dios!

DOCTOR—*(haciendo oler un frasco a Carolina.)* Con

este espíritu poderoso acabaremos de reanimarla. Ved, ved: ya empieza a volver en sí.

Dupre.—Carolina! hija mia!.... Ella se mueve en realidad: sí, está viva, viva! Dios todopoderoso, recibe el homenaje de mi gratitud. Carolina!.... ¿no me oyes?.... mírame, hija mia.... yo soi tu padre.... tu padre que te ama mas que a la luz del dia.

Carolina—(*abre los ojos, i se incorpora un poco en el lecho.*) Ah!.... ¿dónde estoi?.... Dios mio! Tened piedad de mí! Dios mio! Dios mio! Vos sabeis que yo estoi inocente.

Doctor.—Infeliz! Delirante aun i turbados sus sentidos, ella piensa haber recordado en el mundo de la eternidad, i se imajina encontrarse en la presencia del juez infalible, ante el cual ningun criminal se atreve a encubrir sus delitos!

Carolina.—Señor, Señor, vos conoceis mi corazon. Sabeis que siempre os amé en la tierra, i fuí obediente a vuestros mandatos. Las injusticias del mundo no me perseguirán hasta el pié de vuestro trono. Dios mio! Vos me permitireis que pueda veros i adoraros en el espacio de los siglos.

Doctor.—Jóven incomparable! Qué leccion para los jueces que se atrevieron a condenarte!

Dupre.—Carolina, Carolina, recuerda hija mia de tu letargo: recobra bien tus sentidos: tú no has muerto, tú estás viva, i entre los brazos de tu padre.

Carolina.—¡Qué voz tan dulce es esa que viene a consolarme! ¡Cómo mueve blandamente hasta las mas íntimas fibras de mi corazon! Mi padre. Qué recuerdo! Mi pobre padre, que al fin yo habia vuelto a encontrar i que tan pronto perdí. Ah qué es lo que miro! Padre mio, ¿sois vos?....

Dupre.—Sí! Sí! Yo que vuelvo a mirar con tus ojos, a respirar con tu aliento, a vivir con tu vida.

Carolina.—Pues qué!.... ¿Será posible que yo no haya muerto?

DUPRÉ.—Nó, nó. Tu padre, que ahora te estrecha entre sus brazos i baña tu seno con sus lágrimas, tu afortunado padre, ha conseguido salvarte de la muerte.

CAROLINA.—¡O Dios mio! *(se desmaya.)*

DOCTOR.—Retiraos, señor, retiraos: todavía está mui débil para resistir a tantas impresiones. *(Dupré se retira a un lado, el doctor socorre a Carolina.)*

CAROLINA.—*(reanimándose i mirando en torno de sí).* ¡¿I mi padre dónde está? ¿Quién sois vos señor? *(con recelo)* Ah! ¿Quién sois vos?

DOCTOR.—Un tierno amigo vuestro; nada teneis que recelar de mí.

CAROLINA.—Volvedme mi padre: que yo oiga su voz querida: que él venga a consolarme.

DUPRÉ *(corriendo hácia ella.)*—Aquí estoi, hija mia. ¡Con qué al fin vuelvo a recobrarte, único encanto de mi corazon! ¡Con qué volveré a ser dichoso por tí, despues de haber padecido tanto por tu causa! Oh! ¡cuánto he temido haberte perdido para siempre!

CAROLINA.—Pero ¿cómo habeis podido salvarme?

DUPRÉ.—El oro que yo habia adquirido en América me sirvió para ese fin. Habiéndolo empleado tantas veces en socorrer a los desvalidos, Dios quiso que alguna vez me valiese para salvar a mi hija. Ayudado de él i de mis ruegos, conseguí conmover al verdugo, miéntras te conducian al suplicio. El tenia hijos, i me prometió hacer solo el aparato de la ejecucion. El te dió un narcótico para que no sintieses el trance terrible, i me cumplió su promesa, cortando a tiempo el fatal cordel. Difunta al parecer, fuiste conducida a esta iglesia, encomendada a mis desvelos, con el pretesto de que yo te enterrase en su cementerio. Pero al fin has vivido, i el cielo te ha vuelto a mis caricias. ¿Sabes cuánto he padecido en las breves horas trascurridas desde tu

hallazgo hasta este momento? Ellas han equivalido a un siglo de tormentos.

CAROLINA.—¡Querido padre mio!

DUPRÉ.—¿Te imajinas tú lo que yo sentiria, cuando te miraba marchando hácia la muerte, cuando llegaste al cadalso, subiste sin poder casi sostenerte sus escalones, cuando el verdugo echó el cordel a tu inocente i delicado cuello, i yo miraba todo esto, e ignoraba aun si él me cumpliria su promesa o pretenderia engañarme? Ai! Hasta aquel momento no mas me fué posible resistir, i caí cerca de tí tan frio como el mármol, sin ver al cielo cubrirse de negro luto, ni percibir entre el pueblo inmenso que nos rodeaba un solo grito de perdon!

CAROLINA.—¿I todavía estamos en esta capital? En estos lugares de terror i de injusticias! Sacadme, o padre, sacadme lo mas pronto de ellos. Si descubren que aun existo, volverán a apartarme de vos, i a conducirme de nuevo al suplicio.

DUPRÉ.—No lo temas. Mis brazos te aferrarian entónces con mas fuerza que si fueran de hierro, i si una vez consiguieron por la violencia separarme de tí, no lo harán ya por la segunda. Ademas, ¿cómo podrá saber nadie que tú vives? Este caballero que te ha socorrido es un hombre de honor, sabe compadecer a un padre, i no querrá, traicionándole, entregarle otra vez a la desesperacion. ¿No es verdad, señor, decidme no es verdad?

DOCTOR.—Ah! señor, ¿podeis dudarlo por un momento?

DUPRÉ.—Dentro de dos dias a mas tardar partiremos para América. Huiremos, hija mia, léjos de los hombres civilizados. Entre los salvajes hai mas compasion i humanidad que entre ellos.

CAROLINA.—¿Enrique vendrá con nosotros?

DUPRÉ.—El solo nos acompañará, él solo. Con él

iremos a formar una nueva familia entre los inocentes habitantes del nuevo mundo.

CAROLINA.—¿Pero él querrá por ventura seguirme?

DUPRÉ.—¿I lo dudas?

CAROLINA.—Tengo motivos para ello. El sin duda me juzga criminal.

DUPRÉ.—¿En virtud de qué?

CAROLINA.—De mi propia confesion.

DUPRÉ.—¡Una acusacion que te hiciste para salvarle!

CAROLINA.—I la ignominia de haber sido conducida a un público suplicio, hará talvez que yo aparezca a sus ojos como degradada, i que él ya no me ame.

DUPRÉ.—Si tú le crees capaz de esa injusticia, él ya no sería digno de tu amor.

CAROLINA.—Oh nó, padre mio. No hai en la tierra un hombre que pueda comparársele. Pero mi amor infeliz me hace temerlo todo, i como él a los ojos del mundo tendria sobrada razon para despreciarme....

DUPRÉ.—Yo iré a buscarle, hija mia. Si él es jeneroso como tú le describes, vendrá con nosotros; si lo rehusa, ¿no te queda tu padre para consuelo?

CAROLINA.—Sí, sí, padre mio: la idea de estar a vuestro lado será la única capaz de prolongar mis tristes dias. I ya que no puedo permanecer en una patria que tan funesta me ha sido, ya que es preciso un sempiterno destierro, yo me resignaré a mi suerte, i procuraré vivir hasta que pueda caer con vos en una misma fosa.

DOCTOR.—Señora, procurad desterrar esas ideas en este momento. Estais todavía mui delicada, i quizá vuestra vida pudiera correr algun peligro....

DUPRÉ.—Sí, hija mia, tú necesitas tomar reposo. Fia en la Providencia. El Dios que ha querido salvarte de este trance cruel, no puede haber determinado que sea para hacerte desdichada. Creer lo contrario, sería dudar de su misericordia.

CAROLINA. –¡O padre mio, vuestras palabras son tan consoladoras!

DUPRÉ.—Ven conmigo.

(*al ir a volverse, ven en la puerta aparecer al verdugo.*)

CAROLINA.—¡Gran Dios! ¿Quién es ese hombre?

DUPRÉ—(*retrocediendo con ella.*) El verdugo.

CAROLINA—(*aterrada.*) ¡Soi perdida!

DUPRÉ.—Nó, nada temas. Tu salvacion se la debemos a él mismo, i viene a reclamar su justa recompensa. (*al doctor*) Señor, luego nos volveremos a ver. (*al verdugo*) Amigo, aguardadme un momento en esta estancia.

ESCENA CUARTA.

EL VERDUGO (*solo.*)

Ah! ¡Con qué al fin voi a verme libre de esta dura cadena de oprobio i excecracion que tantos años ha pesado sobre mí! ¡Sociedad maldita! ¡sociedad aborrecida! que por tanto tiempo me has hecho tu instrumento de terror, de suplicio i de martirio, al fin voi a sacudir tu yugo de hierro; a ver amanecer en climas ménos infaustos un sol sereno, que no me impedirán contemplar con alegría los vapores de la sangre que se habrá derramado por mi brazo. Ya en la noche no será interrumpido mi sueño por los clamores i las agonías de las víctimas a quienes hacía sufrir i espirar durante el dia. Veré crecer a mis tiernos hijos sin infamia, i sin que al prodigarles mis caricias venga a enturbiar mi gozo la idea de que algun dia talvez me dirán: "Padre mio, por qué nos habeis hecho tan desgraciados." No mas me tornarán a ver que vuelvo a mi albergue reteñido en la sangre de las víctimas, i este corazon que habia ya llegado a endurecerse

para todo sentimiento de compasion volverá a ser humano, sensible, i talvez virtuoso. Oh! bendiga mil veces el cielo a los que así han vuelto a abrirme el camino de la felicidad, proporcionándome la oportunidad de practicar una buena accion, i de lavar en cierto modo mis anteriores manchas salvando a una inocente! El aire que respiro ya no está infestado i venenoso, i los sombríos vapores, que me rodeaban casi se han disipado del todo.

ESCENA QUINTA.

DUPRÉ, EL VERDUGO.

DUPRÉ.—Aquí teneis el resto de vuestra recompensa. (*dándole una bolsa.*) Me habeis cumplido vuestra promesa, i yo os doi mas aun de lo que os habia prometido. Marchad, idos a ser dichoso en otros países, i abandonad para siempre esta tierra de maldicion, como nosotros mismos vamos a abandonarla.

VERDUGO.—Señor! Desde cualquier rincon del mundo a donde la suerte nos conduzca, yo estenderé hácia vos mis brazos, i les diré a mis hijos que me ayuden a bendeciros i a rogarle a Dios por vuestra felicidad.

DUPRÉ.—Adios, amigo mio. El cielo os dé su bendicion.

VERDUGO.—Adios, mi padre i salvador. Permitid que al despedirme bese vuestras manos, porque ya me siento vuelto a la virtud. (*vase*)

DUPRÉ.—Ya solo me resta que satisfacer mi deuda hácia vos, Dios mio. Pero esta yo no acabaré de pagarla nunca.

SEGUNDA PARTE.

(Aposento inmediato al dormitorio de Derval. Puertas al fondo i a la izquierda, que dan a otras piezas de la casa. A la derecha el dormitorio, en el que Derval se supone estar durmiendo. Una lámpara suspendida del techo ilumina débilmente la escena.)

ESCENA SESTA.

ENRIQUE.

(*Apareciendo por la puerta del fondo, i con la mayor precaucion.*)

Esta es su estancia. He llegado felizmente hasta aquí sin que nadie me haya sentido. Aquel es su dormitorio, i en él talvez estará reposando el infame, sin que ningun remordimiento interrumpa su sueño. Él se creerá seguro: habrá pensado al acostarse que aun me tenia sumerjido i jimiendo en las prisiones. Oh cielos! ¡Cómo pueden tener reposo los que son tan criminales! (*Se acerca a escuchar hácia el dormitorio.*) Él está ahí: todo está tranquilo, i solo se sienten la respiracion i los suspiros de su sueño....

DERVAL. (*En el dormitorio.*) Carolina!

ENRIQUE. La llama. Ah! Sus labios osan pronunciar ese nombre querido que solo debia andar en boca de los ánjeles.

DERVAL.--(*desde adentro*) Carolina!

ENRIQUE.--Está soñando con ella. Talvez se la representa radiante de juventud i de hermosura, i mas encantadora aún con las sombras del dolor, i se imajina el infame que, amedrentada por sus persecuciones, ella va a decirle "yo te adoro!"....

DERVAL.--(*lo mismo*) Oh perdon! Carolina, perdon!

ENRIQUE.—Perdon, ha dicho, perdon! La pide que le perdone! Antes debierais haber pronunciado "muerte i condenacion eterna" (*asiendo un puñal que llevará escondido en el seno.*) Pero se levanta!....Parece que va a venir.—¿Dónde me esconderé?....Ah! desde esta estancia podré observarle, hasta que sea tiempo de que me presente a su vista. El viene. (*Al mismo tiempo que él entra en el aposento de la izquierda, Derval sale de su dormitorio.*)

ESCENA SEPTIMA.

DERVAL.—(*delirante i en estado de somnambulismo.*)

¿Tú en esta cárcel, Carolina?....tú próxima a marchar para el cadalso!....¿No ves que esto es horrible?....Ah! si tus labios pronunciaran una sola palabra de cariño...aún podria salvarte!...¿Enrique, dices? Enrique?....¡Oh infame!....¡Enrique morirá tambien!...Oigo un rumor de tambores a lo léjos...(*como escuchando.*) ¡Ah! sí, ya van a conducirla....¡Perdon, Carolina, perdon!....Todo es horror i tinieblas al rededor de mí....Siento un pueblo inmenso que se agolpa....en medio se alza un patíbulo....el verdugo....Carolina! está inocente....está inocente!....¡Bárbaros, no la mateis!! Ah!!

(*Cae desfallecido en tierra.*)

ESCENA OCTAVA.

DERVAL, ROBERTO.

ROBERTO.—Señor, señor, ¿qué gritos son estos? ¿qué es lo que teneis?

DERVAL.—(*recordando e incorporándose sobresaltado.*) ¿Quién me llama?—¡Ah! Roberto, ¿eres tú? ¿para qué has venido?

ROBERTO.—Las voces que estabais dando.....

DERVAL.—¿Yo dando voces?...¡Ah! sí....era un sueño espantoso....que segun veo, me ha sacado de mi lecho.—Pero dí ¿qué era lo que yo decia?

ROBERTO.—Yo, señor, nada he podido entender.... nada, porque en este instante acabo de llegar.

DERVAL.—(*aparte.*) Respiro al fin. No te asustes, Roberto: era la ilusion pasajera de un sueño, i nada mas.

ROBERTO.—Oh señor.—Yo, por mi parte, no he podido pegar los ojos en toda la noche.

DERVAL.—¿Por qué?

ROBERTO.—El recuerdo de aquella pobre jóven.... ¡Quién hubiera creído que ello iba a tener un fin tan serio! Nunca pude imajinarme que habia de costarle la vida.....Dejadme llorar.....

DERVAL.—¡Roberto!

ROBERTO.—Si yo lo hubiera presumido, jamás os hubiera dicho nada.

DERVAL.—¡Roberto!

ROBERTO.—Perdonadme, señor; pero la idea de que he contribuido, sin quererlo, a su muerte, será un torcedor que me atormentará hasta el fin de mis dias.

DERVAL.—¿I dudas tú de la justicia de mi venganza?

ROBERTO.—Oh nó, señor; pero jamás volveré a dormir tranquilo. (*Vase llorando.*)

ESCENA NOVENA.

DERVAL.—(*Se arroja como exhausto sobre un sillon.*)

¡En realidad, yo he sido mui delincuente!....¿En qué me habia ofendido la infeliz? ¿Si ella no podia

amarme, era acaso suya la culpa? ¡Era tan excelente jóven!.....Yo debí haberle permitido ser feliz....sí, aunque yo hubiese sido desgraciado, aunque nunca hubiese tenido un seno sobre que reposar mi frente abrasada, i me hubiese visto proscrito, solo i abandonado en la tierra.—Yo debia haberlos protejido i hecho su felicidad. Ellos quizá me habrian amado por gratitud.....¡Amarme! ¿Ellos a mí?....Nunca!!....¡Hombres perversos! (*levantándose*) Yo jamás he encontrado entre vosotros mas que ingratitud i perfidia....¡Ellos amarme!....¡Ah! Se habrian reído de mis bondades, i miéntras ella estuviese acariciada en los brazos de Enrique, para hacerle valer mas su amor, le habria talvez recordado que yo la habia querido, i ella me habia despreciado por él.—¡Oh! nó: veo que he sido mui delincuente; pero si se tratara de volver a comenzar, dudo que procediera de otro modo. Mas creo haber sentido rumor en esa estancia vecina....Será mi imajinacion turbada....Pero la puerta se remece....La abren....¡Cielos! ¡Enrique!

ESCENA DÉCIMA.

DERVAL, ENRIQUE.

ENRIQUE.—(*Saliendo precipitado.*) Silencio, Derval! (*Va hácia la puerta principal del aposento, i la asegura quitando de ella la llave.*) Vos os habeis creído en seguridad completa.—¿No es verdad? Pero habiais olvidado que hai un ojo vijilante que persigue por todas partes al delincuente, i una mano invisible que podia, para realizar un justo castigo, conducirme hasta aquí, a pesar de vuestras tramas.

DERVAL.—¿I qué significa esta osadía? Cómo te has

atrevido á introducirte á estas horas furtivamente en mi casa? ¿Qué es lo que te propones?

ENRIQUE.—¿Qué es lo que me propongo?.... En primer lugar haceros confesar la inocencia de Carolina.

DERVAL.—¿Dudas de ella?

ENRIQUE.—Nó, ni por un momento.

DERVAL.—Pues entónces ¿para qué lo preguntas?

ENRIQUE.—A fin de que vos mismo pronuncieis vuestra sentencia.

DERVAL.—¡Bah! yo no te lo niego. Ella estaba inocente.

ENRIQUE.—Maldicion sobre vos. ¿Luego sois vos quien para calumniarla escondisteis vuestras alhajas en su cofre?

DERVAL.—Yo lo hice para causar tu eterna desesperacion.

ENRIQUE.—¡Perversidad inaudita! ¡I la frialdad con que la confiesa! Preparaos a morir.

DERVAL.—¡A morir! ¿Has perdido la razon?

ENRIQUE.—Yo no sé; pero este puñal (*sacando un puñal que habia traído oculto en su seno*) os es testigo de que estoi hablando demasiado serio.

DERVAL.—Atreverte tú, imposible. Retírate inmediatamente de estos lugares, ántes que haga castigar tu insolencia.

ENRIQUE.—Ridícula jactancia! Solo lo haré despues que Carolina haya quedado vengada.

DERVAL.—Ea, déjame salir.

ENRIQUE.—Acabais de ver que no teneis por dónde, puesto que he guardado la llave.

DERVAL.—(*creciendo su ajitacion.*) Voi a gritar.

ENRIQUE.—Con ello no hareis mas que precipitar el momento de vuestra muerte.

DERVAL.—(*aparte*) ¡Maldicion! ¡Su semblante i sus ademanes anuncian que es sobrado positiva su re-

solucion aun para aquello de que no le habia creído capaz!

ENRIQUE.—Si os habeis figurado que yo solo me he propuesto intimidaros, os juro que sufrís una equivocacion. El crímen que habeis cometido es tan negro, que habria convertido a un ánjel en el mismo Lucifer.

DERVAL.—Entiendo: vienes a que te acepte el desafío que me hiciste en tu prision.

ENRIQUE.—Ya me habeis dicho que no podeis aceptarlo; i en realidad es imposible entre un infame i un hombre de honor.

DERVAL.—He variado de determinacion.

ENRIQUE.—Pero ya es mui tarde. Ya no puede tratarse sino de una muerte segura, como la que da al malvado el brazo de la justicia.—I no saldré de aquí ántes que la hayais sufrido.

DERVAL.—Eso es una infamia.

ENRIQUE.—Nó; un castigo.

DERVAL.—Un asesinato. ¡Oh! ¡Esto es horrible! ¿Pensarás realmente en un asesinato?

ENRIQUE.—Como el que vos habeis cometido con Carolina.

DERVAL.—¡I no estar aquí mis armas!

ENRIQUE.—¡Ea! no perdais tiempo.

DERVAL.—Dadme siquiera el necesario para llamar un confesor.

ENRIQUE.—¿Estais loco, señor Derval?—No teneis sino un momento para implorar del cielo el perdon de vuestros crímenes.

DERVAL.—Está bien. Dejadme hacerlo retirado en mi dormitorio.

(*Hace ademan de querer entrar en su alcoba. Enrique se lo impide rechazándole.*)

ENRIQUE.—¡Dónde teneis vuestras armas! ¿No es verdad? No puede negarse que os sobra la astucia. Pero yo, que os he dicho estar resuelto a daros una

muerte segura, tomaré tambien mis precauciones. (*cierra la puerta de la alcoba.*) Ya veis que no os queda ningun refujio.

DERVAL.—¡Oh! por piedad, Enrique!

ENRIQUE.—¡Piedad! ¿La tuvisteis vos de Carolina?

DERVAL.—¿No temeis las consecuencias del delito que intentais cometer?

ENRIQUE.—¡Yo temer despues que ella ha muerto inocente!

DERVAL.—El amor fué quien me hizo calumniarla.

ENRIQUE.—Será un bien entónces para las mujeres el impedir que volvais a amarlas de ese modo.

DERVAL.—Yo te cederé cuanto poseo.

ENRIQUE.—¡Infame! Como nunca habeis conocido la honradez, creeis que un hombre virtuoso puede en un momento pasar a ser un delincuente vulgar.

DERVAL.—¡Oh! no mates el alma a la par del cuerpo, si quieres que Dios algun dia se apiade de tí.

ENRIQUE.—Por eso te he aconsejado que ruegues al Juez eterno. Si eres cristiano, sabrás que un acto de arrepentimiento sincero bastará para que salves tu alma.

DERVAL.—Te juro que ese arrepentimiento es profundo en mí. ¿Quieres que proclame al mundo la inocencia de Carolina? ¿Qué me acuse a mí mismo? Será un consuelo para mí el hacerlo i espiar públicamente mi crímen en el mismo cadalso. Pero por ahora....tan de repente.....te confieso no tengo resolucion para morir ni serenidad para implorar a Dios.

ENRIQUE.—La tranquilidad que ahora os falta, ménos la lograriais cuando tuvieseis ante vuestros ojos la esperanza de salvaros. Pero en fin, os estoi esperando demasiado i no quiero mas discusiones.

DERVAL.—¿Con qué estais resuelto?

ENRIQUE.—No hai quien pueda salvaros.

(*Derval da algunos pasos atrás. Enrique avanza*

hácia a él: entónces trata de contenerle; i grita)

DERVAL.—¡Roberto! Roberto! ¡Me asesinan!

ENRIQUE.—¡Ah! gritais! ¡Pues morid!

(Le persigue hasta entre bastidores, donde le hiere.)

DERVAL.—¡Ah!

ENRIQUE, *(sacando un pequeño frasco i tomando un veneno.)* Yo mismo os vengaré.... Ahora vamos a morir sobre el sepulcro de Carolina.

ACTO QUINTO.

(Patio de la parroquia servida por Dupré. A un lado se divisa un cementerio cubierto de árboles. Es aún de noche, están llamando a la puerta que da a la calle.)

ESCENA PRIMERA.

PEDRO, ENRIQUE *(quien entrará despues con semblante estraviado i desecho, i mostrando en todo su aspecto el mayor desórden.)*

PEDRO.—*(viniendo a abrir)* ¿Quién llamará a una hora tan inoportuna?..... ¡Ya van! *(abriendo.)* ¿Quién es?

ENRIQUE.—*(desde afuera.)* No os sorprendais, amigo. Soi un desgraciado bien digno de vuestra compasion. *(Va empezando a amanecer.)*

PEDRO.—¿Pero a quién, o qué buscais?

ENRIQUE.—Decidme: ¿es cierto que al cementerio de esta parroquia ha sido conducido el cadáver de esa jóven que fué ajusticiada esta mañana?

PEDRO.—*(aparte.)* De mal agüero es esta curiosidad.... ¿Para qué lo quereis saber?

ENRIQUE.—¡Oh! no me lo negueis. Es la postrera gracia que os pide un moribundo.

PEDRO.—*(aparte.)* Bien lo parece en realidad, i no tiene, a fe, trazas de un espía.

ENRIQUE.—Contestadme, pues, i sereis recompensado.

PEDRO.—(*aparte.*) Creo no haber que temer en afirmarlo; i en todo caso, habiendo sido un hecho tan público, negándolo, despertaria talvez las sospechas.—¡I bien! Ya que os interesais tanto en saberlo, aquí fué, señor.

ENRIQUE.—¿Podreis indicarme el lugar donde ha sido sepultada?

PEDRO.—(*aparte.*) ¡Cáspita! Esto ya es distinto i la curiosidad pasa de sus límites. Voi temiendo que sea un espía.... Nó!

ENRIQUE.—¿Sabreis al ménos decirme dónde está el sepulturero?

PEDRO.—(*aparte.*) La pretension de este hombre exije que yo dé cuenta de ella inmediatamente a mi señor. En este conflicto, es el mejor medio de no errar.

ENRIQUE.—¡Qué tardío sois para vuestras respuestas!

PEDRO.—Dejadme ir a ver si está en su habitacion.

ENRIQUE.—Tomad porque me lo llameis.

PEDRO.—¡Oro! ¡Vaya en el interes!.... (*aparte.*) Malas nuevas temo llevar a mi señor!.... Pero en todo caso, él sabrá tomar sus precauciones. (*Vase.*)

ESCENA SEGUNDA.

ENRIQUE (*solo adelantándose por el vestíbulo.*)

¡Héme ya aquí cerca del lugar donde reposa Carolina! En estos sitios respiro con mas facilidad que en esas calles aborrecidas que acabo de recorrer. Oh! la mansion de muerte de una amante es un cielo para aquel que ya no puede esperar otro! ¡O tú que eres el alma de mi vida, la lumbre de mis ojos, el aire de mis suspiros! ¿Por qué no me es dado reanimar un solo instante tu cadáver, ver tus

lívidas facciones animadas por el encanto de la vida, para poder siquiera en mis últimos momentos repetirte que te amaba, sentir tu mano cariñosa enjugar mi frente helada con los angustiosos sudores de la muerte, i exhalar mi suspiro postrimero en el mas delicioso beso de tus labios? ¡O cielos! ¡Haber de morir abrazado de un esqueleto! ¡Querer libar sus labios i hallar que ellos no se estremecen al contacto de los nuestros, entreabrir sus ojos con nuestra mano i mirarlos vidriosos i empañados en una indiferencia eterna, llamarle por su nombre querido i que no responda a nuestro clamor un solo latido de aquel pecho yerto! ¡Qué cosa tan horrible es la muerte! ¡I ello es sin remedio, Dios mio! Carolina, Carolina, ¿en dónde estás? Triste, demasiado triste será contemplar tu cadáver en ese estado; pero al ménos hallaré un consuelo en reclinarme a reposar con él bajo la tierra. Oh! ¡quién me conducirá a tu sepulcro cuando empiezo a sentir la aproximacion de la muerte!....Pero álguien viene.

ESCENA TERCERA.

ENRIQUE, DUPRÉ, PEDRO.

DUPRÉ.—(*a Pedro.*) ¿Es este el hombre que pregunta por el sepulturero?

PEDRO.—El mismo, señor. (*Se retira.*)

DUPRÉ.—Este jóven!.... qué pálido i desfigurado! Su semblante no anuncia un mal corazon ni su aspecto un mal propósito..... Amigo, ¿a quién buscais?

ENRIQUE.—Uno que indique el sepulcro de la jóven que hoi ha sido ajusticiada, a otro que solo aspira a reposar con ella.

DUPRÉ.—(*aparte.*) Este no puede ser un espía....

¡Qué sospecha! ¡Si estuviese yo viendo a Enrique Dernicour!

ENRIQUE.—¿Decidme, pues, quién me abrirá esa sepultura?

DUPRÉ.—¿I qué cadáver ha de depositarse en ella?

ENRIQUE.—El mio.

DUPRÉ.—Luego estais tan seguro de ir a morir presto!

ENRIQUE.—Dentro de pocos instantes, señor. I aunque vuestra profesion os haya de hacer poco indulgente con la locura de las pasiones humanas, la mia, os protesto, era demasiado pura e inocente para poder aspirar a este favor.

DUPRÉ.—¿Pero podré saber cuál es vuestro nombre?

ENRIQUE.—Enrique Dernicour.

DUPRÉ.—¿I estais cierto de que a estas horas es realmente cadáver la jóven a quien buscais?

ENRIQUE.—¿Quién habria podido salvarla de una muerte que todo Paris ha presenciado?

DUPRÉ.—Nada hai imposible para Dios, hijo mio. ¿Desearíais verla viva?

ENRIQUE.—¡Oh! si lo desearia! Eso solo sería talvez capaz de salvarme de la muerte.

DUPRÉ.—¿Mucho la amais aún?

ENRIQUE.—¡Si la amo!

DUPRÉ.—¿I su suplicio ignominioso nada ha menguado vuestro amor?

ENRIQUE.—Es lo que lo ha convertido en frenesí. No habria dejado de amarla aun creyéndola culpable. Juzgad de mi pasion, estando cierto de que ella era inocente!

DUPRÉ.—¿Estais seguro de ello?

ENRIQUE.—Su propio calumniador me lo ha confesado.

DUPRÉ.—Pues dad gracias al cielo. Ella existe.

ENRIQUE.—¿Os quereis burlar de mí?

DUPRÉ.—No digo mas que la verdad.

ENRIQUE.—¡Ella viva, viva! Oh, sería..... ¿Pero cómo?

DUPRÉ.—Escuchad. ¿No habeis oído que momentos ántes de ir al suplicio, ella reconoció a su padre en el mismo sacerdote que la ausiliaba?

ENRIQUE.—Oh, sí, sí; ha sido un suceso capaz de anegar en lágrimas los mas empedernidos corazones. Pero ¿dónde está ese sacerdote?

DUPRÉ.—Delante de vos.... Soi yo mismo.

ENRIQUE.—¿Vos su padre, señor?.... Es su padre el que estoi viendo!..... ¡Ah! ahora creo lo que me decís.—La serenidad de vuestro rostro es un testigo que no podria engañarme! Pero ¿dónde está ella? Que yo la vea en el instante.

DUPRÉ.—Necesito prepararla a esta entrevista, porque en el estado en que la han dejado las impresiones terribles porque ha pasado, sería peligroso que os viese de repente.

ENRIQUE.—No perdais, pues, el tiempo, porque siento que la vida se me acaba, i no quisiera morir sin verla.

DUPRÉ.—Voi al punto.

ESCENA CUARTA.

ENRIQUE (*solo.*)

Ella estaba viva, i yo por vengarla me he manchado con un asesinato! ¡Viva, i yo he tomado un veneno que ya me devora las entrañas! Voi a perecer sin remedio. ¡Ah! Qué a lo ménos, mi Dios, tenga el consuelo de morir entre sus brazos!.... Parécem ya distinguirla como en sombras.... ¡Ella viene!

ESCENA QUINTA.

ENRIQUE, DUPRÉ I CAROLINA.

CAROLINA.—(*soltándose de su padre que la apoya i corriendo hácia él*) ¡Enrique!

ENRIQUE.—Carolina!..... Tú estabas aquí viva miéntras yo venía a buscar tu sepulcro!

CAROLINA.—Viva para tí, Enrique mio! ¿Me juzgais inocente?

ENRIQUE.—Inocente! ¿I cuándo has dejado por un momento de serlo, ánjel de paz, descendido a la tierra para mi consuelo? ¿Tú, que me has inspirado un amor tan puro como el que tiene su morada en los cielos, habias de ser criminal? ¡Ah! Tú eras digna de que te hubiese amado otro que un asesino!

CAROLINA.—¡Un asesino! ¡Ah! no recordeis lo pasado. Ya yo le tengo perdonado, i ruego al cielo le perdone como yo. Pensemos solamente en nuestro cariño. Volemos léjos de esta sociedad inhumana a escondernos juntos en los hermosos desiertos de la América, a donde me va a llevar mi padre. Si vos le hubieseis oído las alabanzas que él me ha hecho de aquellos inmensos bosques, donde solo resuena la voz del Omnipotente, el rujido de los vientos i los cantos de las aves! Cuán dulce será gozar unidos del ambiente perfumado de brisas virjinales bajo de una apacible sombra! Cuán gratos me resonarán tus consuelos al son del choque de las tempestades que desgajan las ramas i desarraigan los árboles que cuentan por siglos las evoluciones de su existencia! Cuán armoniosos me serán los rujidos mismos de las fieras, contemplándote a mi lado! ¡Ah! esta es la vida deliciosa que la naturaleza depara a aquellos a quienes la injusta so-

ciedad arroja de su seno infecto. Tú irás conmigo a disfrutarla, ¿no es verdad?

ENRIQUE.—¡Ah! nó, Carolina. Yo no podré acompañarte....

CAROLINA.—¡Qué me dices!

ENRIQUE.—Pon tu mano sobre mi corazon....¿Juzgas tú que sus latidos penosos e irregulares puedan durar mucho tiempo?

CAROLINA.—Tú me haces llorar con ese acento melancólico i tus funestas palabras.

ENRIQUE.—Yo no podré acompañarte, Carolina. I aun cuando por efecto de un milagro, el cielo me lo concediera, ¿piensas tú que yo podria ser dichoso en esos bosques donde tú sueñas mil lisonjeros cuadros de felicidad?

CAROLINA.—¿I por qué nó, Enrique mio?

ENRIQUE.—Para aquel que abriga un corazon inocente, para aquel a quien de nada le acusa su conciencia, no hai duda que la naturaleza, aun en sus mas horribles espectáculos, está poblada de encantos. Pero cuando nuestras manos se han teñido en la sangre de un semejante nuestro, aun cuando éste haya sido un monstruo, i los motivos que nos han impelido los mas disculpables, ya no hai tranquilidad: ya no somos otra cosa ante nuestros ojos, que un pecho que está chorreando sangre. Los árboles, si se mecen, no arrojan un rocío de oloroso i trasparente aljófar, sino un riego de nauseabunda sangre. Los suspiros de las brisas no son para nuestros oídos sino alharidos de muerte. Toda la naturaleza, en fin, no se nos presenta sino como un vasto cementerio, donde desearíamos podernos confundir cuánto ántes. Las caricias mismas del amor son otras tantas puñaladas que recibimos con un placer horrorosamente amargo. ¡Oh! la muerte ántes mil veces, Carolina, que semejante prospecto!

CAROLINA.—Enrique, tú me haces estremecer con

esa horrible pintura. Pero ella no le conviene a ninguno de nosotros: los dos estamos inocentes, a Dios gracias. Nuestras manos no se han bañado en la sangre de ningun mortal.

ENRIQUE.—Las tuyas, es verdad, inocente paloma, pura como el éter. Pero las mias.... ¡Ah! no hablemos de esto. Déjame olvidarme en estos últimos momentos de lo que soi i de lo que he sido. Nuestra separacion va a ser larga, Carolina. Pueda, pues, siquiera ahora disfrutar yo de tus caricias i deleitarme en ellas, procurando alejar mi pensamiento de los fantasmas que me persiguen. Dame tu mano. ¡Oh! cuánto la he querido!

CAROLINA.—Tú lloras, i siento que tu cuerpo se hiela i tu semblante se pone cadavérico. Tus alhagos son tan tristes, que me espantan. Dime, dime ¿qué horrible secreto me encubres?

ENRIQUE.—No me atrevo a revelártelo. Temo que te apartes de mi horrorizada en mis últimas agonías, cuando mas necesito tenerte a mi lado.

CAROLINA.—¿Pero cómo os habeis hecho culpable?

ENRIQUE.—Creyendo que tú habias muerto, víctima inocente. ¿Podia yo dejarte sin venganza?

CAROLINA.—¡Ah! ¿Os habeis visto con Derval?

ENRIQUE.—¡No le nombres! Él ya no es para mí sino un espectro sangriento, que se me muestra ahora mismo con aspecto aterrador!

DUPRÉ.—Todo lo comprendo.... Infeliz!

CAROLINA.—*(a Enrique.)* I habrás podido tú....

ENRIQUE.—Ya te he dicho lo bastante....

CAROLINA.—¡Dios mio!

ENRIQUE.—Yo no he tenido la misma virtud que tú para perdonarle.... Pero por mas que mi accion te horrorice, no me niegues tu compasion.—Yo mismo he castigado al criminal, i el asesino va a morir.

CAROLINA.—¡Qué horror! ¡Enrique mio! Nó, tú no morirás.... Socorrámosle, padre mio!

ENRIQUE.—Nó: ya no es tiempo. Siento que muero. No aborrezcais mi memoria.—Este ha sido mi único crímen.—Pedid a Dios mi perdon!

CAROLINA.—¡I yo que tanto le amo, he sido solo destinada a ser siempre la causa de su perdicion!

DUPRÉ.—El cielo, que ve los motivos de los corazones, le perdonará, hija mia. Por mi parte, accediendo a su súplica, le absuelvo.

ENRIQUE.—¡Adios! (*muere.*)

DUPRÉ.—Hija mia, ven—(*queriendo separarla.*)

CAROLINA.—Nó, padre mio.—Dejadme morir con él. —(*se arroja sobre el cuerpo de Enrique.*)

FIN DE UNA VENGANZA.

CORA

O

LA VÍRJEN DEL SOL,

DRAMA EN CINCO ACTOS,

COMPUESTO

Por don Salvador Sanfuentes.

(Asunto tomado de los *Incas* de Marmontel.)

PERSONAJES.

ATAHUALPA.	Rei de Quito.
PALMORE.	Uno de sus primeros jenerales i padre de Cora.
CORAMBÉ.	Otro jeneral de Atahualpa.
ALFONSO.	Jóven español, que habiendo sido compañero de Pizarro, se ha separado de él; i ha venido a la corte de Atahualpa para salvar su imperio de la crueldad de los castellanos.
MACOYA.	Hijo de los indios, que poseyeron a Quito ántes de ser conquistado por los Incas i amigo de Alfonso.
CORA.	Una de las vírjenes del Sol i amante de Alfonso.
ELINA.	Jóven india, destinada a servir a Cora en el claustro.
LA SUPERIORA	DE LAS VÍRJENES DEL SOL.
EL GRAN SACERDOTE	DEL SOL.
PUEBLO.	INCAS DEL SÉQUITO DE ATAHUALPA.—SACERDOTES DEL SOL.—GUARDIAS
LA MADRE	I DOS HERMANOS DE CORA.

La escena es en Quito.—La accion se supone pasar cuando Atahualpa acababa de vencer a su hermano Huáscar, rei del Cuzco, i los españoles andaban todavía por las costas del Perú sin atreverse a entrar determinadamente a conquistarlo.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el vestíbulo del templo del Sol. Al levantarse el telon, se presume que acaba de hacerse un sacrificio en el templo. Las puertas de éste se ven aun abiertas: algunos grupos de indios van saliendo de él i alejándose. Ultimamente salen.

ESCENA PRIMERA.

ATAHUALPA, PALMORE, CORAMBÉ, ALFONSO, MACOYA I ALGUNOS INCAS DEL SÉQUITO DEL REI.

ATAHUALPA.—Terminada con próspera fortuna
la guerra a que mi hermano inexorable
me provocó para quitarme el trono
que me dejó mi bondadoso padre,
es ya preciso, Alfonso, que volvamos
la atencion a la empresa formidable
con que me has dicho que a mi reino amaga
la nacion de que tú te separaste,
esa nacion venida del oriente,
que del mundo pretende apoderarse,
i ha conseguido tremolar en toda
la rejion mejicana su estandarte.
Mi corazon recuerda agradecido
que en la reciente guerra me salvaste
la dulce vida, i si feliz me veo
i de mis enemigos ya triunfante,
tu valor i prudencia han contribuido
a esta prosperidad en mucha parte.
Confesando gustoso, pues, mi deuda,
i que no hai galardon que la rescate,
hoi exijo de tí que en mis dominios,

como si fueras Atahualpa, mandes,
disponiéndolo todo para hacernos
del cristiano enemigo incontrastables.
Diez mil guerreros que en mi corte tengo,
a tus órdenes van a sujetarse.
Vosotros Corambé, Palmore, amigos
i fieles servidores de mi padre,
i cuyo esfuerzo contra el fiero Huáscar
mi trono ha sostenido vacilante,
no os desdeñeis de obedecer a Alfonso.
Vuestro valor sin duda es comparable
al de su corazon; pero él conoce
las tramas, los ardides, el carácter
del nuevo contendor, miéntras vosotros
ignorais sus recursos i sus artes.
Seguidle, pues: obedeced a Alfonso,
que esta conducta la prudencia aplaude.

PALMORE.—¿Puedes, o rei, pensar que dudarémos
en prestarle obediencia un solo instante,
o que tendrémos celos de este jóven?
Si hasta el dia presente nos honraste
dándonos siempre de tu jente el mando,
¿por qué hemos de sentir que cuando halles
un guerrero mas digno que nosotros,
de aqueste imperio la salud le encargues?
Nuestro mayor deseo siempre ha sido
que independiente i venturoso mandes,
tan solo por la gloria de servirte
amando los honores que nos haces.
Hoi que amaga a tu reino un enemigo
que jamás hemos visto, i cuyas artes
nos son desconocidas, es mui justo
que a la cabeza de nosotros marche
un capitan que las conoce tanto.
Bien presto nos verás acompañarle,
i libre el corazon de celos viles,
ser sus mas obedientes oficiales,

ATAHUALPA.—Yo no esperaba ménos de vosotros,
o mis nobles amigos, pues bastante
de vuestras almas la virtud conozco,
i hoi la haceis para mí mas apreciable.
Sal, pues, mañana, Alfonso, para Túmbez;
que Corambé i Palmore te acompañen
con mis guerreros, i los cielos quieran
que guiados por jefes semejantes,
al poderoso castellano enseñen,
frustrando su designio, a respetarme.

ALFONSO.—Sí, partiré, señor, i desde ahora,
pues me haceis el honor de encomendarme
de vuestro imperio la salud, yo digo
que ver a Quito el español no aguarde
miéntras respire Alfonso. I oh! si el cielo
mis votos mas sinceros escuchase,
e hiciese consistir vuestra victoria
solo en el sacrificio de mi sangre,
por libertaros la vertiera al punto,
de tan alta ventura haciendo alarde.
Partirémos mañana, ello es preciso.
Puede ser que Pizarro ya no tarde
en retornar a Túmbez, i conviene
que estorbos invencibles allí halle
para desembarcar.—Soi castellano,
i a los mios los amo como tales;
pero habiendo ya visto los rigores
que ellos han ejercido en otras partes,
jamás Alfonso dejará que vengan
a reiterar en Quito hechos iguales.
I si soi infeliz, si ellos superan
mi oposicion, i vuestro reino invaden,
él mismo que os anuncie este infortunio,
de mi muerte tambien os dará parte.

ATAHUALPA.—¡Ah tierno amigo! ¿Qué es lo que yo (he hecho)
para haber obtenido que me ames

con un celo tan noble? Nunca, nunca
logrará mi poder recompensarte
cual lo mereces; que este abrazo al ménos
(*abrazándole.*)
mi duradera gratitud te afiance.
Yo vuelvo al templo. El Sumo Sacerdote
esperándome está para anunciarme
qué prediccion de la futura guerra
las inmoladas víctimas nos hacen.
Miéntras yo cumplo este deber, vosotros
(*dirijiéndose a Palmore i Corambe*)
a Alfonso conducid a los reales,
donde se aprontan los guerreros mios
para nuevos peligros i combates:
haced le reconozcan por su jefe,
prestándole obediencia i homenaje.
Adios mi noble i jeneroso amigo,
en mi palacio volveré a encontrarte.

(*Estrecha la mano de Alfonso i entra en el templo con los incas de su séquito. Las puertas se cierran tras ellos.*)

ESCENA SEGUNDA.

ALFONSO, PALMORE, CORAMBÉ, MACOYA.

CORAMBÉ.—Señor, estamos prontos a llevaros
donde nos manda el rei.
ALFONSO.— Sin esperarme,
podeis ya caminar: yo con Macoya
seguiré vuestros pasos al instante.

ESCENA TERCERA.

ALFONSO, MACOYA.

MACOYA.—Recibe, jeneroso castellano,

el parabien sincero de Macoya,
por haber obtenido de Atahualpa
confianza tan justa i tan honrosa.
Semejante eleccion para este imperio
es al presente de salud aurora.
Pero, ¿por qué tu americano amigo,
en una coyuntura tan dichosa,
ve la tristeza oscurecer tu seño
i pintarse en tu rostro la zozobra?
El distinguido honor que te hace el Inca
¿es una carga que tu pecho agobia?
I arrepentido ya de haber dejado
por nuestra salvacion tus compatriotas....

ALFONSO.—Nó, amigo, nó: los mismos sentimientos
que en Túmbez escuchaste de mi boca,
cuando el bajel dejarlo de Pizarro,
te pedí me trajeses sin demora
de Atahualpa a la corte, aquesos mismos
siempre inmutables en Alfonso moran.
Al rechazar esa invasion, mi diestra
no a la tierra natal será traidora;
solo combatirá contra unos hijos
que el esplendor deslucen de sus glorias.
Pero ¿me he de alegrar porque el monarca
con tan brillante distincion me honra,
cuando mi pecho criminal me avisa
que no soi digno de obtenerla ahora?

MACOYA.—¿Tú, criminal, Alfonso?... ¿En qué lo eres?
Esa resolucion tan jenerosa
de dejar a los tuyos por salvarnos
¿no hace patente tu virtud heroica?
¿no exijia tambien que el rei te diese
de gratitud señales no dudosas?

ALFONSO.—Nó, tú sabes mi culpa, i ahora mismo,
aunque tu labio finje que la ignoras,
conocedor de mi fatal secreto,
allá en tu pecho criminal me nombras,

e indigno del honor que me confieren.

MACOYA.—Semejante sospecha es injuriosa.
Al hablar a su amigo, nunca lleva
dentro del alma la doblez Macoya.
Sé que una lei del Sol has quebrantado;
mas sé tambien que tu ignorancia sola
te indujo a cometer esa imprudencia.
Tú ignorabas la pena rigorosa
intimada a las vírjenes sagradas
que su terrible juramento violan,
cuando un amor violento, irresistible,
te hizo abusar de la inocente Cora.

ALFONSO.—Sí, amigo; verdad es que lo ignoraba,
i que si aquella noche desastrosa
que la salvé de en medio las ruinas
del recinto del Sol, donde ellas moran,
hubiese yo sabido vuestras leyes,
ántes hubiera con mi espada propia
mi corazon culpable atravesado,
que ceder a pasion tan ominosa.
Pero a pesar de todo, el alma mia,
que desde aquel instante ya no goza
la paz de la inocencia, en mil temores
vacilando se encuentra a todas horas.
Al mirar los semblantes que me cercan,
me parece que no hai quien no conozca
mi culpabilidad; i es un martirio
para aquel que cifraba ántes su gloria
en no haber cometido un hecho solo
que hubiese de ocultar, deber ahora
encubrir éste que me haria reo
de las penas mas crueles i horrosas
ante los mismos ojos de este pueblo,
que de excelsos honores hoi me colma.
Mas pues siquiera tengo la fortuna
de haber hallado en tierras tan remotas
un tierno amigo como tú, a quien puedo

confiar los tormentos que me agobian,
díme ¿estás bien seguro de que nadie
conoce mi secreto? ¿otra persona
no pudo como tú verme aquel dia
hácia este templo conduciendo a Cora?....

MACOYA.—¿I piensas que si alguno de los incas
te hubiese visto, cual te vió Macoya,
habria diferido ni un momento
el acusarte? ¿Por ventura ignoras
el respeto i temor supersticioso
con que ellos de su Dios miran la gloria?
Solo yo, descendiente de los indios,
señores de esta tierra deliciosa
ántes de ser domada por los incas,
yo que jamás al Dios que ellos adoran
tuve por mio, yo que te he jurado
una fiel amistad hasta la fosa,
he podido guardar por tanto tiempo
este secreto que celar te importa.
¿I es preciso de nuevo asegurarte
para calmar tus penas i zozobras
que nadie sino yo sabe tu falta?
¿I me creerás alguna vez?

ALFONSO.— Perdona,
querido amigo.—Soi mui desgraciado,
i los motivos de temer me sobran.
Hoi has visto mostrarse en este templo
las vírjenes del Sol entre la pompa
del sacrificio, que a su Dios ha hecho
el rei, en gratitud de su victoria.
¿I has observado que se hallase entre ellas
la que era un dia la primera joya
del coro sacrosanto?

MACOYA.— Yo confieso
que hoi no he notado su presencia hermosa.
Mas, ¿qué infieres de ahí? Cualquier motivo
la habrá impedido el asistir.

ALFONSO.— ¡Macoya!
o no has amado nunca, o solo tratas
de hacer que la verdad yo desconozca.
¿Piensas tú que instruida de que el Inca
estaba ya de vuelta con sus tropas,
i debiendo esperar que yo a su lado
vendria al templo para verla, Cora
no habria procurado en este dia
complacer mi deseo a toda costa?
¿Me habria ya olvidado a tal estremo,
que ni quiere saber si Alfonso goza
de la existencia, o si en la guerra herido,
ya del sepulcro se escondió en las sombras?
Yo no puedo pensarlo, i por lo mismo
los temores mas tristes me acongojan.
Ya cinco veces se mostró la luna,
i otras tantas cubrió su faz hermosa
desde la noche en que cedimos ambos
a la violencia de pasion tan loca.
¿I si hubiese tenido nuestra culpa
el efecto fatal que en congojosa
inquietud yo temí? ¿Si su desgracia
dentro ese huerto fuese ya notoria?....
¿I por fin, si yo mismo ser debiese
el autor de la muerte i la deshonra
del ilustre Palmore, i su familia,
i de su hija infeliz?.... La idea sola
de tal desdicha me hace estremecerme!

MACOYA.—Todo amante infeliz siempre se forja
fantasmas ilusorios en su mente,
que avivan el dolor que le devora.
Si no ha asistido al templo tu querida,
¿no puede la razon mui bien ser otra
que la que piensas tú? ¿No habrá temido
que a vista del objeto que ella adora
algun indicio, al alma se escapase,
orijen de sospechas desastrosas?

O bien arrepentida de una falta,
a que la indujo su inocencia propia,
¿no habrá resuelto huir de tu presencia,
i esforzarse a borrar de su memoria
esa loca pasion tan ofensiva
a la Deidad de quien se dice esposa?
Mas sea lo que fuere, es ya preciso
que su imájen olvides. Sí: la gloria
hoi te presenta, amigo, otros cuidados
mas dignos de tu mente jenerosa.
Partamos de una vez de estos lugares
funestos para tí, i en las remotas
playas de Túmbez a alejar marchemos
la tormenta que ruje en nuestras costas.
Salva este grande imperio del peligro
que le ofrecen las armas españolas,
i tus servicios te darán entónces
un título bastante i causa honrosa
para dar al olvido eternamente
esa imprudencia que tu faz sonroja.

ALFONSO.—¿Con qué será preciso que yo parta
ignorando el destino de mi Cora?
¿Será preciso que olvidar procure
la que mi pecho ocupa a todas horas?
¡Jamás lo lograré!—Si ella en efecto
le pide su perdon al Dios que adora
jurándole mi olvido, si ha evitado
con tal objeto presentarse ahora,
Alfonso no por eso ménos fino
de amarla dejará.—Sí, de ella sola
aguardar mi ventura yo podia.
Mas pues tal esperanza es ilusoria,
a Quito le daré mi adios eterno,
i volaré de Túmbez a la costa.
Cuando os haya salvado, cuando libre
goce este reino de una paz dichosa,
entónces triste, sin mi amor, sin patria,

las playas buscaré mas espantosas,
i léjos del lugar donde ella vive,
solo, mi vida arrastraré penosa.
(váse por el mismo lugar que Palmore i Corambé.)

ESCENA CUARTA.

(La escena se muda a lo interior del huerto de las vírjenes.)

CORA, ELINA.

CORA.—Ah! no intentes consolarme.
En vano, Elina, procuras
que yo a tantos testimonios
los ojos cierre. Mi culpa,
que hasta aquí sabiais solo
tú, mi cómplice i la suma
Justicia, a nadie que habite
estos huertos, ya se oculta.
ELINA.—¿Pero de qué lo inferís?
CORA.—Cuanto observo me lo anuncia.
Ya las vírjenes del Sol
(solo el decirlo me abruma)
huyen desde ayer mi aspecto,
cual si las diese pavura.
En vano yo he pretendido
con mis tímidas preguntas
de la causa cerciorarme
de ese desvío.—Las unas,
con miradas del mas hondo
desprecio, se alejan mudas;
i las que en un tiempo fueran
mis amigas, ménos duras,
de mí apartando los ojos,
su compasion me denuncian.
¿I habré de aguardar mas pruebas,
Elina, yo?

ELINA.—*(aparte)* ¡Ai sin ventura!
Su recelo es bien fundado.
¿Cómo consolar su angustia?
CORA.—Tú callas tambien, amiga,
i vuelto el rostro procuras
las lágrimas encubrirme
que a tus ojos se acumulan.
Todo lo has notado, i ¡cómo
vacilar, cuando rehusan
ya las vírjenes conmigo
salir a la fiesta augusta,
i el coro, a quien presidia,
quiere que otra lo conduzca!
Alfonso ya ha vuelto a Quito.
Por saber de mí sin duda
hoi habrá venido al templo.
¿Qué habrá dicho su ternura
al no hallarme entre las otras?
¿Sufrirá mi propia angustia?
¿Presumirá las que aguardo
en breve por causa suya?
Sospechará....
ELINA.— Pero, Cora,
ser pudiera prematura
vuestra afliccion. Todavía
nada os han dicho. Confusas
sospechas son de una mente
a quien su estado atribula,
i halla en cuanto la rodea
alimento a su amargura.
CORA.—Nó, ni mi esfuerzo ni cuanto
tú hace tiempo disimulas,
disfrazar mas han podido
que en castigo de la injuria
divina, el fruto yo llevo
de una criminal ternura.
Ya lo saben, i mui pronto

vas a ver con cuánta furia
ante un tribunal me arrastran
con los mios i nos juzgan;
i que en mi ruina envueltos....
¡ai no vista desventura!
¡ai idea que no puedo
soportar, que en vana lucha
yo por desterrar me afano,
e inexorable me busca!....
¡O Dios de los incas! yo
violé la promesa augusta
que hice en tu ara de guardarte
siempre mi inocencia pura.
Castígame, aquí me tienes!
Tolere de tu ira justa
la criminal sola el peso.
Mas ¿por qué tambien mi culpa
han de pagar los que en ella
no tuvieron parte alguna?

ELINA.—¡Ah Cora! Ved lo que haceis.
No a las quejas sin cordura
os abandoneis, que pueden
sorprender vuestras angustias,
i acaso aclarar con ellas
indecisas conjeturas.

CORA.—Ai! moderarme mas tiempo
no puedo, ni a mi sañuda
suerte de algo serviria.
Deja a lo ménos que fluya
libre el llanto, i mi tormento
devorador se difunda.
¿Qué irán a decir mis padres
cuando sepan que perjura
yo el abismo les he abierto?
Nada la mente columbra
en cada hora que no sea
para activar mi tortura.

¡Sobre todo anoche, Elina,
sobre todo anoche! ¡Nunca
tal prodijio imajináras!
Entre la sombra nocturna
volé al templo, ante el altar
de alivio celeste en busca.
Me pareció que los cielos,
aunque heridos, ¡o locura!
mis ruegos no pagarian
de inexorable repulsa.
Mas ai! ¡solo nuevas pruebas
me dieron de su iracundia!
Pues cuando mas activaba
sollozando yo mi súplica,
al traves arrebatada
de las bóvedas oscuras,
hasta el borde de una fosa
me sentí por mano ruda.
Allí espiar yo debia
mi sacrilejio.—Una turba
de fantasmas, sonriendo
con feroz aspecto i burla,
señalábanme una hoguera
que empezaba a arder, i cuyas
crecientes llamas soplaban
con actividad de furias.
Pronto a mis padres i hermanos,
en la trémula penumbra,
acercarse vi arrastrados
de otra sanguinosa chusma,
dándose el último abrazo,
vertiendo lágrimas muchas.
Ai! con qué ojos me miraban
al llegar!.... Toda confusa,
cuajada la sangre, inmóvil
no osaba ensayar disculpa,
ni mis trémulas rodillas

doblar a las plantas suyas!
¡Súbito el clamor de Alfonso
percibí a distancia suma,
que alzándose en mi defensa,
fué con tormentosa furia
sofocado por los gritos
de ferocísima turba!
Entónces, falta de aliento,
di en las lozas moribunda,
para no cobrar la vida,
oh! no la cobrase nunca!
sino al parecer la aurora,
en brazos de tu ternura!

ELINA.—El recuerdo de esa escena
es lo que mas os conturba.

CORA.—I de mis próximos males
la certidumbre me anuncia.
Quizá ahora mismo....

ELINA.— Mas todo
un delirio fué sin duda,
vano aborto de una mente
que estravía tanta pugna.
No desespereis de un Dios
benigno, cuya luz pura
fué siempre de los consuelos
la présaga mas segura.

CORA—Ai! yo fuí por él maldita
desde que le vi en mi cuna
por la vez primera.

ELINA.— Siento
que álguien los pasos apura
hácia este lugar.—O Cora,
disimulad vuestra angustia.

CORA.—¡Es la superiora!

ELINA.— ¡Cielos!
¡Su venida bien no augura!

ESCENA QUINTA.

LA SUPERIORA, CORA, ELINA.

LA SUPERIORA.—Cora, el gran Sacerdote ha decretado
que se os aleje pronto de este huerto,
i de las otras vírjenes sagradas.
El mismo ha señalado el aposento
donde debeis permanecer aparte,
miéntras se trata del destino vuestro.
A mí se me ha encargado de advertiros
esta resolucion, i en cumplimiento
de mi deber, no puedo abandonaros
hasta haberos dejado en vuestro encierro.
Tú, Elina, que constante la has servido
con amistosa fe i un tierno esmero
desde que al culto se ofreció del ara,
hoi puedes continuar tu ministerio.
Nadie mas podrá verla.

CORA.— ¡Elina mia!

ELINA.—¡Señora!

CORA.— ¡Qué terror! Yo desfallezco.

BIBLIOTE
BIBLIOTEC
"JOSÉ TORI

ACTO SEGUNDO.

(El teatro representa un salon contiguo al templo: una puerta en el foro, i otras dos a los lados.)

ESCENA PRIMERA.

ATAHUALPA, EL GRAN SACERDOTE.

ATAHUALPA.—¿Qué importante secreto te propones
comunicarme, Sacerdote santo,
que me llamas aparte? Mas tu rostro,
en que miro el terror i el sobresalto,

me anuncia una desgracia. ¿Has advertido
algun agüero de infeliz presajio?

SACERDOTE.—Todos ellos nos hablan, todos ellos
al cielo nos presentan irritado.

ATAHUALPA.—Tu voz me hace temblar. ¿Por qué (motivo)
Dios nos intimará tales amagos?

SACERDOTE.—Ai! Talvez su justicia se prepara
a estinguir este imperio, si dejamos
mas tiempo impune un crímen inaudito.
¡O rei! yo me estremezco. Averiguado
está el oríjen de los crudos males
con que atormenta el Sol a tus vasallos.

ATAHUALPA.—¡Qué dices, Sacerdote!

SACERDOTE.— Es efectivo.
Una vírjen del Sol ha quebrantado
sus votos.

ATAHUALPA.—¡Cielos! Detestable crímen!
¿I quién es la infeliz?

SACERDOTE.— Duda mi labio
al pronunciar un nombre tan ilustre.
Cuando sepais su nacimiento claro....

ATAHUALPA.—Dilo. No alargues mi inquietud.

SACERDOTE.—¡Es Cora!

ATAHUALPA.— ¡La hija de Palmore!.... el (noble anciano)
que en la reciente guerra ha sostenido
mi trono, i vida i libertad me ha dado?

SACERDOTE.—Ella misma, señor.—Yo adivinaba
vuestro amargo dolor, por eso a daros
noticia tan cruel no me atrevia.
Pero este asilo ha sido profanado:
la lei i nuestro Dios por el castigo
clamando están. ¿Qué digo? Esos amagos
de cautiverio, asolacion i muerte,
esos desiertos i espantosos campos
que sangre hermana empapa todavía,

la erupcion del volcan, tantos estragos,
¿no son testigos harto fidedignos
de la alta indignacion del Dios de Manco?
Si él aun parece concedernos tregua,
si está suspenso el justiciero brazo,
no le hagamos caer con mayor furia
i en su rencor violento esterminarnos.
Sabeis que una nacion fuerte i terrible,
cual infausto huracan, de los lejanos
climas do nace el Sol viene a oprimirnos.
El jóven que teneis a vuestro lado,
el español Alfonso, os lo repite.
Temed, señor, entre peligro tanto,
temed la justa cólera del cielo,
ántes que espire el tiempo de aplacarlo.

ATAHUALPA.—¡Triste Atahualpa! ¿A tu mejor gue-
(rrero)
habrás por precision de dar tal pago?
El era el adalid que mas amaba
mi noble padre: su valiente brazo
irresistible sometió cien pueblos
de los hijos del Sol al cetro blando.
Cuando me vi vencido i prisionero
a la merced de mi furioso hermano,
él rompió mis cadenas, i con gloria
restableció mi trono hecho pedazos.
¡Mañana ya partia para Túmbez
a rechazar al invasor cristiano,
i yo he de detenerle para darle
el golpe mas terrible e inesperado,
condenándole al fuego i al oprobio
con su familia, con sus hijos caros!
No es posible, gran Dios, ni yo lo creo,
que padre tan virtuoso haya enjendrado
una hija criminal.- -¿Cómo has sabido
su sacrilejio? Di. ¿Quién la ha acusado?

SACERDOTE.—Tuvo por delator su propia culpa,

i al cielo que ha querido que sepamos
la causa de su enojo, al alto cielo
que a la maternidad la ha condenado.
Tembló la tierra, el Sol cubrió su rostro
cuando ella quebrantó su voto santo.
No os habreis olvidado de aquel dia
en que el volcan asolador, tronando,
lanzó rios de fuego sobre Quito,
i cubrió de cenizas todo el campo.
Sabeis que entónces los sagrados muros
que cercan estos sitios, desplomados
al impetuoso sacudir del suelo,
se hundieron con estrépito en pedazos.
Cuando pasó la confusion primera,
i el terremoto recio fué calmando,
las vírjenes del Sol, dispersas ántes,
se reunieron en el huerto sacro:
vieron que solo Cora allí faltaba,
i la creyeron muerta; pero cuando
brilló la aurora del siguiente dia,
trémula, en confusion, los ojos bajos,
Cora se les unió, sin que supiesen
de do venia.

ATAHUALPA.— A concebir no alcanzo
cómo fué criminal.—Ella no amaba
miéntras estuvo de su padre al lado.
Talvez un robador desconocido....

SACERDOTE.—¿Os acordais del dia en que su labio
en este templo pronunció sus votos?
¿No la visteis, señor, llena de espanto
palidecer al consagrarse al ara
i desmayarse en los maternos brazos?

ATAHUALPA.—Su turbacion entónces ser efecto
de tímida piedad todos juzgamos.

SACERDOTE.—Su crímen hoi nos dice que lo era
de algun secreto amor, hasta aquel acto
quizá inocente i puro; pero luego

impío, criminal.

ATAHUALPA.— ¡Mísero anciano!
Su piedad indiscreta le ha perdido.
¡Qué golpe tan cruel! ¿Le has avisado
su desventura?

SACERDOTE.— Aun nó; pero ya debe
saber que en este sitio quiero hablarlo
luego que vos partais.

ATAHUALPA.— ¡El justo cielo
le compadezca como yo!.... Este llanto,
que me arranca su suerte, era debido
a sus virtudes i servicios altos.
Esta lei es sangrienta, es inhumana:
un Dios clemente, bondadoso i manso
¿cómo puede aprobarla? ¡Quiera él mismo
que se encuentre algun medio de salvarlos,
i de evitarme el roedor martirio
que deberá causarme el duro fallo.
¡Mísero aquel que tiene de las leyes
el sagrado depósito a su cargo!

(*Vase por la puerta del foro; el Sacerdote le acompaña.*)

ESCENA SEGUNDA.

PALMORE *(que entra por la puerta de la izquierda.)*

Me han mandado volver a estos lugares
porque desea el Sacerdote santo
hablar conmigo cuando el rei se aleje.
¿Qué tendrá que decirme? Esto es estraño,
i yo no sé qué ajitacion secreta
un suceso fatal me está anunciando.
Pura está mi conciencia, pero tiemblo
como el culpable que con lento paso
se aproxima a su juez.—¡Cielos! ¡mi hija
no ha salido hoi al templo! Este presajio

me asusta i amedrenta.... El Sacerdote
se acerca: procurémos serenarnos.

ESCENA TERCERA.

EL GRAN SACERDOTE, PALMORE.

PALMORE.—Me acaban de decir que en esta sala
me quiere hablar el Sacerdote.—Aguardo
obediente que esplique sus deseos.
SACERDOTE.—Un doloroso aviso voi a daros,
Palmore: él interesa a nuestro culto,
i aun al bien de la patria.—Profanado
ha sido el templo por la vez primera.
PALMORE.—¡El templo de mi Dios! ¿I qué malvado
a tal delito se atrevió?
SACERDOTE.— Decidme:
cuando vos condujisteis de la mano
vuestra hija al altar para ofrecerla
en grato sacrificio al Dios de Manco (1),
¿veniais cierto que el amor divino
estaba solo en su interior reinando,
i que ella no sentia separarse
de un mundo a que la ataban otros lazos?
PALMORE.—¡Yo tiemblo! Cielos! ¿Qué es lo que me
(espera?)
SACERDOTE.—Respondedme, Palmore, a lo que in-
(dago.)
PALMORE.—Cierto estaba, señor.
SACERDOTE.— I al anunciarle
vuestro deseo de que al mundo dando
eterna despedida, se ofreciese
al servicio del Sol, ¿no demostraron
sus ojos sentimiento? ¿no advertisteis
si afliccion le causaba aquel mandato?

(1) Manco fué el primer rei que tuvieron los incas.

PALMORE.—Nada noté, señor. Si lo advirtiera,
¿pensais que hubiera sido tan tirano
que la obligase al duro sacrificio
de retirarse para siempre a un claustro?
Sumisa, humilde, al parecer contenta,
prometió darme gusto.

SACERDOTE.— Es bien estraño.
Sabedlo pues. Es Cora vuestra hija,
la que....

PALMORE.— ¡Concluid!

SACERDOTE.— Su voto ha quebrantado.

PALMORE.—¡Mi hija, Cora, quebrantar sus votos!
Es imposible.

SACERDOTE.— Inútil es dudarlo.
La prueba de su culpa es evidente.

PALMORE.—¿I cuál?

SACERDOTE.— Madre va a ser.

PALMORE.— ¡Dios sacrosanto!

(se cubre con las manos el rostro i queda en esta actitud, inmóvil por algun espacio. Luego con un profundo dolor prosigue:)

Este insufrible golpe me esperaba
al declinar glorioso de mis años!
¡O padres! ¡lamentad mi triste suerte,
compadeced a un padre!—Pero cuándo....
¿Cómo ha podido?.... ¿En dónde está mi Cora?
Que yo la vea i la hable.... que sus labios
me lo revelen todo.—Concededme
al ménos esta gracia.

SACERDOTE.— En breve rato
estará junto a vos: podeis hablarla.
Su corazon se mostrará mas franco
con un padre querido. Solamente
de vuestra angustia contened los raptos.

(vase por la derecha.)

ESCENA CUARTA.

PALMORE.

Mi Cora, aquella hija tan amable,
tan inocente i pura, tan querida,
ha cometido la primera un crímen
abominable!--¡Ha hecho a su familia
objeto del oprobio de los hombres
i de las justas celestiales iras!
¡I yo, que prodigando en mil combates
mi sangre, entre peligros i fatigas,
desde mi juventud busqué la gloria
con la esperanza de gozar un dia
una vejez honrada i venturosa
en medio de mis hijos, cuando iba
a ver colmada mi esperaza dulce,
tal desengaño recibir debia!
¡Debia ver mi gloria vuelta infamia,
i en las llamas morir con mi familia,
oyéndola clamar, sin el consuelo
de hallar refujio en la piedad divina!
¡O gran Dios! Todavía yo no creo
que me hayas sumerjido en tal desdicha,
i de dolor espiraré al instante
en que ya no le quede al alma mia
ninguna duda de su infausta suerte.

ESCENA QUINTA.

PALMORE, CORA *(que aparece por la derecha háeia el fondo sin que la vea Palmore.)*

CORA.—¡Es mi padre!.. ¡Dios mio!.. ¡Qué entrevista!
¡Mas quisiera que un rayo en este instante
diera aquí mismo término a mi vida!

¿Qué he de decirle?—El infeliz parece
sumerjido en mortales agonías.
Ya le han dicho mi culpa, i porque vea
su angustioso dolor aquí me envían;
quieren que yo contemple cuánto sufre
por mí el autor de la existencia mia!

PALMORE.—*(reparando en Cora que no ha osado adelantarse.)*
Ella es, ella es.... La confusion del crímen
sobre su frente pálida se pinta.
Ya no puedo dudar de mi desgracia....
ni en ella detener mi airada vista.
A pesar del cariño que la tuve,
siento que en este instante se retira
mi sangre al corazon, i contra ella
odio i cruel indignacion me inspira.
No quiero hablarla, nó; que ella perezca
sin que su triste padre la maldiga....
¡Maldecirla! ¡O rigor!.... La que otro tiempo
recibió tantas veces mis caricias!....
¡Ah Cora! Cora!

CORA.—*(corriendo a sus piés)*
Vedme a vuestras plantas,
señor: soi delincuente, i aun indigna
de besar vuestras manos hoi me juzgo.
Yo os he perdido, padre, si esta hija
puede aun llamaros con tan dulce nombre....
Ah! ¡Si a lo ménos con la muerte mia
para aplacar a nuestro Dios bastara!
¡Mas llevaros conmigo en mi caída!....
esto me parte el corazon.

PALMORE.—*(levantándola.)* ¡O Cora!
objeto de mi amor.... ¡hija, hija mia!
¡Yo no puedo negarte aqueste nombre,
aunque mirando estoi cuanto me quitas!
Ven a mis brazos, veo que soi padre.
¿Por qué no he de abrazarte en este dia

tan pura como aquel en que a los cielos
te ofrecí en este templo?—En tus mejillas
el candor virjinal brillaba entónces
i realzaba tu belleza misma.
Entónces yo a mi Dios te presentaba
como el mas rico don que poseia.
¡I hoi criminal.... culpable de un delito
de que no hai otro ejemplo entre los incas!
Pero yo soi tu padre, i la ternura
triunfa en mi corazon.—Habla, o mi hija.
¿Quién te ha perdido? ¿Quién ha asesinado
a la blanca paloma, cuya limpia
inocente hermosura en otro tiempo
era todo el recreo de mi vista?

CORA.—Nadie ha sido culpable, padre mio,
sino yo sola: yo que por desdicha
una alma tierna recibí del cielo.
Despues que fuí a las aras ofrecida,
en el sosiego i en la paz del alma
miraba alegre trascurrir mis dias.
Si los muros del templo algunas veces
una leve tristeza me infundian,
era solo porque ellos me apartaban
de vuestra dulce i suspirada vista.
Contenta i libre de inquietud cantaba
el himno santo cuando el Sol salia;
contenta le alababa al esconderse
del occidente en las lejanas cimas.
Mi sueño era tranquilo, mis placeres
en vosotros pensar, i en las delicias
del tiempo de mi infancia, cuando estaba
en medio de tan dulce compañía.
Pero presto acabóse mi ventura
i en perpetuo dolor me vi sumida.
Un dia que en el templo un sacrificio
se le ofrecia al Sol, yo presidia
el coro de las vírjenes sagradas.

Luego que el Sacerdote de la harina
la ofrenda consagró, puso en mis manos
el dorado canasto, i yo debia
atravesar el templo i presentarlo
al rei i a todos los excelsos incas.
Bajé temblando del altar las gradas,
hácia el rei avancé; cuando ponia
entre sus manos el canasto.... ¡o cielos!
por un impulso de mi suerte impía
incauta alcé los ojos de repente,
i presentóse a mi inocente vista
aquese bello jóven estranjero
recien llegado de remotos climas.

PALMORE.—¡Qué escucho! ¿Alfonso?

CORA.— ¡Que en aquel (instante)
no hubiese yo perdido allí la vida!
Su aspecto me turbó, como si fuera
el de un Dios, flaquearon mis rodillas,
sentí que un temblor frio por mis miembros,
i pronto un fuego abrazador, corria.
Volvíme hácia las aras espantada
de aquella sensacion desconocida,
i a mi Dios invoqué.—¡Vanos empeños!
¡Ya el veneno mortal me consumia!
I cuando, terminado el sacrificio,
las vírjenes del Sol se recojian,
ya ese recinto para mí no era
sino mansion de cruel melancolía.
¡Qué de esfuerzos, señor, no hizo mi pecho
a fin de recobrar su paz antigua,
i olvidar para siempre aquella imájen!
pero ella sin cesar me perseguia
a todas partes, i en mi propio sueño
estaba junto a mí clara i distinta.
En el silencio de las negras noches,
entre el susurro de las auras mismas,

creia yo escuchar un grato acento
al cual con mis sollozos respondia.
Cansada de llorar sola en mi estancia,
veníame a las aras, i estendidas
hácia la efijie de mi Dios las manos,
pedíale un consuelo en mi agonía;
pero en lugar de este consuelo, Alfonso
se me mostraba ante la efijie misma.
Desesperada, pues, i abandonada
del cielo i de la tierra, a mi desdicha
me entregué toda, i ya empezaba a verse
mi ántes lozana juventud, marchita.
Pronto a la tumba descendido hubiera,
llevando intacta la inocencia mia;
mas no lo permitió fiero el destino....

PALMORE.—Sigue tu relacion, hija querida:
bañado en llanto de dolor te escucho.

CORA.—Os acordais sin duda de aquel dia
en que estalló el volcan, cuando de pronto
esta ciudad cubrióse de ruinas.
Al escuchar el espantoso estruendo
que la erupcion previno del Pichincha,
i al sentir los furiosos sacudones
del suelo todo, las absortas hijas
del Sol se reunieron en el centro
de su huerto sagrado, i la divina
proteccion imploraban abrazadas
unas con otras. Mas al ver hundidas
del templo las murallas de repente,
i sobre ellas mostrarse la alta cima
de la montaña despidiendo un rio
de ardiente fuego que a las nubes iba,
cuando los cielos todos se cubrieron
de densísima sombra, i encendida
quedó solo aquella hórrida columna
lanzando luz siniestra, conmovidas
por un impulso de terror i espanto,

nos dispersamos todas, i a distintas
partes corrimos, del peligro huyendo
en espantosa confusion. Yo misma
me alejé, no sé a dónde: solamente
recuerdo que en medio las ruinas
vi alzarse un Dios, (tal parecióme Alfonso)
que en mi ausilio los brazos estendia,
i por mi nombre me llamaba.

PALMORE.— Entónces....

CORA.—Llevada del deseo de la vida,
en ellos me arrojé, toda temblando,
i sin poder reflexionar qué hacía.
Ni supe mas de mí, porque al momento
que de sus brazos me miré ceñida,
sentí que al peso de impresiones tantas
mis sentidos absortos sucumbian.
Cuando los recobré, cuando de nuevo
comencé a respirar, ¡qué repentina
mudanza en todo hallé! Ya mis oídos
el son tremendo del volcan no heria,
ni a mis ojos tampoco se mostraban
las formidables llamas del Pichincha.
Unos árboles bellos con sus ramas,
exhalando perfumes, me cubrian,
i la luna brillaba silenciosa
del firmamento en la rejion tranquila.
Alfonso estaba junto a mí, i el eco,
el eco dulce de su voz amiga,
a mi turbado espíritu palabras
de afectuoso consuelo repetia;
luego me presentó sabrosas frutas,
que animaron mis fuerzas abatidas.
En fin, nuestra pasion, que al vernos solos
redobló su violencia, las delicias
de aquella noche, el ignorar Alfonso
esa lei rigorosa que castiga
de una vírjen sagrada la flaqueza

sobre ella i sobre toda su familia,
el no saber yo misma el resultado
que un momento de error tener podia,
todo a perdernos conspiró.—De pronto
un velo se estendió sobre mi vista;
me imajiné que ya mi patria entera
estaba entre las lavas sumerjida,
que sola yo i Alfonso respirábamos,
i que a mi salvador yo me debia.
Perdióse mi razon.—Una voz dulce
dijo en aquel momento de desdicha:
"¡O Cora, dime que feliz yo sea!"
i "sé feliz" fué la respuesta mia.

PALMORE.—¡El ingrato! Este era el premio
que al amor con que los incas
le recibimos guardaba!

CORA.—Ah! nó, padre. La justicia
manda que testigo sea
de su inocencia yo misma.
Ah! si vos le hubieseis visto
cuando del próximo dia
la luz inundó los cielos,
i yo le pedí abatida
me restituyese al claustro,
porque mis padres debian
responder de mi conducta!
Desperado a tal noticia,
"¡Cielos!" esclamó, "¡qué dices!
"¡Responsable es tu familia,
"i yo te habré puesto en riesgo
"de que seas parricida!
"¿Por qué ántes de conocerte,
"Cora, no perdí la vida?"
Así clamaba, en su aspecto
pintándose una agonía,
que de mi ignorancia entónces
ser no pudo comprendida,

i era el elocuente anuncio
de una prevision tardía.
El es inocente, os juro;
i de vuestras justas iras
merezco yo sola, o padre,
ser abrumada.

PALMORE.— ¡Hija mia!
Yo soi quien mas culpa tengo;
yo, que destiné mi hija
ántes de tiempo a las aras;
yo, que cuando proferias
tus votos, en tu desmayo
la violencia que te hacias
debí conocer.—¡Ai triste!
¿Por qué la lei no castiga
solo al verdadero reo?
De la indignacion divina
¿por qué no es único blanco
el que de repente mira
llena de baldon su frente
por tan largo tiempo erguida?
Mas tú, mi esposa, mis hijos....

CORA.—¡O hermanos! ¡O madre mia!
¿I no habrá medio ninguno
para libertar sus vidas?

PALMORE.—La lei los condena a todos,
i el monarca ha de cumplirla.

CORA.—¿I tambien morirá Alfonso?

PALMORE.—Si tu falta es conocida,
i él no se ausentase presto....

CORA.—Pero él, señor, no imajina
su riesgo, ni arbitrios tengo
para darle tal noticia.
¿A quién fiar un secreto
de tanto interés podria?
Solo a vos he osado hacerlo,
porque me era conocida

vuestra virtud, i que en ello
nada arriesgaba sabía.
Mas ¡cómo osará pediros
un favor quien de ignominia,
os ha cubierto i lanzado
en tan inmensa desdicha!

PALMORE.—¡Qué pretendieras de mí!
¡O Cora, yo mismo iria
a rogar se ponga en salvo
al autor de mi ruina!

CORA.—Nó, no lo exijo de vos.
Hartas penas esta indigna
os lleva hasta aquí causadas,
para que otras os exija.
Ai! ¡a morir con los mios
voi, las quejas que despidan
destrozar deben mi seno
aun en la última agonía;
i no tendré ni el consuelo
de que Alfonso no peligra!
¡Qué digo! ¡Cuando nos vea
próximos ya a ser víctimas,
romperá para salvarnos
el silencio, i yo, yo misma,
veré sobre él arrojarse
a la plebe enfurecida!

PALMORE.—¡Pues bien! ¡a qué sacrificio
el paterno amor no obliga!
Yo iré a verle, i el consuelo
obtendrás que solicitas.
El conocerá su riesgo
en tiempo.

CORA.—*(postrándose a sus piés.)* Ah! confundida
me deja tanta bondad.

PALMORE.—Importa que su partida
se apresure: son preciosos
los instantes.

CORA.— De estos climas
decidle que yo le ruego
se ausente al punto, i su vida
inútilmente no esponga
para rescatar la mia;
que esta gracia en fin me otorgue
postrera que yo le pida.
PALMORE.—Está bien. *(vase.)*

ESCENA SESTA.

CORA.

¡Qué corazon
tan jeneroso él abriga!
¡I yo qué pago le ofrezco!
¿Por qué cuando al ara él iba
a presentarme, no tuve
la resolucion precisa
para advertirle con cuánta
repugnancia obedecia?
El se hubiere condolido
de los ruegos de su hija,
i al presente libre acaso,
sin delito a Alfonso unida,
la que es víctima del ara,
viviera un cielo de dichas.
Mas ai! ¡perdí, vacilando,
a los mios i a mí misma!

ACTO TERCERO.

(Aposento de Alfonso en el palacio de Atahualpa. Va empezando a entrar la noche.)

ESCENA PRIMERA.

ALFONSO, MACOYA *(entrando.)*

ALFONSO.—Nó, no partiré de Quito

con este mortal recelo,
que a fortalecer conspira
todo cuanto en torno veo.
El Pontífice a Palmore
mandó que tornase al templo;
i de vuelta a este palacio,
sus salones recorriendo,
en silencio misterioso
i soledad los encuentro.
No obstante este dia estaba
destinado a un gran festejo,
i alegres cantos debian
hacer resonar sus ecos.
Si pregunto los motivos,
dicen que Atahualpa ha vuelto
mui triste, i que en el instante
se ha encerrado en su aposento.
¿Qué otra prueba esperaria
de que sin razon no temo?

MACOYA.—Ni yo intentaré negarte
que a presumir ya comienzo
que algun asunto se ajita
de interés para el imperio.
¿Pero del que tú imajinas
no podria ser diverso?
Acaso el gran Sacerdote
habrá observado un agüero
de esos que terrores vanos
infunden siempre a los nuestros.
No a una afliccion prematura
te entregues; i mas sereno
aguarda que cauteloso
vaya a sondear yo el misterio.

ALFONSO.—Sí, Macoya, ve i procura
calmar mis angustias presto,
a los pasados favores
este servicio añadiendo.

MACOYA.—No te faltará tu amigo
en cualquiera caso adverso,
i aun si tu bien lo reclama,
cuenta con mi vida *(vase.)*

ESCENA SEGUNDA.

ALFONSO.

El cielo
comienza ya a oscurecerse
de la noche con el velo,
nunca para el alma mia
en auspicios mas siniestros.
¡Ai Cora! ¿qué es de tu suerte?
¿Por qué el corazon yo siento
latirme tan ajitado?
¿Es que infausto mensajero
nuevas de tí va a traerme
que espantado el pensamiento,
no osa imajinar posibles,
i está siempre concibiendo?....
¿Qué leve ruido ajitaba
el aire?.... ¿No eran los ecos
de los ayes que mi Cora
me envía desde su encierro?
Me pareció suspiraban
de lo mas hondo del pecho
cerca de mí.... como un niño
tiembla de susto mi cuerpo....
Mas no hai duda.... álguien penetra
hasta aquí con paso incierto....
¡Justo Dios! ¡Es un anciano!
Palmore!

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

ESCENA TERCERA.

ALFONSO, PALMORE.

PALMORE.—*(adelantándose con lentitud.)*
Este es su aposento.
¡O costoso sacrificio!
Entrando en él desfallezco.
ALFONSO.—¡Qué pálido se adelanta!
i qué triste! ¡Todo es cierto!
¡Todo es perdido!.... Palmore!
PALMORE.—¿Estás solo?
ALFONSO.— Sí! ¿Qué objeto
os conduce a estos lugares?
PALMORE.—Advertirte que huyas presto.
ALFONSO.—¡Huir! ¿I por qué motivo?
PALMORE.—¿Lo preguntas a este viejo,
a quien has arrebatado
cuanto poseyó en un tiempo,
i a quien infortunios causas
que nunca admiró este suelo?
ALFONSO.—¡Ai de mí! Seguid, Palmore.
PALMORE.—Tú llegaste a nuestro imperio,
diciendo que por salvarle
de un grande i próximo riesgo.
Al escuchar tus palabras,
al ver en tu rostro impresos
el candor i las virtudes,
nuestra sencillez ¡o necios!
nos hizo juzgarte un ánjel
salvador, que enviaba el cielo.
I en tanto solo falsía
cobijábase en tu seno:
era el vicio, era el oprobio
tu invisible compañero.
A escandalizar venias

estos relijiosos pueblos,
manchando con el perjurio
nuestro venerado templo.
Tú estingues una familia,
i haces que, el perdon del reino,
solo conceda en retorno
de su suplicio, el Dios nuestro.
Las coronas que en cien lides
mereció mi heroico esfuerzo,
el honor de estas heridas
(mostrándole su pecho)
que miras rasgar mi cuerpo,
todo tú lo has revolcado
en el mas inmundo cieno.
Cora encubrir no ha podido
su flaqueza por mas tiempo.
Ya la sabe el rei, mañana
debe ser su juzgamiento.
Mañana, sí, la culpable,
sus hermanos i yo mesmo,
espiarémos el delito
a la faz de todo el pueblo.
Ni tendrán nuestras cenizas
sepulcro sino en los vientos.
El hogar donde mis hijos
entre tanto honor crecieron,
en adelante sembrado
de sal, solitario i yermo,
ha de ser para los incas
objeto de horror eterno.
¡Estos son los beneficios
que tus pasos nos trajeron!

ALFONSO.--(*arrojándose a sus piés.*)

Sí, yo he sido el solo autor
de infortunio tan acerbo,
yo solo el que he destrozado,
pérfidamente tu pecho.

No pretendo disculparme,
no decirte en qué momentos
arrastrado fuí al delito,
ignorando a cuanto riesgo
os esponia.—Palmore,
mas que tú yo me detesto,
mas que tú mismo conozco
el horror de mis excesos.
Véngate, pues, de este monstruo.
Hé aquí una espada i mi seno.

PALMORE.—¡Vengarme! ¿I piensas que el crímen
diera a mi dolor consuelo?
La venganza es un recurso
solo propio del perverso.
Ya que lo he perdido todo,
guarde mi inocencia al ménos.
Si he venido en busca tuya,
es condescendiendo al ruego
de mi hija, que, aunque sabe
que jamás te acusarémos,
teme que tu propia angustia
vaya a declararte reo,
i huyendo el ver su suplicio,
quiere evites este riesgo.
De su muerte, por mis labios,
solo te exije este premio.

ALFONSO.—¡O almas celestiales, dignas
de ofrecerse por modelos
al universo! ¿Vosotros
entre afrenta i vilipendio
perecereis....? ¡Nunca, nunca,
miéntras yo guarde un aliento!
¿Tan vil me juzgais que pueda
abandonaros huyendo?
Yo iré a publicar mi crímen
ante el rei i a defenderos,
i si no logro salvaros,

seré otra víctima al ménos.
¡Mas porque un éxito obtenga
mas seguro mi proyecto,
tú mismo con tu familia
a ocultarte corre luego!

PAAMORE.—¡A ocultarme! ¿Qué propones
castellano? Aun suponiendo
mi asentimiento a esa infamia,
¿piensas que aun habria tiempo?
Ai! aquí viniendo he visto
los mios llevar ya al templo!
¡O míseros! ¡Cuáles iban!
Su turbacion, los lamentos,
con que al verme a mí tendian
los aprisionados miembros,
mi corazon destrozaron.
Voi en su busca al momento,
a ensayar si algun alivio
dan a su afliccion mis ecos.
A tí aun te resta la noche,
i el espacio te está abierto.
Salvarnos te es imposible;
por la última vez te ruego
me dejes llevar a Cora
de que estás libre el consuelo.

ALFONSO.—No mas lo repitas: anda
a decirla que tan negro
proceder de mí no exija,
i pues que los nombres llevo
de padre i de esposo, el alma,
de tan dulces sentimientos
impelida, triunfará
de los estorbos supremos.
Pero ántes de que te alejes,
padre mio, yo del peso
de tu cólera abrumado,
la vida sufrir no puedo.

Perdon demando a tus plantas,
o si tu resentimiento
es inflexible, atraviesa
por piedad mi pecho al ménos.

PALMORE.—¿Pides mi perdon?.... Pues bien,
jóven yo te lo concedo. *(le abraza.)*
Tus pasiones te han perdido,
pero no eres un perverso,
ni se alberga la perfidia
en tu jeneroso seno.
Si es que el corazon me engaña
al formar este concepto,
hai en lo mas alto, Alfonso,
un Dios infalible i recto! *(vase.)*

ESCENA CUARTA.

ALFONSO.

El parte, i el corazon
con él me parece pierdo,
un padre, el mejor amigo,
un sublime consejero.
¡I yo le he ofendido tanto
i él me da un perdon tan tierno!
Oh! solo pensar que él muera
por mi causa, es un tormento
intolerable. Dios mio,
Dios de verdad, si el incienso
mas grato para tus aras
es de una alma pura el ruego,
si a nada sonries tanto
como al oír que tu egrejio
nombre confiesa el que sabe
olvidar que mal le hicieron,
dame, Señor, que yo logre
de que vivan hallar medio,

sea rompiendo su cárcel,
sea al Inca conmoviendo.
I luego cuando a mí vengan
a indagar por qué misterios
pude prolongar su vida,
ante tu cruz nos postremos,
yo aclamando tus bondades,
i dándote culto ellos.

ESCENA QUINTA.

ALFONSO, MACOYA.

MACOYA.—Ya debes saber presumo,
Alfonso, que tus sospechas
eran justas i que el crímen
ya conoce Quito entero.
He encontrado en mi retorno
a Palmore que se aleja
hundido el rostro en las manos,
claro indicio de su pena,
i el fin que le trajo anuncia
tu ajitacion.
ALFONSO.— ¡Qué! ¿pudieras
presumirlo? ¿Pero cómo
adivinar tal grandeza?
MACOYA.—¿A qué pues vino?
ALFONSO.— A pedirme
me ausentase a toda priesa,
a fin de no ser envuelto
en su triste suerte mesma.
MACOYA.—¿Es posible?
ALFONSO.— Tierno amigo,
¿concibes mi angustia acerba,
al verme autor de la ruina
de una virtud tan estrema?
¿I no habrá alguna esperanza?

¿piensas tú que el rei no quiera
salvar a quienes le liga
una incalculable deuda?

MACOYA. —Mal conoces el carácter
del fanatismo, si esperas
que accesible el rei se muestre.
El mismo la atroz sentencia
dictará, aunque la columna
de su trono en él perezca.
I si el aviso no sigues
del anciano tú, si dejas
pasar la hora favorable,
ya verás, si porque deba
tanto el rei a tus servicios,
o porque del reino penda
de tí la salud futura,
tu cuello el golpe respeta.

ALFONSO.—¡Ojalá que sobre mí
solo cumplir resolviera
la bárbara lei! ¡Entónces
cuán gustoso pereciera!

MACOYA.—Mas si es locura aguardar
para ninguno induljencia,
¿no evitarás que otro crímen
en tí su rigor cometa?
Ya el pueblo, que se castigue
al seductor vocifera
furioso, sin conocerle.
¿No huirás ántes que lo sepa?

ALFONSO.—¿Me puedes juzgar, Macoya,
capaz de una accion tan negra?
Solo perecer con ellos
ambiciono, si es quimera
su salvacion.

MACOYA.— Me enternece
determinacion tan bella.
Mas aun puede brillarte

esperanza lisonjera.
ALFONSO.—¡Qué dices!
MACOYA.— Si nos proteje
la fortuna.....
ALFONSO.— ¿Cómo?
MACOYA.— Empresa
es mui difícil.... No obstante....
ALFONSO.—Satisface mi impaciencia.
¡Habla de una vez!
MACOYA.— Peligros
numerosos....
ALFONSO — ¡No me arredra
ninguno! ¿Qué es necesario
hacer?
MACOYA.—Una oculta cueva
hasta los huertos del Sol
puede conducirte.
ALFONSO.— ¡O bella
perspectiva! ¿I tú conoces
ese subterráneo?
MACOYA.— Espera:
referirételo todo.
Luego que Quito obediencia
rindió a los incas, queriendo
plantear su culto en ella,
al templo del Sol llevaron
nuestras vírjenes mas bellas.
Fué del número una hija
del monarca a quien vencieran;
mas un jefe que la amaba,
i que esperó poseerla
en tiempo mejor, no pudo
conformarse con perderla.
Cavó con amigos fieles
para robarla esa cueva
que hasta los huertos sagrados
desde una inmediata selva

llevarle debia. Estaba
la obra casi perfecta,
i a morir el loco amante
iba, o lograr su empresa.
Vino a Quito por entónces
el rei Inca, a la princesa
vió, i prendado de sus gracias,
ántes de que el voto hiciera,
de novicia convirtióla
de su lecho en compañera.
Costó al amador burlado
este golpe la existencia,
i los años i desgracias
han hundido ya en la huesa
a sus amigos.—Mi padre,
que uno de ellos tambien era,
me reveló este secreto.
Conozco la oculta cueva.
Si quieres que su trabajo
terminemos, si te arriesgas
a entrar al sacro recinto
esta noche, i se nos muestra
la fortuna favorable,
acaso cuando amanezca
con los reos estarémos
ya de todo alcance fuera.

ALFONSO.—¡Basta! de mi gratitud
¿cómo te daré yo prueba?
Por tí el alma se levanta
de su postracion, contenta:
por tí entreveo una dicha,
como inesperada, inmensa.
Nunca tus amigos labios
tan bellos me parecieran.
No dudes que Dios seguro
el suceso nos conceda.
No perdamos un instante,

volemos a la caverna,
i verás los brazos mios
duplicarse en la faena.
MACOYA.—Ménos prisa, que la falta
de precaucion nos perdiera.
Confíate a mis desvelos.
Pero siento que álguien llega.
Es el rei.—Voi a esperarte
del templo junto a las puertas.

ESCENA SESTA.

ALFONSO, ATAHUALPA, CORAMBÉ, *algunos* INDIOS *con luces, los cuales las colocan i se retiran.*

ATAHUALPA.—¡Quién me dijera, Alfonso, esta mañana,) cuando te hablaba libre de temores,
que en profunda tristeza sumerjido
me habias tú de ver en esta noche,
i que el dolor, las lágrimas debian
presidir nuestros próximos adioses!
Yo te vengo a anunciar que para Túmbez
es preciso que partas sin Palmore.
Un súbito infortunio va a privarnos
de ese guerrero de mi padre noble,
que de la muerte me libró contigo,
i a quien me liga deuda tan enorme.
ALFONSO.—¿Qué infortunio os le quita? ¿Por ventura
no le podeis salvar?
ATAHUALPA.— La lei dispone
que muera el infeliz, i aunque su suerte
mi atribulado corazon destroce,
no alcanza mi poder a libertarle.
ALFONSO.—¿I qué crímen, señor, el buen Palmore
para tanto rigor ha cometido?
ATAHUALPA.—¿El? Ninguno! Jamás en sus acciones

esa alma, pura cual la luz del dia,
pudo a los cielos ofender.

ALFONSO.— I entónces
¿por qué se le castiga?

ATAHUALPA.— Una hija suya,
que de tal padre no heredó las dotes,
ha quebrantado los solemnes votos
con que a Dios para siempre consagróse.
Ella ha de ser en vida sepultada,
i a los suyos tambien la lei impone
la pena de morir en una hoguera,
condenando al olvido hasta su nombre.

ALFONSO.—¡Lei atroz, lei impía, abominable!
i que rechaza la razon mas torpe!
¡Qué, señor! ¿Castigar tanto inocente
puede juzgarse a la equidad conforme?
¿I si aquesa infeliz con inocencia
se hizo criminal? ¿Si, débil jóven,
la estension ignorando de su falta,
no pudo resistir las seducciones
de un amante falaz?

ATAHUALPA.— La lei, Alfonso,
se muestra en todos casos uniforme,
i disculpas no admite.—Yo confieso
que no puedo aprobar tantos rigores.
Mas ¿qué hacer? ¿Dejaré sin cumplimiento
la lei que venga al Dios de mis mayores?
¿Seré yo el primer inca que tolere
que impunemente el código se viole
a mi celo encargado? Ai! ¡Qué sería
de aqueste imperio floreciente entónces!
Rotos los firmes lazos que lo afianzan,
i convertido en confusion el órden,
la cólera del cielo estinguiria.
la grande obra que en años de sudores,
por mandato del Sol, mis nobles padres
fundaron para dicha de los hombres.

Tú mismo, Alfonso, sabes los amagos
en que el cielo predice sus furores.
Mañana, pues, con Corambé tan solo
saldrás a tu destino: que no asombre
tambien tu vista la espantosa escena
que va mañana a presenciar mi corte.
Ni me oigas tú dictar el duro fallo
que me ha de arrebatar al buen Palmore,
dejando para siempre en este pecho
un manantial de angustias i dolores.

ALFONSO.—Señor, yo habia alegre recibido
el cargo que tu amor encomendóme,
i lleno de entusiasmo me aprontaba
a defenderte hasta morir.—Un golpe
de imprevisto infortunio ya me impide
verificar tan bellas intenciones.
De un deber imperioso precisado,
Alfonso te devuelve tus honores.
Otros serán, sí, otros mas felices,
los que la gloria de salvarte logren.
¿Qué digo? Talvez esta despedida
la postrera será que de mí oyes.
Mas do quier que me lleve mi destino,
yo pediré a los cielos que te colmen
de favores sin fin. I tú, entre tanto,
si alguna vez injustos detractores
te dijeren que Alfonso no te amaba,
que burló tu amistad con pecho doble,
respóndeles, señor, que el fiel Alfonso
jamás desmereciera tus favores,
a no haberle impedido la desgracia
que realizase su proyecto noble. *(vase.)*

ESCENA SÉPTIMA.

ATAHUALPA, CORAMBÉ.

ATAHUALPA.—¿He escuchado yo bien? ¿No es este un
(sueño)

que mi razon turbada sobrecoje?
¿Tambien Alfonso me abandona? Alfonso,
mi esperanza mayor!—A tanto golpe
desfallece mi espíritu.

CORAMBÉ.— Los cielos
nos hacen ya sentir sus maldiciones,
i el Sol contra sus hijos irritado....

ATAHUALPA.—¿Qué infortunio cruel es el que rompe
las promesas de Alfonso? Acaso él fuera....
¡No es posible, gran Dios! nó, tan atroces
sospechas son injustas.

CORAMBÉ.— Son fundadas,
señor: no lo dudeis.—Todo su porte,
su turbacion i su mirar sombrío
al escuchar vuestras funestas voces,
todo le ha descubierto a mis miradas.
El es el seductor....

ATAHUALPA.— Ah! no destroces
mi triste corazon con ese anuncio.
Qué! ¿tambien debe el castellano jóven....
Mas él no está sujeto a nuestras leyes,
i es escusable su imprudencia.—Corre,
Corambé, búscale por todas partes,
i no sin él a mi presencia tornes.
Dile que nada tema, i que sin causa
a su constante amigo no abandone.
Yo le conozco bien: sé que a su falta
no podrá darse de delito el nombre.

ACTO CUARTO.

(El teatro representa un aposento de la Casa del Sol, vecino a la sala que sirve de prision a la familia de Palmore, con la cual comunica por una puerta en el foro. A la izquierda, puerta para las demas habitaciones. A la derecha, otra puerta para uno de los huertos del templo.)

ESCENA PRIMERA.

CORA, ELINA *(que salen por la puerta del foro.)*

CORA.—Déjame, Elina, que distante de ellos

respire aquí un momento.- -A los jemidos
de mi amorosa madre i mis hermanos,
siento mi pecho de dolor partido.
Tú los has visto disculpar mi falta,
ni una reconvencion me han dirijido,
i en la afliccion que por mí sola sufren
se han limitado a suspirar conmigo.
Mas su propio silencio jeneroso
es lo que mas redobla mi martirio.
Ménos sensible en realidad me fuera
llenasen de improperios mis oídos,
que ver a mi familia demostrarme
un amor que tampoco he merecido.

ELINA.—Ellos conocen la inocencia vuestra,
i saben que ignorabais, al rendiros
a esa pasion, los tristes resultados
que debia tener.

CORA.— Si mi delito
fué disculpable entónces, ¿qué dijeras
si te abriese al presente el pecho mio?
Estoi para bajar a mi sepulcro,
i todavía, con rubor lo digo,
adoro aquella imájen que amé tanto
para mi perdicion i de los mios!
Ni aun me atrevo a elevar mi vista al cielo
pidiéndole el perdon de mi estravío;
i el alma, que es de fuego para un hombre,
teme mostrarse a un Dios tan ofendido.

ELINA.—¿I siempre esa pasion en vuestro pecho
ejercerá sin tasa su dominio?
Pensad mas bien, pensad para domarla,
que el objeto falaz de ese cariño
os es ingrato, ni de vos se acuerda;
i hallareis de este modo algun arbitrio
para olvidarle de una vez.

CORA.— ¡Ingrato!
¡Ingrato Alfonso! ¿Piensas que al olvido

habrá dado cruel todos los males
a que por él me espuse?.... Mas ¡qué digo!
Talvez es cierto, i al presente Cora
es para él un objeto aborrecido.
Talvez al lado de otra que sin culpa
puede corresponder a sus suspiros,
Alfonso ya olvidó los juramentos
que una mujer tan criminal le hizo,
i a esa amante mas digna le promete
que unirá con el de ella su destino;
i huirá con ella, i volverá a su patria,
miéntras yo moriré por su cariño;
ni habrá en la tierra, sino tú, quien vuelva
a acordarse de Cora enternecido!....
¡Piedad, mi Dios, piedad! ¿Ni aun en tu seno
me ha de estar reservado algun alivio?

ELINA.—Vuestro padre se acerca.

CORA.— ¡Desdichado!
¡Ya no saldrá de aquí sino al suplicio!
Ve a asistir a mi madre i mis hermanos,
i déjame con él.

ESCENA SEGUNDA.

CORA, PALMORE *(que entra por la izquierda.)*

PALMORE.— Hija, he cumplido
con tu encargo; he hablado al jóven
español; mas no he podido
recabar de él que abandone
estos peligrosos sitios.
Fué en vano rogarle: él jura
que si no logra el suplicio
vuestro impedir, solo quiere
con nosotros dividirlo;
que jamas en abandono
dejará a los que ha perdido.

Mostró un dolor tan sincero
al oírme, que yo mismo
me he sentido desarmado
i su proceder admiro.
Mas no pierdas la esperanza
de que él viva. Sometido
no se hallaba a nuestras leyes,
e ignorando sus estrictos
mandamientos, disculpable
es sin duda su estravío.
Atahualpa, que le debe
ya tan altos beneficios,
i mayores aun aguarda
de sus jenerosos brios,
alejará de su cuello
rigores no merecidos.

CORA—Ah, señor, yo no lo espero.
¿Cuándo fueron compasivos
los incas si la crueldad
juzgaron un requisito
para calmar los enojos
del alto poder divino?
Ya es visto que inexorable
quiere mi triste destino
que a cuantos amé, yo arrastre
a mi propio precipicio.

PALMORE.—He hecho cuanto exijiste
de mi amor, por darte alivio.
Si el que esperaste no traigo,
Cora, en mí no ha consistido.

CORA.—¿Cómo podré agradeceros,
o padre, de un modo digno,
bondad tan incomparable
con la hija que os ha perdido?

PALMORE.—¿Dónde está, Cora, tu madre?
¿En dónde mis tiernos hijos?
Yendo yo a buscar a Alfonso,

traer los vi a este recinto.
Quiero verlos i abrazar
a los inocentes mios,
con ellos llorar las horas
que tarde nuestro suplicio,
en fin darles un consuelo,
si es posible.

CORA. — Reunidos
los he dejado un instante
en ese salon vecino.
Del dolor de ver sus llantos
respirar me era preciso.

PALMORE.—¡Ai cuánto, en breves instantes,
los voi a encontrar distintos,
o cielos! *(entra por la puerta del foro.)*

ESCENA TERCERA.

CORA.

¿Qué es lo que esperas,
Cora, ya? ¡Ni el sacrificio
que a un padre exijiste, basta
a suavizar tus martirios!
Rebelde a tu ruego, Alfonso
perecer quiere contigo,
en tanto que tus sospechas
le ultrajaban!.... Dueño mio!
perdóname. ¡El infortunio
me hizo dudar de tí mismo!
¿Mas por qué inmolarte anhelas
tú tambien, i sumerjidos
no ha de bastar que yo llore
en mi desgracia a los mios?
Ai! ¡Por qué no quiso el cielo
que jamás te hubiese visto,
o al ménos que ántes de aquella

noche en que me diste asilo
tan funesto entre tus brazos,
como un inocente lirio,
de mi pasion al influjo
no hubiese desfallecido!
¡Víctima yo sola entónces,
pura fuera i sin delito!
¿Mas qué veo? ¿Es ilusion
que fascina mis sentidos?
¿Alfonso?.... El es! El es!

ESCENA CUARTA.

CORA, ALFONSO *(que entra por la derecha.)*

ALFONSO.— Sí, Cora mia.
Soi Alfonso, tu amante, que ha venido
a ser tu salvador de los tormentos
que sufres hoi por él.
CORA.— ¿No es desvarío
de mi turbada fantasía? ¡Alfonso!
¡El mismo Alfonso! Tú! ¿Cómo has podido
introducirte aquí? ¿Qué es lo que buscas?
¿Tu perdicion acaso?
ALFONSO.— Al amor mio,
a tí, que por mi causa padecias,
e ibas a perecer en un suplicio.
¿Tú perecer, mi Cora?—Ah de mis penas
ya por lo ménos se apiadó el destino,
i me presenta un medio de salvarte,
sacándote de aquí.
CORA.— ¿Nadie te ha visto
venir a este lugar?
ALFONSO.— Nadie, por cierto.
La fortuna a tu amante ha dado ausilio,
i guiando mis pasos por sí misma,
va a coronar propicia mi designio.

Aprovechemos, pues, estos instantes
tan preciosos: partamos. ¿En qué sitios
están tus padres? ¿Dónde tus hermanos?

CORA.—Déjame disfrutar de este delirio
tan delicioso que yo siento al verte,
por un momento mas. Ai! no he tenido
ni un lijero placer en tanto tiempo!
¡Cuán hermoso te veo! Eres el mismo
que en la noche del estrago pavoroso
entre sus brazos me ofreció un asilo.
Tú llevabas entónces este manto,
i aqueste mismo traje: no he podido
nada, nada olvidar, porque tu imájen
la compañera de mi mente ha sido,
i desde entónces ni una sola noche
Cora ha dejado de soñar contigo.
¿Con qué tú no te habias olvidado
de esta amante infeliz, i en los conflictos,
entre el furor de la reciente guera,
solias enviarme algun suspiro,
algun recuerdo?.... ¿No es verdad, Alfonso?

ALFONSO.— ¡Si de ti me he acordado! ¡Ah dueño mio!
Díganlo aquellos bosques donde en vano
mil veces te llamó mi desvarío;
do pasé solitario tantas horas
pensando con terror en los peligros
a que te habia abandonado espuesta!
En mi dolor, culpándome a mí mismo,
con mil nombres odiosos me llamaba,
i volviendo los ojos hácia Quito,
me parecia que los mismos vientos
llevaban tu lamento a mis oídos,
i que te oia pronunciar mi nombre,
i echarme en cara mi cruel desvío.
Ah! tú no puedes figurarte, o Cora,
lo que en mi larga ausencia he padecido,
ni cuán presente a la memoria estabas!

Pero este amor tan lleno de martirios
i de zozobras hasta hoi, yo espero
que ya dichoso vivirá i tranquilo.
Sí, yo te estrecho con mis brazos: nadie
bastará a separarte de su abrigo.
Ya eres mia! —Dejemos sin tardanza
este clima fatal, do el fanatismo
feroz ejerce su sangriento influjo.
Busquemos otros pueblos mas benignos,
donde, en presencia de su Dios, Alfonso
pueda jurarte un inmortal cariño.
Ya no debemos separarnos nunca.

CORA.—Ai! ¿Por qué aumentas el tormento mio
pintándome una dicha que ésta triste
no gozará jamás?—Yo no he nacido
para vivir tu compañera.—Alfonso,
si quieres que yo lleve algun alivio
a la postrer mansion, la sola gracia
que en este adios de tu cariño exijo,
es que nunca me olvides, i en cualquiera
lugar donde tú encuentres un asilo,
una lágrima ruede de tus ojos
al recordar tu permanencia en Quito.
Esto me bastará: no hagas esfuerzos
para salvarme del rigor preciso
de mi suerte: con ellos solamente
tu propia vida arriesgarás tú mismo.
Libra a tu amante Cora de esa angustia,
i huye al instante a tu país nativo.

ALFONSO.—¡Ah cruel! ¿I tú misma a proponerme
te atreves tal accion?.... Solo contigo
saldrá Alfonso de aquí! ¿Dónde se encuentra
tu padre? ¿Dónde tus hermanos? Dilo.

CORA.—¡Mi padre! ¿Esperas tú que él se resuelva
a libertarse, huyendo, del castigo
de unas leyes que siempre ha venerado
con el amor mas puro i mas sumiso?

ALFONSO.--Oh! dime donde está.
CORA.— ¿Piensas que Cora
opondria un estorbo a tu designio,
si pudiera esperar por ese medio
libertar a los suyos del suplicio?
Mas conozco a mi padre.—El indignado
rechazará tu criminoso arbitrio.
¿I sabes qué tormentos le causaras
si él te encontrase aquí?
ALFONSO.— Ello es preciso.
Yo he de ver a Palmore.
CORA.— ¡Justo cielo!
Ya mi padre sintió. Todo es perdido.

ESCENA QUINTA.

CORA, ALFONSO, PALMORE *(a la puerta del foro.)*

PALMORE.—¡Qué es lo que ven mis ojos! ¿No me
¿El jóven español en estos sitios? (engaño?)
ALFONSO.—Sí, Palmore.--Una dicha inesperada
me ha traído hasta aquí para salvaros.
Una oculta caverna, que un amigo,
movido de mi angustia me ha mostrado,
con la mayor seguridad nos puede
desde ese huerto conducir al campo.
Llamad a vuestra esposa, a vuestros hijos,
i seguidme al instante. El inmediato
bosque nos brinda próspero refujio,
i el amigo que en él me está esperando,
en esta misma noche ha prometido
léjos de Quito sin azar llevarnos.
Irémos a otros climas venturosos,
donde a haceros felices dedicado,
talvez yo logre que olvideis un dia
los males que mi culpa os ha causado

PALMORE.—¡Infeliz! ¡Qué es lo que osas proponerme!
¿Imajinas que pueda libertarnos
esa culpable tentativa?
ALFONSO.— Os juro
que no hai riesgo, Palmore.—Nuestros pasos
no dejarán en pos un solo indicio;
i vuestros mismos jueces engañados,
mui luego pensarán que algun portento
es el que ha roto vuestros firmes lazos
PALMORE.—I aun cuando nuestra fuga para siempre
debiese estar oculta a los humanos,
¿piensas que hai un lugar donde se crea
del poder de su Dios un inca salvo?
Un delincuente burlará a los hombres,
no la vista del Sol que los mas agrios
montes penetra, ni la voz terrible
que en su propio interior le va acusando.
Si nosotros al cielo nos hicimos
objetos de aversion, su justo agravio
no aumentarémos con huir la pena
impuesta por las leyes, i el sagrado
voto de serles fiel que hizo Palmore,
hasta la muerte le verán guardarlo.
Déjanos perecer: sálvate solo
tú a quien no ligan semejantes lazos,
i abandona al momento estos lugares
que profana tu arrojo temerario.
¿Qué dijeran los incas de nosotros
si te hallasen aquí?.... Solo al pensarlo
me estremezco ¡gran Dios! vete.
ALFONSO.— ¡Palmore!
Una ilusa piedad en dia aciago
os hizo ante las aras vuestra hija
sacrificar.—El tiempo es ya llegado
de enmendar esa falta.—El mismo cielo,
que desechó sus votos temerarios,
no puede consentir que en este dia

tanto inocente se le inmole en vano.
Sí, vuestro mismo Dios es quien lo ordena:
él os manda partir.

PALMORE.— Jóven cristiano,
si imprudente yo fuí, bastantes penas
esperimento ahora por mi engaño.
Mas el error un tiempo cometido,
no puede un crímen remediarlo,
i al presente....

ALFONSO.— Seguid.

PALMORE.— Del alto cielo
una voz nos repite que muramos.
Tal es nuestro deber: no mas te empeñes
en que yo desconozca sus mandatos.
Vete ya de una vez.

ESCENA SESTA.

LOS DE LA ANTERIOR, LA MADRE I LOS DOS HERMANOS DE CORA *(que aparecen a la puerta del foro.)*

PALMORE.—*(sintiendo ruido hácia al fondo, al pronunciar las últimas palabras de la escena anterior, se vuelve, i viendo a su esposa e hijos esclama.)* ¡Cielos! Mi esposa
i mis hijos!

CORA.— ¡Mi madre! mis hermanos!

ALFONSO.—*(avanzando hácia ellos, los conduce hasta delante de Palmore).*
Ellos son! Ah! venid, venid conmigo,
inocente familia, i arrojaos
a las plantas de un padre i un esposo.
Apoyen mi designio vuestros labios.
Ellos conseguirán lo que mis ruegos
obtener no han podido. Sí. Miradlos,
Palmore: vuestra dulce compañera
i los hijos que hacian el encanto

de toda vuestra vida: ellos os deben
esa existencia que los veis gozando.
¿I preferís quitársela este dia
cuando pende de vos el libertarlos?
¡Quereis ser su asesino! ¿Vuestro pecho
podrá sin conmoverse ver sus llantos,
sus lamentos oír, cuando la llama
en sus míseros cuerpos halle pasto?

PALMORE.—*(llorando.)* ¡O Dios mio!

ALFONSO.— ¡Llorais!—Al fin ya veo
que la naturaleza está gritando
en ese corazon.—Vos a la hoguera
no dejareis que un fiero populacho
los arrastre cruel.—Vedlos Palmore:
su elocuente silencio i llanto amargo
repitiéndoos están que de esa muerte
horrible los libreis.

PALMORE.— Ah! tú has triunfado,
o jóven español: ya mi entereza
siento ceder a tan violento ensayo,
i el amor paternal me ha hecho mas débil
de lo que yo pensé.—Te los encargo:
llévatelos contigo, i haz las veces
para con ellos de su padre anciano.
Tú los asistirás. ¿No es cierto? Mira
que ellos tienen ahora por contrarios
todos los hombres, i si tú les faltas,
no hai en el mundo a su desdicha amparo.
Yo aquí me quedo.—Espiaré yo solo
el agravio del Sol.—¡Sí, Dios de Manco!
conduélete, Señor, de su inocencia;
bien sabes que yo solo soi culpado,
pues te ofrecí una hija cuyo pecho
no habias a tus aras destinado.

LOS DOS HIJOS.—¡O padre!

LA ESPOSA.— ¡Esposo mio!

CORA.— ¡Padre mio!
(se arrojan todos llorando a los piés de Palmore.)
PALMORE.—Seguid todos al jóven castellano.
TODOS.—*(abrazando sus rodillas.)*
¡Jamás! Solo morir con vos queremos.
(breve rato de silencio.)
PALMORE.—¡Es mejor, hijos mios, sí, muramos!
¿De qué puede serviros una vida
mas dolorosa que la misma muerte?
¿A dónde podreis ir que la ignominia
impresa no lleveis en vuestras frentes?
¿Quién no creerá que el cielo le prescribe
vuestro cruel perseguidor volverse?
¿A los míseros hijos de Palmore
quién abrirá la puerta de su albergue?
¡Como sigue la sombra al asesino,
os siguiera la cólera celeste!
Ah! la muerte es el único refujio
destinado al mortal que llega a verse
en desventura tal.—¿Lo ves Alfonso?
Todos los mios el morir prefieren.
No tardes, pues, mas tiempo en alejarte,
ni nos espongas i te espongas.—Vete.
ALFONSO.—¡Obstinacion! O ceguedad funesta!
¡Qué desesperacion mi pecho siente
al ver frustrada la esperanza mia!....
¡Quedaos! Recibid, pues, esa muerte
que tampoco temeis i en que tan grandes
consuelos halla vuestro celo ardiente.
Tú por lo ménos seguirásme, Cora.
El derecho de esposo le compete
a Alfonso sobre tí.—Soi tambien padre:
la prenda de tu amor me pertenece,
i que de un modo tan atroz perezca
el deber mio consentir no puede.
Tú me vas a seguir.
CORA.— ¡Quién! ¿Yo seguirte?

¿Osas tan grande infamia proponerme?

ALFONSO.—Yo lo exijo de tí. *(hace ademan de llevársela: ella le rechaza.)*

CORA.— Nunca a mis padres
dejaré por tu amor. Antes mil muertes!

ALFONSO.—¡Antes mil muertes! Ah! Jamás me amaste!

CORA.—¡Jamás te he amado, Alfonso! ¿I era este
el golpe que a una triste reservabas
para hacerla apurar hasta las heces
la copa del dolor? ¿En estos sitios,
próxima ya a morir, habré de hacerte
ver tu injusticia ante mis propios padres?
Ai! accesible a la piedad no eres,
pues has podido detrozar el seno
de la mísera Cora de esa suerte.
¡Dices que no te he amado! Pon la vista
en mis padres i hermanos inocentes.
¿Por quién, Alfonso, mi funesta culpa
en mi propia ruina los envuelve?
¿Por quién el nombre ilustre de mi casa
cubrí de oprobio i maldicion perenne?
¡Por qué ahora rehuso abandonarlos
a los tormentos que por mí padecen,
dices que no te quise! I si a dejarlos
por cumplir tu deseo me atreviese,
¿qué pensarias de mi accion tú mismo?
¿No aborrecieras, dime, a la hija aleve
que tan vil corazon manifestase?

ALFONSO.—Ah! Perdona, mi dueño, si imprudente
te ofendió mi lenguaje. Por escusa
mi desesperacion pueda valerme.
¿Cómo he de ver tranquilo que pudiendo
salvarte, hacerte mia para siempre,
por una ciega obstinacion tan solo
hoi a un suplicio bárbaro te arriesgues?
Quédate, pues, mi Cora: con tus padres
ante el trono del Inca comparece;

yo iré tambien allí; bañado en llanto
me postraré a las plantas de tus jueces.
Rogaré por vosotros: la barbarie
de esa sangrienta lei haré patente.
Talvez me escucharán: talvez sensibles
a la razon i a la piedad se muestren.
Pero si el fanatismo sus oídos
a todos mis clamores ensordece,
si te arrebatan a mi propia vista,
i en tí su impía atrocidad ejercen,
ai! entónces talvez verán qué estremos
un intenso dolor producir puede,
i quizá no tan solo vuestra sangre
el vil altar del fanatismo riegue. *(vase.)*

PALMORE.—¡Piedad, mi Dios, piedad! El pecho
del castellano jóven imprudente. (ablanda)
No haya, Señor, escándalo en tu pueblo
por nuestra causa.—Solo el que te ofende
el blanco sea de tus justas iras,
i muera solo quien morir merece.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

ACTO QUINTO.

(El teatro representa la plaza de Quito. En el fondo el templo del Sol. Mas afuera, i bajo su pórtico, se ve el trono de Atahualpa: a su derecha el asiento del gran Sacerdote. Al pié del trono i a la derecha del espectador están los bancos de los acusados. Al mismo lado, en el primer plan del teatro, se ve la hoguera empezando a encenderse; detrás de ella hai cavada una fosa. Al levantarse el telon se supone que el pueblo está dentro del templo, haciendo votos al Sol. Se oye el canto de los coros. Luego que éste termina, se ve salir al pueblo i estenderse por ambos lados de la escena i al rededor del trono. Salen tambien Atahualpa i Corambé, los cuales se adelantan de los demás incas hácia el primer plan del teatro).

CANTO DE LOS COROS.

TODO EL CORO.

Al pueblo que te adora,
o Sol, benigno mira,
i sienta solo tu ira
la raza criminal.

1.ª VOZ DE HOMBRE.

Entre ominosas nubes,
o Sol, te has escondido,
i Quito se ha sumido
en un pavor mortal.

2.ª VOZ DE HOMBRE.

Niebla espantosa cubre
la plácida pradera,
que tan hermosa hiciera
tu vista paternal.

CORO.

Al pueblo que te adora, etc.

1.ª VOZ DE MUJER.

Tiembla la vírjen santa,
i de terror helado,
su labio no ha entonado
el cántico triunfal.

2.ª VOZ DE MUJER.

Te ve salir ceñudo,
i al himno de alegría
sucede en este dia
la endecha funeral.

CORO.

Al pueblo que te adora, etc.

1.ª VOZ DE HOMBRE.

Delante de tu templo
se enciende ya la hoguera,
i a la culpable espera
la fosa sepulcral.

2.ª VOZ DE HOMBRE.

Destierra esos vapores,
i mirarás vengado
el crímen que ha manchado
tu tálamo nupcial.

CORO.

Al pueblo que te adora etc.

1.ª VOZ DE MUJER.

Tus tímidas esposas,
llorosas por tu ausencia,
invocan tu presencia,
o padre celestial.

2.ª VOZ DE MUJER.

Si tu mansion dejaste
porque albergó al delito,
de nuevo la ha bendito
la espiacion lustral.

CORO.

Al pueblo que te adora, etc.

ESCENA PRIMERA.

ATAHUALPA, CORAMBÉ; INCAS I PUEBLO
(*a la distancia.*)

ATAHUALPA.—¿Con qué nada hasta ahora has descubierto
sobre el jóven Alfonso? (cubierto)
CORAMBÉ.— No he podido
descubrir hácia dónde se ha marchado.
Los que anoche le vieron del recinto
del palacio salir, solo aseguran
que del templo del Sol tomó el camino.
Ninguno sabe mas, i ya parece
que para siempre se alejó de Quito.
ATAHUALPA.—¿Por qué fatalidad del alto cielo
la cólera Atahualpa ha merecido?
Hoi dos heroicos defensores pierdo
de mi amagado trono: dos amigos

que juntos me libraron de la muerte.
Dejóme Alfonso; i con terror ya miro
las llamas levantarse de la hoguera,
donde será bien pronto consumido
el infeliz Palmore.—¡O Dios de Manco!
¡Que no haya de aplacarte otro camino
ménos funesto! ¡Mísero Atahualpa!
saliste vencedor de los peligros
con que feroz te amenazó tu hermano.
Mas apénas tomabas un respiro,
cuando viste esa calma engañadora
ser de nuevos desastres el indicio!
Ya se acercan los reos: al mirarlos
yo siento redoblarse mi martirio;
pero en esta ocasion triste i solemne
ni aun mostrar mi dolor me es permitido.

ESCENA SEGUNDA.

DICHOS, EL GRAN SACERDOTE, *rodeado de algunos ministros del templo. Mas atrás* CORA, PALMORE, *su* ESPOSA, *sus* HIJOS, ELINA, *rodeados de soldados.—Atahualpa se coloca en su trono. Los reos ocupan los bancos que les están destinados.— Cora desfalleciente es sostenida por su madre i por Elina. El sacerdote toma su asiento al lado del rei: las guardias se colocan detrás de los reos: rodeando todo este grupo, el pueblo. Después un breve silencio.*

ATAHUALPA.—Cora, os acusan de que habeis violado
los sacrosantos votos proferidos
al tiempo de ofreceros a las aras;
dicen que vos pusisteis en olvido
que solo el Dios de Manco ser debia
de vuestro corazon dueño esclusivo,
i que amando a un mortal, con el perjurio

habeis manchado el tálamo divino.
¿Qué teneis que decir a tales cargos?
¿Son ellos ciertos?

CORA.— Si lo son.

PALMORE.— ¡Dios mio!

ATAHUALPA.—¿I qué alegais en la defensa vuestra?
¿Cómo habeis cometido ese delito?
¿Fué por vuestro querer, o a la violencia
de infame seductor habeis cedido?
Decidme la verdad: a vuestras voces
benévolos se inclinan mis oídos,
i admitiré gustoso los descargos
que la culpa minoren del desvío.

CORA.—En aquella terrible infausta noche
en que el volcan asolador de Quito
rios de fuego a la ciudad lanzaba,
derribados los muros del recinto
inviolable del Sol, llevóme el susto
a unos brazos abiertos en mi ausilio.
Eran los de un mortal que yo en el templo
ántes de aquella noche habia visto,
sin que hubiesen podido mis combates
su imájen dar a sempiterno olvido.
La desgracia, señor, me llevó al crímen;
la pasion mia perpetró el delito.
Yo no imploro por mí vuestra clemencia,
sé que debo morir i me resigno.
Pero mirad a un padre i a una madre,
a mis tiernos hermanos.—No han tenido
parte alguna en mi falta: a favor suyo
la misma humanidad levanta el grito.
Escuchadla, señor, si os es posible.
Esta es la gracia que al morir os pido.

PALMORE.—¡O noble rei! Mi hija se ha acusado
ante sus jueces: por su labio mismo
se ha condenado a la horrorosa pena
que fulmina la lei.—Si su estravío

la merece en verdad, o si el espanto,
la fatal turbacion que sus sentidos
entónces embargaba, hizo que fuese
mas lijera su culpa, al juez divino,
que el mas secreto corazon conoce,
es a quien pertenece decidirlo.
Pero hai otro, señor, que al mismo borde
la condujo del fiero precipicio.
Yo conozco al autor de su ruina,
i le debo acusar, sí, soi yo mismo:
yo que a las aras la inmolé tan tierna,
i yo que al terminarse el sacrificio,
vi derretirse en lágrimas sus ojos,
escuché de su pecho los jemidos,
la vi en el seno maternal lanzarse
como si en él buscase algun asilo
contra el poder tirano de su padre,
i no obstante, mi pecho empedernido
en su ciega piedad, sin conmoverse
consumó tan horrible parricidio.
Perdiéronla su amor i su respeto;
fué la obediencia su primer delito.
I yo ¡infeliz! que demasiado tarde
mi triste ceguedad he conocido,
yo soi ahora su cruel verdugo,
yo quien la arrastra a su mortal suplicio.

(se abraza llorando con Cora.)

ATAHUALPA.—¡Padre infeliz!

SACERDOTE.—(*al rei*) Señor, cuando las leyes
claman venganza, cuando el cielo mismo
espera que su cólera desarme
del ofensor el ejemplar castigo,
la compasion que nuestras almas sienten
sofocar valerosos es preciso.
Ya Cora ha confesado su flaqueza.
Resta que acuse al seductor impío. (gunta)

ATAHUALPA.—Cora, ¡habeis escuchado! Se os pre-

cuál es el hombre a quien habeis querido,
quién os sacó del templo. Es necesario
que lo digais... (*silencio de Cora*) ¿No respondeis?

CORA.— O hijo
del Sol, ¿no he confesado ya mi culpa?
Por ello van a perecer conmigo
mis padres, mis hermanos. ¿I las leyes
necesitan aun otro homicidio
para quedar vengadas? ¿Qué barbarie
me exije el inhumano sacrificio
de esa horrorosa confesion? ¡O cielo!
El ser a quien dió vida mi estravío
va a descender conmigo a mi sepulcro,
i ¡decís todavía que es preciso
declararos el nombre de su padre!
¿Quereis que al obligarme a descubrirlo
se despedace del horror mi seno
i de él se arranque con pavor mi hijo?

ATAHUALPA.—Ella tiene razon, sí, Sacerdote;
ya sería un rigor harto excesivo
instarla mas.—Del cómplice de Cora
a nuestro Dios dejemos el castigo.
Su poder es inmenso, i el culpable
no burlará su brazo vengativo.
Nosotros con vengarle en lo posible
hoi nuestra dura obligacion cumplimos.
¡Ya podeis intimarles la sentencia!

(*Se cubre el rostro con el manto. A este tiempo se siente rumor i movimiento entre el pueblo.*)

ESCENA TERCERA.

LOS DE LA ANTERIOR, ALFONSO, MACOYA.

ALFONSO.—(*abriéndose paso por entre el pueblo.*)
¡Apartad, apartad!
(*se arroja al pié del trono*) Yo solo he sido,

o rei, el criminal.—Cora no tiene
delito alguno. Sobre mí el castigo
debe solo caer.

CORA.— ¡Ai de mi triste!
¿Con qué yo libertarte no he podido?

ALFONSO.—Sí, sí, está inocente, está inocente.
Yo la saqué del templo sin sentidos
i moribunda casi.—Ella no pudo,
en medio del terror i el desvarío,
consentir ni oponerse a su desgracia.
Yo solo de la pena me he hecho digno.
Sálvense los demás.

ATAHUALPA.— Jóven cristiano,
el culto que profesas es distinto
del del Sol: tú no sabes nuestras leyes.
La falta que en los incas un delito
punible fuera, para tí tan solo
un error leve i disculpable ha sido,
que yo derecho de penar no tengo.
Nuestras leyes obligan a los mios
i a mí propio no mas.—Fuiste imprudente,
mas no eres criminal.

ALFONSO.— Ah! ¡Qué habeis dicho!
¡No soi yo criminal!

ATAHUALPA.— Salvo que hubieses
a una torpe violencia recurrido;
i entónces solo Cora es la que tiene
derecho de acusarte.

CORA.— Nó, rei mio.
Un poderoso irresistible encanto
fué el que ceder a su pasion me hizo,
si yo no le hubiera amado tanto,
él jamás me arrastrara al precipicio.
No te imputes mi crímen por mas tiempo,
Alfonso, que me causas un martirio
mas doloroso que la misma muerte.

ATAHUALPA.—Alfonso, ya lo ves.—Su labio mismo,

en lugar de acusarte, te defiende.
Vete, pues, no te imputes un delito
que en realidad no tienes.

ALFONSO.— ¡No lo tengo!
¿I lo piensas así, justo Atahualpa?
¡O cielos! Yo he perdido de una vírjen
la inocente virtud; veo cavada
por estas manos mismas esa fosa,
donde viva correis a sepultarla;
miro ya por los aires levantarse,
reclamando sus víctimas, la llama
de esa pira, ¡o dolor! donde bien pronto
va a ser horriblemente devorada
la virtuosa familia de Palmore.
Yo he desgarrado impío las entrañas
de tu mejor guerrero: sus laureles
he convertido en sempiterna infamia.
¿I yo no tengo culpa? Ah! noble Inca,
la amistad que me tienes, obstinada
en hallarme inocente, es la que ahora
sobre tus ojos una venda amarra.
Yo, mas justo que tú, yo me condeno,
i me acuso a mí mismo.—¡O desgraciadas
víctimas de mi amor, ántes de veros
entre horribles tormentos inmoladas,
me arrojaré el primero en esa hoguera,
i mi seno abriré con esta espada,
que un dia yo pensé que en la defensa
de este pueblo virtuoso se empleara.
Solo, ántes de morir, incas os ruego
que escucheis un momento mis palabras.
Yo me hice delincuente; mas no he sido
perjuro ni alevoso. Si el monarca
me recibió en su corte, i jeneroso
me colmó de favores i de gracias,
yo nunca tuve el criminal deseo
de abusar de su noble confianza.

A Cora vi en el templo, i sus hechizos
me arrebataron la quietud del alma;
mas respeté el asilo de la vírjen.
Fué en los horrores de la noche aciaga
en que el volcan bramando parecia
en un mar de cenizas i de lavas
ir a hundir este pueblo, cuando el trueno,
el terremoto, las voraces llamas,
al mortal aterrado por do quiera,
la inevitable muerte presentaban:
entónces, digo, fué cuando saltando
por entre las ruinas apiñadas
de los muros del Sol, busqué yo a Cora,
i la saqué en mis brazos desmayada.

Mi juventud i mi fogoso afecto
me perdieron después, i aun mi ignorancia.
¿Podia yo pensar que en este pueblo,
que se rije por leyes tan humanas,
la mas fuerte pasion que el pecho siente
de un modo tan atroz se castigara?
Cora os ha dicho que cedió.—Decidme
¿quién con mayor firmeza se mostrara?
¿Por ventura una lei puede en el hombre
borrar los sentimientos que la sabia
naturaleza le inspiró al formarlo,
o darle aquella fuerza necesaria
para vencer un poderoso impulso?
¿Pedís vosotros a la edad lozana
el frio hielo de vejez marchita?
¿Pretendeis que una jóven a las aras
con votos imprudentes ofrecida,
cuyo terrible peso aun ignoraba,
tan insensible como el mármol siempre
viva contenta a su cadena atada?
No es vuestro Dios, o incas; en su nombre
es la supersticion, sí, la que os manda,
que os mostreis inhumanos.—El Sol mismo,

ese Dios de bondad, como le aclama
vuestra amante piedad, ¿reprobaria
una tierna pasion que él mismo causa?
Sus obras contemplad.—Todo en la tierra
por su feliz influjo se propaga;
i por su almo calor, que en los vivientes
i aun en los seres insensibles vaga,
ama la humanidad, aman las fieras,
i hasta las flores i las plantas aman.
¿I condenais vosotros sus efectos?
Decís que condolido de la insana
barbarie en que vivian estos pueblos,
sacrificando víctimas humanas
a sus ídolos falsos, el Sol quiso
que el buen Manco Capac los ilustrara,
i a su culto feroz sustituyese
un culto de ternura i leyes sabias.
¿I él podria aplaudir el que vosotros
conserveis una lei tan insensata,
que ordena sacrificios mas atroces
que cuantos los antiguos practicaban?
Nó, pueblo, nó: creed a un estranjero
por cuyo labio la razon os habla.
Yo pongo por testigo al Dios que adoro,
pongo al vuestro tambien que de él dimana,
de que tales horrores no han podido
derivarse del Sol, que él los rechaza,
i el autor de esa lei fué ciertamente
algun celoso i bárbaro monarca
que sus propias pasiones atribuia
a un Dios que es todo de clemencia i gracia.
¿Pero dudais aun de mis acentos?
¿Todavía pensais que no os engaña
quién os dice que el Sol en el cariño
de Cora mira tan horrenda falta?
Los ojos estended por la natura,
mirad su órden, indagad sus causas.

Sea cual fuere el Dios que la gobierna,
ya vereis que su mente soberana
lo ha conformado todo a sus designios,
i jamás hizo inútilmente nada.
Ahora pues, distinguid, o rei, o incas,
la verdad del error por señas claras.
En el seno mirad de aquesta jóven
los fines que su autor tuvo al formarla.

(arrebata el velo de Cora, que se habrá desmayado durante este discurso i señala su pecho al pueblo.)

Ved en él el derecho de ser madre
que le dió la natura. ¿Acaso basta
a arrebatarle ese derecho el voto
de marchitarse como estéril planta,
que sus túmidos labios pronunciaron,
i al mismo tiempo el corazon negaba?

(se nota un rumor confuso i movimiento entre el pueblo.)

ATAHUALPA.—*(hablando reservadamente con el gran Sacerdote.)*
Sacerdote del Sol, sobre mi mente
fuerte impresion han hecho sus palabras.

SACERDOTE.—*(al rei)* Tambien sobre la mia.

ATAHUALPA.—*(al Sacerdote)* Esa lei, creo,
que del ilustre Manco no dimana.

SACERDOTE.—*(al rei)* Nó, señor.

ATAHUALPA.—*(al Sacerdote)* ¿I podemos abolirla?

SACERDOTE.—*(al rei)* Vos lo resolvereis.—Yo me
ántes de descender a mi sepulcro, (alegrara)
de ver en su lugar otra mas blanda.

ATAHUALPA.—*(hablando en voz alta con el pueblo.)*
Tiene razon el jóven estranjero,
i la razon sobre las leyes manda.
Sí, pueblo mio: con placer recuerdo
que esa sangrienta lei no fué dictada
por el ilustre Manco: estableciólа
un rei su sucesor.—El se engañaba

creyendo complacer de esa manera
a la Suma Bondad.—Demos hoi gracias
al castellano que la niebla rompe,
que los ánimos nuestros ofuscaba,
i del código indiano para siempre
quitemos los horrores que lo manchan.
Yo mando que desde hoi un puro celo
sea el único lazo que ligadas
las vírjenes del Sol al ara tenga;
i si alguna se encuentra desgraciada
a causa de sus votos, libre de ellos,
vuelva al instante a la paterna casa.
Un Dios piadoso i justo como el nuestro
no puede complacido ver de esclavos
rodeado su altar, ni que su culto
a tantos seres infelices haga.

ALFONSO.—¡O dicha inesperada!

PALMORE.— ¡O santo cielo!

(cae de rodillas al pié del trono.)

EL PUEBLO.—Viva tan justo rei! Viva Atahualpa!

ATAHUALPA.—*(bajando de su trono i abrazando a Palmore.)*
Ven a los brazos de tu rei, Palmore,
guerrero ilustre que mi padre amaba,
noble salvador mio! ¡De qué peso
tan doloroso el corazon descansa
con haber yo podido libertarte!
¡Qué llanto iba a costarme tu desgracia!
Ai! Yo jamás hubiera conseguido
conformarme con ella!

PALMORE.— ¡O Atahualpa!
El gozo imponderable que yo siento,
a mis labios les quita las palabras;
pero el llanto que vierto testifique
mi gratitud, cuando la voz me falta.
Permitid, o mi rei, que yo me arroje
con toda mi familia a vuestras plantas.

(*Se dirije hácia sus hijos i su esposa, la cual, con Alfonso i Elina, estará procurando volver a Cora de su desmayo. Atahualpa conversando entre tanto en voz baja con el gran Sacerdote.*)

ALFONSO.—(*a Cora, que empieza a volver en sí.*)
Vuelve en tí, dueño mio, dulce Cora.
El peligro pasó que amenazaba.
¡Ya estás libre, mi amor!

CORA.— ¿Eres tú, Alfonso?
¡Todavía te espones por mi causa!
Ai! déjame morir.—Salva tu vida.

ALFONSO.—Nó, ya no morireis.—Afortunada
vas a vivir para tu tierno esposo.
La lei fatal no existe: mis plegarias
el corazon del rei han conmovido,
i en este instante de abolirla acaba.

CORA.—¿Qué es lo que escucho?—¡Madre mia! ¿Es (cierto)
que ya no morireis?

LA MADRE ¡Hija del alma!
El jóven español nos ha salvado,
i ya tu madre sin temor te abraza.

CORA.—¡Qué ventura! ¡O gran Dios!... ¡Alfonso mio!

PALMORE.—Corramos a las plantas del monarca.

(*Van todos a arrojarse a los piés del rei. Alfonso va sosteniendo a Cora casi desfallecida.*)

PALMORE.—Mira, buen rei, a toda esta familia
que hoi tornas a la vida i la esperanza,
cuando sus ojos ver la luz del dia
por la postrera vez se imajinaban;
ve cuál se postra ante tus piés, i al cielo
agradecida su clamor levanta,
pidiéndole que premie tu clemencia,
i te dispense su favor sin tasa.

ATAHUALPA.—Alzaos, o virtuosos hijos mios,
venturosos vivid, i que Atahualpa
se goce en vuestra dicha.—O mi Palmore,
yo aumentaré las honras de tu casa,

i haré que los tormentos que hoi sufriste
de tu memoria para siempre salgan.
I tú, mi Alfonso, dulce amigo mio,
a quien yo debo gratitud tan alta,
abrázame tambien: ya Cora es tuya.
Contento, afortunado con sus gracias,
sigue siendo el apoyo de mi trono
i del reino del Sol la salvaguardia.

ALFONSO.—¡Ah, señor! Cuando Alfonso ha recibido
tales pruebas de amor i confianza
del mejor de los reyes, cuando mira
que vos le concedeis a la que ama
mucho mas que su vida, ¡qué de esfuerzos
no hará por merecer bondades tantas!
Si ántes iba, señor, a defenderos
movido del amor que me inspiraban
las sencillas virtudes que os adornan,
en adelante, obligacion sagrada
tendré de hacerlo, pues desde este dia
yo adopto a Quito por segunda patria.
Solo os suplico, jenerosos incas,
que sigais escuchando mis palabras
con el mismo favor que hoi lo habeis hecho,
i veamos del culto de la España
o del vuestro, cuál deba ser mas grato
al Dios del universo.—La esperanza
dulce me asiste de que en breve tiempo
solo tendrémos unas mismas aras.
Ante ellas Cora escuchará a su amante
el juramento de inmortal constancia,
i el mismo Dios bendecirá los lazos
con que amor ha ligado nuestras almas.

LOS ZELOS INFUNDADOS,

COMEDIA EN UN ACTO,

TRADUCIDA LIBREMENTE DE MOLIERE

Por don Salvador Sanfuentes.

PERSONAJES.

CLEOFAS.
CELIA, SU HIJA.
CIPRIANO, AMANTE DE CELIA.
TOMAS, CRIADO DE CIPRIANO.
QUIÑONES.
LA MUJER DE QUIÑONES.
DON SERAPIO.
LA CRIADA DE CELIA.
UN PARIENTE DE LA MUJER DE QUIÑONES.

La escena es en una plaza pública.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA NACIONAL
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

ESCENA PRIMERA.

CLEOFÁS, CELIA, LA CRIADA DE CELIA.

CELIA.—*(saliendo llorosa seguida por su padre.)* Ah! No espereis que yo consienta jamás en ello.

CLEOFÁS.—¿Qué estás refunfuñando, majadera? ¿Pretendes chocar conmigo, i que yo no tenga un poder absoluto sobre tí? ¿Quiere tu verde chabeta gobernar con argumentos necios a tu padre? ¿Quién de los dos tiene derecho para dictar la lei al otro? ¿A tu parecer, tonta, eres tú o yo, quién puede discernir mejor lo que mas te conviene? ¡Por San Pedro! Guárdate de encenderme mucho la bílis; porque pudieras probar, sin muchas dilaciones, si mi brazo conserva todavía algun vigor. Su mejor partido será, señorita respondona, aceptar llanamente el esposo que le destinan. Yo ignoro, me dices, qué jenio tiene, i es preciso de antemano ver si me gusta. Informado de la grande herencia que le toca, ¿debo tomarme el trabajo de hacer mas averiguaciones? ¿Un marido con veinte mil buenos duros, puede carecer de atractivos para ser amado de tí? Anda,

que aunque fuese el mismo diablo, con semejante suma, yo te aseguro que él habia de ser mui hombre de bien.

CELIA.—Ai!

CLEOFÁS.—Ai! ¿Qué significa ese ai? ¡Lindo el suspiro con que nos da en las barbas! ¡Voto a mil! que si llega a cegarme la cólera, te he de hacer cantar el *ai* en un tono bien poco armonioso. Hé aquí, hé aquí el fruto de ese teson con que de dia i noche te llevas leyendo novelas, pamplinas amorosas que te trastornan el cerebro, i te hacen hablar de Cipriano mucho mas que de Dios. Echame al fuego todos esos perversos libros, que pervierten diariamente a tantos jóvenes. Léeme, como es preciso, en vez de esas pataratas, la *Reformacion cristiana*, obra bastante necesaria en esta época, o el *Camino del cielo*, que tan pocos siguen en el dia. La *Guia de pecadores* es tambien un buen libro: en él se aprende en poco tiempo a vivir como es debido; i si solo hubieras leído estas obras de moral, sabrias obedecer mejor mi soberana voluntad

CELIA.—¡I qué, padre mio! ¿Pretendeis que olvide la constancia que a Cipriano debo? Fuera sin duda un delito que yo quisiese disponer de mí sin vuestro consentimiento; pero vos mismo fuisteis quien empeñó a Cipriano mi palabra.

CLEOFÁS.—Aunque le estuviera empeñada cien veces mas, se ha presentado otro cuyo caudal releva de la obligacion. Cipriano es un lindo muchacho, pero haz de saber que todo debe ceder a la aspiracion de ser rico; que el oro da a los mas feos cierto irresistible encanto para agradar; i que sin él todo lo demas es pura paja. Yo bien veo que Valerio no es de tu agrado. Mas si no te gusta de amante, te gustará de marido. El nombre de esposo liga mas las voluntades de lo que se cree, i el

amor es muchas veces un fruto del matrimonio. ¿Pero no es una locura que yo me ponga a persuadir, cuando puedo mandar sin apelacion? Basta, pues, de impertinencias. Que no vuelva a escuchar tus necios clamores. El yerno viene a visitarte esta noche; atrévete, no mas, atrévete a ponerle mala cara. Si no te veo recibirle con buen modo, yo te.... No quiero decirte mas.

ESCENA II.

CELIA, SU CRIADA.

CRIADA.—¿Estais loca, señorita?
¡Rehusar con tal rigor
lo mismo que con ardor
tanta mujer solicita!
¡Responder con triste llanto
a semejante propuesta,
i mostrar que mucho os cuesta
un sí tan lleno de encanto!
¿Por qué no quieren pensar
en casarme a mí tambien?
Ai! No sería yo quien
se haria mucho rogar.
I léjos que me costara
ese sí la menor pena,
a darles una docena
de síes me apresurara.
Encuentro mucha razon
al escolero perito
que a vuestro tierno hermanito
viene a tomar la leccion.
El dice que la mujer
es lo mismo que la yedra,
que enlazada al árbol medra
i ve su pompa crecer;

Pero pronto se marchita
cuando su arrimo desierta.
Ved que no hai cosa mas cierta,
mi querida señorita.
Yo misma por mi desgracia
estoi probándolo en mí,
desde que a mi Juan perdí,
a quien Dios tenga en su gracia.
Tez de querubin tenia,
un ojo que me bailaba,
i corazon que saltaba,
en tanto que él me vivia.
Al presente ya no soi
sino una pobre viuda,
que en la soledad mas cruda
aniquilándome estoi.
En aquel tiempo dichoso
cual relámpago corrido,
ni en el invierno aterido
conocí el frio enojoso.
Aun creia que era en vano
secar el vestido mio,
i ahora tiemblo de frio
en el rigor del verano.
En fin, a vuestra criada
dad crédito, señorita,
i permitid os repita
que no hai como ser casada,
Para cuando una estornude
tener siquiera consigo
un apasionado amigo
que le diga: "Dios te ayude."

CELIA.—¿I puedes tú aconsejarme
un delito tan horrendo,
como olvidar a Cipriano
para entregarme a ese feo?

CRIADA.—¡I qué maula es el Cipriano,

que se va tan a destiempo!
Por su estraña dilacion
a sospechar casi llego
que una mudanza....

CELIA.— Ah! Detente,
i no destroces mi pecho
con tan triste vaticinio.
(mostrándole el retrato de Cipriano.)
Mira su retrato bello.
¿No ves cómo esas facciones
me juran cariño eterno?
Sí; yo quiero persuadirme
que ellas no mienten; i creo
que Cipriano corresponde
al amor que yo le tengo
tan fino, como el pincel
me le representa

CRIADA.— Es cierto
que denotan sus facciones
un amante mui sincero;
i teneis mucha razon
para amarle a tal estremo.

CELIA.—I sin embargo es preciso....
Ai! sostenme. *(dejando caer el retrato de Cipriano.)*

CRIADA.— ¡O Dios! ¿Qué es esto?
¡Señorita!.... se desmaya!
¡Socorro, socorro! Presto!

ESCENA III.

DICHAS, QUIÑONES.

QUIÑONES.—¿Qué es lo que hai?—Aquí estoi yo.

CRIADA.—Venid, señor, llegad luego.
Mi señorita se muere.

QUIÑONES.—¿I eso no mas es? Por cierto

que pensé por vuestros gritos
se venía abajo el cielo.
Acerquémosnos.—¡Señora!
¿Os habeis muerto? Escuchemos....
No me contesta palabra.

CRIADA.—Sostenedla aquí un momento,
miéntras yo voi a buscar
quien venga a llevarla dentro.

ESCENA IV.

CELIA, QUIÑONES, LA MUJER DE QUIÑONES.

QUIÑONES.—*(pasando la mano por el seno de Celia.)*
Yo la siento toda helada,
i no sé que pensar de esto.
Veamos si entre sus labios
se percibe algun aliento.
A fe mia, yo no sé;
pero por mi parte creo
que aun hai indicios de vida.

LA MUJER.—*(mirando por la ventana.)*
¡Santo Dios! ¡Qué es lo que veo!
Mi marido entre sus brazos
tiene una mujer.... Volemos.
El me está jugando alguna.
Volemos a sorprenderlo.

QUIÑONES.—Preciso es que yo la lleve
donde la socorran. Cierto
que fuera un gran disparate
dejarse morir tan presto,
i marcharse al otro mundo
pudiendo estar en el nuestro.
(la lleva a su casa.)

ESCENA V.

LA MUJER DE QUIÑONES.

El ha desaparecido
de este lugar, i su fuga
mi viva curiosidad
repentinamente burla.
Mas ¿puede de su traicion
quedarme ya alguna duda,
cuando lo poco que he visto
patentiza su conducta?
¡Ingrato! Ya no me admiro
de la indiferencia dura
con que ha tiempo corresponde
a mi inocente ternura.
Así son nuestros maridos.
Al principio nos arrullan,
adoran nuestros caprichos,
todo en nosotras les gusta.
Pero bien pronto se cansan
de la permitida fruta,
i llevan a otras mujeres
lo que deben a las suyas
¡Cómo me muerdo de rabia
al ver que la lei repugna
que mudemos de marido
cual de camisa se muda!
Oh! qué cómodo sería!
Cuántas pobres criaturas
como yo se alegrarian
de una lei tan sabia i justa.
(*levantando el retrato que se habia caído a Celia.*)
¿Pero qué alhaja es aquesta
que me ofrece la fortuna?
¡Lindo grabado! Admirable

del dorado la hermosura.
Abrámosla.

ESCENA VI.

QUIÑONES, SU MUJER.

QUIÑONES.—(*creyéndose solo*) Cuando todos
la creian ya difunta,
en un dos por tres se ha puesto
fresca como una lechuga.
Mas mi mujer aquí está.
LA MUJER.—(*creyéndose sola*)
Oh! ¡Qué linda miniatura!
Vivo retrato de un jóven
de estraordinaria hermosura.
QUIÑONES.—(*aparte mirando por encima del hombro de su mujer.*)
¿Qué está mirando esta necia
con atencion tan profunda?....
Este retrato, honor mio,
nada bueno nos anuncia.
Siento entrárseme en el alma
unos zelos que me atufan.
LA MUJER.—(*sin ver a su marido.*)
En verdad, cosa mas linda
no vieron mis ojos nunca.
El trabajo vale mas
que el oro que le circunda.
Oh! qué bonito!
QUIÑONES.—(*aparte*) ¡Le besa!
¡Con dos mil! No queda duda!
LA MUJER.—(*prosiguiendo*)
De buena fe confesemos
que ha de ser la dicha suma
el mirarse idolatrada
por tan bella criatura,

i que si él supiera hablar,
la tentacion fuera mucha.
¿Por qué no tengo un marido
de tan bonita figura,
en lugar de mi pelon,
de aquella caricatura....

QUIÑONES.—*(arrancándole el retrato.)*
¡Ah perra! Te he sorprendido
infraganti, haciendo injuria
al honor de tu marido.
¿Con qué, segun tú calculas,
bien mirado todo, yo
no merezco tus alturas?
I por Belzebú, que venga
a arrastrarte a las profundas
guaridas, ¿podias tú
aspirar a mas ventura?
¿Hallas en mí algun defecto
que merezca tu censura?
Este talle, aqueste garbo,
que admiran todos a una,
esta cara, que es tan propia
para inspirar la ternura,
i por la cual noche i dia
suspiran mil hermosuras,
por fin, toda esta persona,
en que mil gracias relumbran,
¿no es bastante, por lo visto,
para contentar tu gula,
i un amante necesitas
tener por añadidura?

LA MUJER.—¡Insolente! Ya comprendo
el objeto de tus burlas.
Tú piensas por este medio....

QUIÑONES.—Aquí no caben disculpas.
I yo tengo entre mis manos
una prueba bien segura

del agravio que se me hace.

LA MUJER.—Demasiada es ya mi furia
para que tú la provoques
con mas ofensas. Escucha,
no pienses que has de quedarte
con la alhaja que me usurpas,
i advierte....

QUIÑONES.— Que he de romperte
los cascos, si mas me apuras.
¡Que el orijinal no tenga
como tengo la pintura!

LA MUJER.—¿I para qué?

QUIÑONES.— Para nada,
vida mia. Son injustas
mis quejas, i yo debiera
tributarte gracias muchas
por tu constancia.
(mirando el retrato.) Héle aquí
el mimado, la lindura,
el malhadado tison
de tu vil pasion oculta,
el bellaco con quien tú....

LA MUJER.—¿Con quién yo? Eh! continúa.
¿No sigues?

QUIÑONES.— Con quien te digo....
i yo reviento de furia.

LA MUJER.—¿Qué quiere decir con eso
este imbécil?

QUIÑONES.— ¡Hembra astuta!
tú comprendes demasiado,
el motivo de mi angustia.
Nadie me dirá desde hoi
Quiñones, i por tu culpa
todo el mundo va a llamarme
señor Cornelio, sin duda.
Yo lo soi, pese a mi honor;
pero tú que lo deslustras,

con un brazo o dos costillas
vas a pagarme esta injuria.

LA MUJER.—¿I eres tú tan atrevido
que de ese modo me insultas?

QUIÑONES.—¿I lo eres tú a tal estremo
que me haces tales diabluras?

LA MUJER.—¿Qué diabluras? Habla claro.
Los rodeos me disgustan.

QUIÑONES.—Ello es nada, i no hai por cierto
motivo de queja alguna.
¡Adornar con un penacho
mis sienes! ¡O desventura!
Lindo objeto ciertamente
para llamar a la chusma.

LA MUJER.—¿Con qué después que a mis ojos
me haces la ofensa mas dura
con que puede provocarse
de una mujer la cordura,
para prevenir mis quejas
tan viles arbitrios buscas,
i agravios aparentando,
contra mi enojo te escudas?
¡Es mui nueva la insolencia
de semejante conducta!
El mismo ofensor se queja
del que recibió la injuria.

QUIÑONES.—¡Mirenla qué descarada!
Al ver su fiereza suma,
¿no pensaria cualquiera
que es una mujer sin culpa?

LA MUJER.—Anda, vuela, a tus queridas
para requiebrarlas busca,
renuévales los elojios
i caricias que acostumbras;
mas vuélveme mi retrato,
i déjate ya de burlas.

(le arranca el retrato i se escapa.)

QUIÑONES.—Eh, tú piensas escaparte,
i salirte con la tuya.
Mas él volverá a mis manos
por mui presto que te escurras.

ESCENA VII.

CIPRIANO, TOMÁS.

TOMÁS.—Por fin ya estamos aquí.
Mas si mi arrojo se escusa,
yo quisiera, señor mio,
haceros una pregunta.
CIPRIANO.—Pues hazla.
TOMÁS.— ¿Se os ha metido
en ese cuerpo el demonio,
que a semejantes esfuerzos
resistís como un escollo?
Ocho dias hace ya
que nos ocupamos solo
en picar nuestros rocines,
cuyo trote fastidioso
nos ha sacudido tanto,
i estropeado de tal modo,
que no tengo un solo hueso
que no esté molido o roto,
sin incluir en la cuenta
otro mal bien doloroso
que me aflije en una parte
que por decencia no nombro.
No obstante, apénas llegamos,
cuando salís mui orondo,
sin probar ningun bocado
ni tomar algun reposo.
CIPRIANO.—Para tanta dilijencia
hai motivos poderosos.
Me han anunciado de Celia

el próximo matrimonio,
e inquieto con tal noticia,
(pues sabes cuánto la adoro)
quiero descubrir si es cierto
mi infortunio, ántes de todo.

TOMÁS.—Bien está, pero a lo ménos
un desayuno copioso
fuera bueno, para ir
a informarse del negocio;
i sin duda vuestro pecho
adquiriera de este modo
mas fuerzas para arrostrar
cualquier golpe desastroso.
Yo juzgo, señor, por mí.
El contratiempo mas corto,
cuando me encuentro en ayunas,
me echa par tierra bien pronto;
pero si he comido bien,
soi de bronce para todo,
i los mayores desastres
no abaten mi esfuerzo heroico.
Creedme por tanto, forraos
con un buen plato el estómago,
i el corazon amurallen
veinte vasos de buen mosto,
i dejad venir las penas
a embestirlo.—Yo respondo.

CIPRIANO.—Yo no podria comer.

TOMÁS.—*(bajo, aparte)*
I yo sí.—¡Voto al demonio!
(alto) Sin embargo, el desayuno
en la mesa ya está pronto.

CIPRIANO.—Calla, te mando.

TOMÁS.— ¡O rigor!

CIPRIANO.—Estoi triste i temeroso
i no tengo hambre.

TOMÁS.— I yo, hambriento,

rabio al ver que un amor loco
es todo vuestro pensar.

CIPRIANO.—Del objeto de mis votos
deja que vaya a informarme,
i sin hacérteme odioso,
anda tú a almorzar, si quieres.

TOMÁS.—Basta. Yo nunca respondo
a lo que ordenan los amos.

ESCENA VIII.

CIPRIANO.

Nó, nó; quizá me abandono
a temores excesivos.
¿Acaso su padre propio
no prometió hacerla mia,
i la hija testimonios
evidentes no me ha dado
de su amor fino, estremoso?

ESCENA IX.

QUIÑONES, CIPRIANO.

QUIÑONES.—*(sin ver a Cipriano teniendo en sus manos el retrato.)*
Ya se lo quité, i ahora
yo puedo a mi discrecion
contemplar el mascaron
del que mi fama desdora.
No conozco al insolente.

CIPRIANO.—*(aparte)* ¿No es mi retrato el que veo?
I si es cierto lo que creo,
¿qué pensar de este accidente?

QUIÑONES.—*(sin ver a Cipriano.)*
¡Cuán digno de compasion,

pobre Quiñones, te hicieron,
i a qué estado redujeron
tu antigua reputacion!

(*Reparando en Cipriano que le mira, se vuelve para otro lado.*)

CIPRIANO.—(*aparte*) Esa prenda no ha podido,
sin excitar mis querellas,
salir de las manos bellas
que de mí la han recibido.

QUIÑONES.—(*aparte*) ¿Será preciso te veas,
o Quiñones, señalado
con dos dedos, e infamado
en octosílabos seas?
¿I que en cualquiera ocasion,
te echen al momento en cara
la afrenta que te causara
de una mujer la traicion?

CIPRIANO.—(*aparte*) ¿Me engañó yo?

QUIÑONES.—(*aparte*) ¡Ah perjura!
¿Tuviste serenidad
para en la flor de mi edad
hacerme ofensa tan dura?
I habiéndote hecho el destino
mujer de un hombre perfecto,
¿era preciso en efecto
que un muñeco, un estornino?....

CIPRIANO.—(*aparte i mirando siempre el retrato que tiene Quiñones.*)
No fué temor engañoso.
Mi propio retrato es ese.

QUIÑONES.—(*volviéndole la espalda*)
¡Vaya! que este hombre parece
ser demasiado curioso.

CIPRIANO.—(*aparte*) Mi sorpresa es estremada

QUIÑONES.—(*aparte*) ¿Cuál puede ser su intencion?

CIPRIANO.—(*aparte*) Voi a hablarle.
(*alto*) Con perdon

vuestro.... *(Quiñones quiere alejarse.)*
Séame otorgada
una palabra siquiera.

QUIÑONES.—*(aparte, alejándose siempre.)*
¿Qué quiere este hombre conmigo?

CIPRIANO.—¿Tendreis la bondad, amigo,
de decir de qué manera
ese retrato ha podido
venir a vuestro poder?

QUIÑONES.—(*aparte*) ¿Por qué lo querrá saber?
Pero creo que he advertido....
(Examina alternativamente a Cipriano i al retrato que tiene en sus manos.)
¡Por vida! Ya he penetrado
la causa de su sorpresa;
i de admirarme ya cesa
la confusion que ha mostrado.
Es mi hombre, o diré mejor,
el hombre de mi mujer.

CIPRIANO.—Aliviad mi padecer,
diciéndome.....

QUIÑONES.— Sí, señor.
Ya sabemos el motivo
que orijina vuestra pena.
Este retrato que os llena
de un sobresalto tan vivo,
Es vuestro: lo poseia
la consabida señora;
i no penseis que se ignora
vuestra tierna simpatía.
Yo ignoro, a decir verdad,
si en su amor habré tenido
la honra de ser conocido
por vuestra alta dignidad.
Pero hágame por lo ménos
la de dejar presuroso

unos tratos que un esposo
pudiera no hallar mui buenos.
I sepa que el matrimonio
sacrosanto....

CIPRIANO.— ¿Qué dijisteis?
¡Esa de quien recibisteis
esta prenda!....

QUIÑONES.— Ese demonio
es mi mujer, yo marido
soi de ella, yo!

CIPRIANO.— ¿Será cierto?

QUIÑONES.— Soi su marido os advierto,
i marido mui marrido:
Vos conoceis el porqué,
i en este instante preciso
a llevar de todo aviso
a sus parientes iré.

ESCENA X.

CIPRIANO.

¡Qué es lo que acabo de oír!
Bien me habian advertido
que al mas feo de los hombres
iba a tomar por marido.
Ah! Cuando mil juramentos
de tus labios fementidos
prometídome no hubieran
un sempiterno cariño,
la sola afrenta de hacer
una eleccion tan sin tino,
el partido de mi amor
debiera haber sostenido,
ingrata; i por opulento.....
Pero ultraje tan indigno,
juntándose a las fatigas

de tan penoso camino,
me sacude con un choque
tan violento i repentino,
que mi corazon desmaya,
i ya sin fuerzas vacilo.

ESCENA XI.

CIPRIANO, LA MUJER DE QUIÑONES.

LA MUJER.—(*creyéndose sola*)
A pesar mio el traidor.... (*viendo a Cipriano.*)
¡Ai, señor! ¡Qué es lo que miro!
¿Qué teneis?—Segun os veo,
vais a perder los sentidos.
CIPRIANO.—Es un mal que me ha atacado
de repente.
LA MUJER.— En estos sitios
yo temo que os desmayeis.
Os ofrezco por asilo,
hasta que os halleis mejor,
esta casa.
CIPRIANO.— Agradecido
acepto por un instante
tan jeneroso servicio.

ESCENA XII.

QUIÑONES, UN PARIENTE DE SU MUJER.

EL PARIENTE.—Yo apruebo sobre este punto
los cuidados de un marido;
mas tambien con lijereza
os amostasais, amigo;
i os confesaré que todo
lo que yo acabo de oíros
en contra de ella, no basta

para probar su delito.
Este es punto delicado;
i tan solo por indicios
nunca deben imputarse
semejantes estravíos.

QUIÑONES.—Es decir que con el dedo
tocar la cosa es preciso.

EL PARIENTE.—La prontitud demasiada
nos espone a un falso juicio.
Quién sabe como el retrato
a sus manos ha venido,
i si al fin ni aun es por ella
el tal hombre conocido.
Informaos, pues, mejor;
i si es como habeis creído,
nosotros, ántes que nadie,
la darémos el castigo.

ESCENA XIII.

QUIÑONES.

No se puede discurrir
mejor; i ya convencido
estoi de que es conveniente
andar con tiento el camino.
Talvez sin razon bastante
se ha mi frente resentido,
i mui pronto me ocurrieron
estos ensueños malditos.
En fin, por este retrato,
que me causa tal martirio,
no resulta plenamente
probado el agravio mio.
Tratemos pues con empeño....

ESCENA XIV.

QUIÑONES, SU MUJER, *(en la puerta de su casa conduciendo a Cipriano.)*

QUIÑONES.—(*aparte, viéndola*)
¡Ai, santos cielos! ¡Qué miro!
Ya no se trata tan solo
de retrato; i ¡voto a brios!
en el propio orijinal
leyendo estoi mi suplicio
LA MUJER.—Os vais demasiado pronto;
el mal puede repetiros,
señor.
CIPRIANO.—Oh nó: no hai cuidado.
Yo os agradezco infinito
el oportuno socorro,
señora, que os he debido.
QUIÑONES.—(*aparte*) Despues de todo, la infame
le hace tambien sus cumplidos!
(*Vuelve la mujer a entrar en su casa.*)

ESCENA XV.

QUIÑONES, CIPRIANO.

QUIÑONES.—(*aparte*) El ha reparado en mí. Veamos qué podrá decirme.
CIPRIANO.—(*aparte*) Ah! mi corazon se inflama, i este hombre me inspira.... Mas yo debo sofocar esta injusta cólera, i no imputar mis males sino al rigor de mi suerte. Séame solo lícito envidiar la ventura de su amor. (*acercándose a Quiñones.*) Oh! ¡Qué afortunado sois con tener una mujer tan linda!

ESCENA XVI.

QUIÑONES, CELIA, (*en su ventana, viendo a Cipriano que se va.*)

QUIÑONES.—(*solo*) El hombre no se esplica en términos ambiguos. Esa estraña esclamacion me deja tan confuso, como si estuviese ya palpando la realidad. (*mirando hácia la parte por donde Cipriano ha salido.*) ¡Vaya! Que esto es proceder como un villano.

CELIA.—(*entrando, aparte*) ¡Acabo de ver a Cipriano! ¿Quién ha podido ocultarme que ha vuelto a estos sitios?

QUIÑONES.—(*sin ver a Celia*) "Oh! ¡Qué afortunado sois con tener una mujer tan linda!" Infeliz debieras decir con tener a esa infame, cuyo culpable amor, demasiado notorio ya, nos ha cubierto de oprobio! ¿I yo le dejo irse después de semejante indicio, i me quedo con los brazos cruzados como un mandria? Ah! Yo debia a lo ménos haberle botado el sombrero, tirado alguna piedra, o embarrádole la capa; i para saciar mi rabia, debí haber excitado contra él a todo el vecindario, gritando en altas voces: "¡Al ladron de honor!"

(*Miéntras habla Quiñones, Celia se acerca poco a poco, i espera para dirijirle la palabra que se ha ya calmado su furor.*)

CELIA.—(*a Quiñones*) Decidme, señor: ¿cómo habeis conocido a ese que acaba de separarse de vos, i os ha dirijido la palabra?

QUIÑONES.—¡Ai de mí! No soi yo, señora, quien le conoce, sino mi mujer.

CELIA.—¿Por qué estais tan ajitado?

QUIÑONES.—No acuseis de infundado mi duelo, i dejadme lanzar un diluvio de suspiros.

CELIA.—¿Cuál puede ser la causa de tan raro dolor?

QUIÑONES.—Si estoi aflijido, no es por una bagatela; i yo se la diera a otros muchos, que se vieran sin dolor en la situacion en que me encuentro. En mí estais mirando el modelo de los maridos desgraciados. Le quitan el honor al pobre Quiñones; pero aun fuera poco en mi martirio que solo me quitaran el honor: me despojan, señora, hasta de mi propia reputacion.

CELIA.—¿Cómo?

QUIÑONES.—Este pisaverde, señora, (llámole así por cortesía) me afrenta con el mayor descaro; i hoi he sabido descubrir por mis ojos mismos la secreta amistad que tiene con mi mujer.

CELIA.—¿Quién? ¿Ese que ahora?....

QUIÑONES.—Sí, sí, me deshonra; él idolatra a mi mujer, i mi mujer le corresponde.

CELIA.—Ah! Bien habia juzgado yo que esta secreta vuelta no podia ménos de encubrirme alguna vil traicion; i desde que le he visto aparecer, he temblado por un presentimiento nada engañoso de la realidad.

QUIÑONES.—Vos tomais mi defensa con demasiada bondad. No todos tienen una caridad semejante, i muchos que acaban de saber mi martirio, léjos de tomar parte en él, no han hecho mas que reírse.

CELIA.—¡Qué accion mas vil ni mas negra que la tuya? ¿Qué castigo podrá encontrársele adecuado? ¿No debes creerte indigno de la vida, después de haberte manchado con esta perfidia? ¡O cielos! ¿Es posible?

QUIÑONES.—¡Ojalá no fuera tan cierto para mí!

CELIA.—¡Ah traidor! malvado, alma doble i pérfida!

QUIÑONES.—¡Qué bondad!

CELIA.—Nó, nó, el mismo infierno no tiene suplicio que no sea demasiado suave para tu crímen.

QUIÑONES.—Eso sí que es hablar en regla.

CELIA.—¡Haber tratado así a la misma inocencia, a la misma bondad!

QUIÑONES.—(*con un gran suspiro.*) Ai!

CELIA.—Un corazon que jamás ha merecido en lo menor la afrenta a que lo espone tu menosprecio!

QUIÑONES.—Es cierto.

CELIA.—Que bien léjos.... Pero esto es demasiado, i mi corazon no podria pensar en ello sin morir de dolor.

QUIÑONES.—No os aflijais tanto, mi querida señorita. Mi desgracia os conmueve demasiado, i me partís el alma.

CELIA.—Pero no te ciegues hasta figurarte que yo me he de limitar a lamentos infructuosos. Mi corazon sabe el partido que debe tomar para vengarse de tí. Vuelo a adoptarlo; nada me lo puede estorbar.

ESCENA XVII.

QUIÑONES.

El cielo quiera salvarla
de todo riesgo por siempre!
¡Qué estremosa es su bondad!
Hasta vengarme ella quiere.
En realidad, ese enojo
que excita mi triste suerte,
en altas voces me enseña
lo que por mí debe hacerse.
Sí, semejantes afrentas
nunca tolerarse pueden,
i ha de ser un tonto insigne
el que en silencio se quede.
Corramos, pues, a buscar
al traidor que me envilece;
i vengando mi ignominia,

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA ARGENTINA
JOSÉ TORIBIO MEDINA

mi valor se haga patente.
Yo te enseñaré bellaco
a burlarte de la jente.
(vuelve después de haber dado algunos pasos.)
Pero vamos poco a poco.
Este hombre me parece
por su cara ser violento
i que la sangre le hierve.
El pudiera acumulando
las afrentas insolente,
dar palos a mis espaldas
como ramaje a mis sienes.
Yo odio de corazon
a los hombres impacientes,
i a los pacíficos tengo
una inclinacion perenne.
Yo jamás caliento a nadie,
por temor que me calienten,
i el espíritu de paz
es mi virtud eminente.
Pero mi honor ultrajado
exije en voces solemnes
que de semejante ofensa
yo sin vacilar me vengue.
¡Diablos! Dejemos que él diga
cuanto le venga a las mientes.
Vaya al diantre el que haga caso
de su voz impertinente.
Cuando haya hecho del bravo,
i una punta me atreviese
con un golpe furibundo
de parte a parte mi vientre,
cuando esta triste noticia
por la ciudad toda vuele,
dime, zeloso honor mio,
¿vas a mejorar de suerte?
Es la tumba una morada

que mui triste me parece,
i demasiado funesta
a los que el cólico temen.
I en cuanto a mí, bien mirado
el asunto, me parece
que vale mas ser zanguango,
que vasallo de la muerte.
¿I qué daño eso nos hace?
¿La pierna acaso se tuerce,
o la hermosura del talle
algun desdoro padece?
Cargue el diablo con aquel
que inventó primeramente
perder la quietud del alma
por una cosa tan leve,
i hacer que penda el honor
de los hombres mas prudentes,
de lo que puede antojarse
a una mujer sin caletre.
Supuesto que todo crímen
lo miran las buenas leyes
como personal, ¿qué culpa
nuestro honor en eso tiene?
¡Nos cargan con la ignominia
de faltas que otros cometen!
Si hacen un comercio infame
nuestras mudables mujeres,
sin tener nosotros parte
encima el daño nos viene!
Ellas caen en el pantano,
i el marido es el imbécil!
Es una horrible injusticia,
i debieran los ajentes
de policía, estirpar
abuso tan trascendente.
¿No estamos harto sujetos
a mil otros accidentes

que a cada paso en la vida
a echarnos la garra vienen?
Los pleitos, la sed, el hambre
i enfermedades crueles
¿no turban harto el reposo
de los míseros vivientes,
sin empeñarse además
en crear tan neciamente
otra plaga, que por cierto
de fundamento carece?
Hagamos burla de todo,
que el corazon se haga fuerte,
i los llantos, los suspiros,
que nuestras plantas los huellen.
Si mi mujer ha faltado,
que ella a gritos se lamente,
mas yo, pues no tengo culpa,
¿por qué asunto entristecerme?
En todo caso, señor,
lo que consolarme puede,
es no ser el solo hermano
que mi cofradía tiene.
Ver cortejar a su esposa
i el desentendido hacerse,
es costumbre que entre muchos
hombres de bien prevalece.
No vamos pues a formar
una gresca que nos pese,
por una afrenta que es solo
una cosa indiferente.
Al ver que yo no me vengo,
dirán que soi un imbécil;
pero yo mas lo sería
si fuera a buscar la muerte.
(Poniendo la mano sobre su pecho.)
Siento empero que una bilis
aquí dentro se revuelve,

que alguna accion varonil
aconsejarme pretende.
Sí, la cólera me ciega;
esto es mostrarse mui débil.
Sí, sí, yo quiero vengarme
del ladron resueltamente;
i ya, para dar principio
a la rabia que me enciende,
voi a contarles a todos
que con mi mujer se quiere.

ESCENA XVIII.

CLEOFÁS, CELIA, LA CRIADA DE CELIA.

CELIA.—Sí, yo quiero obedecer
lei tan justa, padre mio.
Disponed de vuestra Celia,
disponed de su albedrío.
Haced, cuando vos querais,
esta union: me determino
a cumplír con mis deberes.
Venceré mi amor antiguo,
i en todo a vuestros mandatos
obediente me resigno.
CLEOFÁS.—Ah! ¡Caramba! así me gusta.
Eso sí que es hablar lindo.
Voto a sanes! que al presente
es tanto mi regocijo,
que si jente no pasara,
daria aquí cuatro brincos.
Ven acá, que yo te abrace.
Un rasgo como este es digno
de todo elojio; i un padre
puede besar a su arbitrio
a su hija, sin dar con esto
para escándalo motivo.

Anda, que el gusto de verte
con sentimientos tan dignos
va a quitarme algunos años
de los muchos que he vivido.

ESCENA XIX.

CELIA, SU CRIADA.

CRIADA.—Me admiro de esta mudanza.
CELIA.—Cuando sepas el motivo
la aplaudirás.
CRIADA.— Puede ser.
CELIA.—Sabe que Cipriano ha sido,
con la perfidia mas negra,
capaz de herir mi cariño.
El se hallaba aquí sin....
CRIADA.— Pero
ved que se acerca a este sitio.

ESCENA XX.

CIPRIANO, CELIA, LA CRIADA DE CELIA.

CIPRIANO.—Antes que me aleje de vos para siempre, quiero al ménos reconveniros aquí....
CELIA.—Qué! ¿Teneis valor para hablarme todavía?
CIPRIANO.—Verdad es que mi atrevimiento es grande, i vuestra eleccion es tal, que yo sería culpable si os hiciese el menor cargo por ella. Vivid, vivid contenta, i olvidaos de mí con el digno esposo que os cubre de gloria.
CELIA.—Sí, traidor, quiero vivir con él; i mi mayor contento sería que tu corazon lo sintiese.
CIPRIANO. ¿I en qué fundais ese enojo contra mi?
CELIA.—Qué! ¿Te finjes sorprendido, i preguntas cuál es tu crímen?

ESCENA XXI.

CELIA, CIPRIANO, QUIÑONES *(armado de punta en blanco,)* LA CRIADA DE CELIA.

QUIÑONES.—Guerra, guerra mortal, a este ladron de honor, que ha manchado el nuestro sin misericordia.

CELIA.—*(a Cipriano, mostrándole a Quiñones.)* Vuelve, vuelve los ojos, i no me pidas respuesta.

CIPRIANO.—Ah! Yo veo....

CELIA.—Este objeto basta para tu confusion.

CIPRIANO.—Mejor diriais que basta para vuestra vergüenza.

QUIÑONES.—*(aparte)* Ea! Ya mi cólera está en punto de obrar. Mi valor está montado sobre sus grandes caballos; i si me encuentro con él, correrá sangre. Sí, yo he jurado su muerte, nada me lo puede impedir. Donde lo encuentre, allí lo despacho. *(saca su espada hasta la mitad i se acerca a Cipriano.)* Es preciso que le apunte medio a medio del corazon....

CIPRIANO.—*(volviéndose)* ¿A quién buscais?

QUIÑONES.—¿Yo? A nadie.

CIPRIANO.—¿I a qué fin esas armas?

QUIÑONES.—Es un vestido que me he puesto para la lluvia. *(aparte)* Ah! ¡Qué gusto tuviera si le matara! Atrevámonos a ello.

CIPRIANO.—*(volviéndose de nuevo)* ¿Qué hai?

QUIÑONES.—Yo no digo palabra. *(aparte, después de haberse dado de bofetones para excitarse.)* Ah! mandria! ¡Qué rabia me da contra mí mismo! ¡Cobarde! ¡Verdadero corazon de gallina!

CELIA.—*(a Cipriano)* Bastante debe decirte ese objeto que parece conturbar tu vista.

CIPRIANO.—Sí, por él conozco que os habeis hecho

culpable de la infidelidad mas sin escusa que ha podido cometerse jamás contra un amante.

QUIÑONES.—(*aparte*) ¡No tener un poco de valor!

CELIA.—¡Ah traidor! Deja delante de mí ese lenguaje insolente i cruel.

QUIÑONES.—(*aparte*) Quiñones, ya ves que ella toma tu defensa: ¡valor hijo mio! ten un poco de firmeza. Ea! ¡Atrévete! Procura hacer un esfuerzo jeneroso, matándole miéntras él te vuelve la espalda.

CIPRIANO.—(*dando dos o tres pasos sin inteneion, hace revolver apresurado a Quiñones, que se acercaba ya para matarle.*) Pues este lenguaje excita vuestra cólera, yo debo mostrarme satisfecho ahora de vuestro corazon, i darle los parabienes por la bella eleccion que ha hecho.

CELIA.—Sí, sí, mi eleccion es tal, que nada puede imputársele.

CIPRIANO.—¡Vaya que haceis mui bien en querer defenderle!

QUIÑONES.—Sin duda que hace bien en defender mis derechos. Esta accion, señor mio, no es nada conforme a las leyes; yo tengo mil razones para quejarme de ella; i si no fuera tan prudente, habria aquí una terrible carnicería.

CIPRIANO.—¿A qué viene esa queja? ¡I qué furor brutal!....

QUIÑONES.—Basta. Bien sabeis vos donde me aprieta el zapato. Pero vuestra conciencia i el cuidado de vuestra alma debieran haceros ver que mi mujer es mi mujer; i querer apropiárosla a mis barbas, no es de modo alguno portarse como buen cristiano.

CIPRIANO.—Semejante sospecha es baja i ridícula. Id, no tengais ningun escrúpulo sobre ese particular. Yo sé que ella os pertenece; i bien léjos de querer....

CELIA.—Ah! traidor, ¡qué bien sabes disimular!

CIPRIANO.—I qué! ¿Sospechais que tenga yo un solo pensamiento, que pueda darle márjen para creerse ofendido? ¿Sereis capaz de imputarme esta bajeza?

CELIA.—Habla, háblale a él mismo. El puede darte esplicaciones.

QUIÑONES.—(*a Celia*) Vos me defendeis mucho mejor de lo que yo mismo pudiera hacerlo; i tratais la materia como es debido.

ESCENA XXII.

CELIA, CIPRIANO, QUIÑONES, SU MUJER, LA CRIADA DE CELIA.

LA MUJER.—No tengo, señora, carácter para importunaros con zelos exajerados; pero no me dejo en gañar, i veo bien lo que pasa. Hai ciertos amores nada católicos; i debierais ocuparos en otra cosa mejor que la de seducir un corazon que solo a mí me pertenece.

CELIA.—La declaracion es bastante injenua.

QUIÑONES.—(*a su mujer*) Nadie, buena pieza, te ha mandado llamar. ¿Vienes a reñirla porque toma mi defensa, i tiemblas de miedo que te quiten tu galan?

CELIA.—Eh, no creais que tengamos semejantes intenciones. (*volviéndose hácia Cipriano*) Ya ves si es mentira, i me alegro harto de ello.

CIPRIANO.—¿Qué significa esto?

CRIADA.—¡Por vida mia! que no sé cuándo se acabará este embrollo. Hace tiempo que me estoi devanando los sesos por comprenderlo; pero cuanto mas escucho, ménos lo entiendo. Veo en fin que es necesaria mi intervencion. (*se pone entre Cipriano i su ama.*) Respondedme por órden i dejadme hablar. (*a Cipriano*) Decid vos ¿qué es lo que echais en cara a la señorita?

CIPRIANO.—Que la infiel ha podido abandonarme por otro. Que cuando, a la primera noticia de su fatal himeneo, acudia lleno de un amor sin igual i persuadido de que no me habia olvidado, la encuentro ya casada al llegar a estos lugares.

CRIADA.—¡Casada! ¿I con quién?

CIPRIANO.—(*mostrando a Quiñones*) Con el señor.

CRIADA.—¡Cómo! ¿Con el señor?

CIPRIANO.—Digo que con él.

CRIADA.—¿Quién os lo ha dicho?

CIPRIANO.—El mismo me lo ha referido hace poco.

CRIADA.—(*a Quiñones*) ¿Es cierto?

QUIÑONES.—¿Yo? Lo que he dicho es que yo estaba casado con mi mujer.

CIPRIANO.—No ha mucho que os he visto en estrañas confusiones a causa de mi retrato.

QUIÑONES.—Es verdad, hélo aquí.

CIPRIANO.—(*a Quiñones*) Me habeis dicho tambien que la persona de cuyas manos habiais recibido esa prenda, estaba ligada a vos por los lazos del matrimonio.

QUIÑONES.—(*mostrando a su mujer*) Sin duda; yo lo habia arrancado de sus manos, i a no ser por él no hubiera descubierto su pecado.

LA MUJER.—¿Qué me vienes a contar con tus importunas quejas? Yo lo habia encontrado por casualidad en la calle; i aun cuando después de tus infundados arrebatos, (*mostrando a Cipriano*) viendo que se desmayaba, hice entrar en casa al señor, no he reconocido su semejanza con el retrato.

CELIA.—Yo soi quien ha causado la aventura del retrato, él se me cayó en aquel desmayo, en que vos (*a Quiñones*) me hicisteis llevar a casa.

CRIADA.—Ya lo veis. Si no hubiera sido por mí, todavía estuvierais enredados; i habeis necesitado que yo os diese un poco de mi eléboro.

QUIÑONES.—(*aparte*) ¿Tomarémos todo esto por di-

nero corriente? Sin embargo, ¡por mi vida! que ello me ha costado una buena fiebre.

La mujer.—A pesar de todo, mi temor no se ha disipado lo bastante, i temo que se me engañe.

Quiñones.—(*a su mujer*) Eh! creámonos mutuamente honrados. Yo arriesgo mas que tú. Acepta pues sin dificultad el acomodo que se propone.

La mujer.—Sea. ¡Pero cuidado que yo sepa algo!

Celia.—(*a Cipriano después de haber hablado en voz baja juntos.*) ¡Ah cielos! Si es así, ¿qué es lo que he hecho? Yo debo temer los efectos de mi resentimiento. Sí, creyéndoos infiel, adopté para vengarme el desgraciado arbitrio de la obediencia; i hace un momento que acabo de aceptar un himeneo que siempre aborrecí. Lo he prometido a mi padre; i lo que me desconsuela.... Mas él es.

Cipriano.—El me cumplirá su palabra.

ESCENA XXIII.

cleofás, celia, cipriano, quiñones, su mujer, la criada de celia.

Cipriano.—Señor, ya me teneis de vuelta a estos lugares, ardiendo en el mismo amor, i esperando ver cumplida la promesa que me disteis de casarme con Celia.

Cleofás.—Señor, a quien tengo ya de vuelta a estos lugares, ardiendo en el mismo amor, i esperando ver cumplida la promesa que le di de casarle con Celia, soi el humilde servidor de vuestra señoría.

Cipriano.—¡Cómo, señor! ¿Se burla así mi esperanza?

Cleofás.—Sí, señor. Así cumplo yo con mi deber: i mi hija me obedece.

CELIA.—Padre mio, mi deber me ordena que cumpla respecto de él vuestra promesa.

CLEOFÁS.—¿I es eso obedecer como hija a mis mandatos? Abandonas bien pronto tus buenos sentimientos. Acabas de prometerme que Valerio.... Mas ya veo a su padre. Viene seguramente para concluir el asunto.

ESCENA XXIV.

LOS DE LA ANTERIOR, DON SERAPIO.

CLEOFÁS.—¿Qué es lo que os trae aquí, señor don Serapio?

DON SERAPIO.—Un secreto importante que he sabido esta mañana, i que rompe del todo la palabra que os he dado. Mi hijo, cuyo himeneo aceptaba vuestra hija, vive hace cuatro meses casado ocultamente con Dorotea: i como la hacienda i el linaje de los padres no me dejan arbitrio alguno para romper tal alianza, os vengo....

CLEOFÁS.—Pues acábese todo. Si vuestro hijo Valerio ha contraído sin permiso vuestro otro compromiso, yo no puedo ocultaros que mi hija Celia ha sido prometida por mí mismo hace mucho tiempo a Cipriano; i que como él es rico de virtudes, su vuelta me impide hoi aceptar para ella otro esposo que él.

DON SERAPIO.—Esa eleccion me place mucho.

CIPRIANO.—I con esta promesa va a colmarse mi ventura.

CLEOFÁS.—Vamos a fijar el dia de la boda.

QUIÑONES.—*(solo)* ¿Ha habido jamás alguno que se haya persuadido mas que yo de ser traicionado? Ya veis que en esta materia las mas fuertes apariencias pueden engañar. Tened bien presente este ejemplo; i aun cuando lo viereis todo, no creais nunca nada.

BIBLIOTECA NACIONAL